

José Miguel Borja

EL MISTERIO DE LA CASA DE LA MARQUESA

La novela del V Centenario



ISBN
Depósito legal

Fotografía de la portada:
Rafa Andrés

Maquetación:
Mauro Hernández

A mis amigos, Ana Cardona, Lola Cerrudo,
Paquita Egea, Juan Grau, Loli López.

Novela: obra literaria en prosa en que se narra una acción fingida en todo o en parte, y cuyo fin es causar placer estético a los lectores por medio de la descripción o pintura de sucesos o lances interesantes, de caracteres, de pasiones y de costumbres.

Las acciones, opiniones y frases que pongo en boca de los personajes son completamente ficticias.



Las noticias sobre los sucesos acaecidos en Gandía antes de 1936 han sido facilitadas por Guillermo Vinson, fruto de su exhaustivo trabajo de búsqueda en el Archivo Municipal de Gandía para el libro *El periódico de Gandía 1800-1936*, de próxima aparición.

**Los que no se acuerdan del pasado
están condenados a repetirlo.**

G. Santayana. *Life of reason*

En 1740 moría sin sucesión en Madrid Luis Ignacio Francisco Juan de Borja, XI duque de Gandía y último descendiente por línea directa del IV duque san Francisco de Borja. Los marqueses de Fernández de Pinós, pertenecientes a la nobleza catalana, reclamaron el título de duques de Gandía, pero tras un complicado litigio en el Tribunal de Nobles y Fijosdalgos de España, fue la poderosa casa de Osuna quien consiguió el Ducado para unirlo a su larga lista de títulos nobiliarios.

Gandía siempre fue una ciudad muy rica en sucesos más o menos extraordinarios que a lo largo del tiempo ayudaron a mantenerla viva y dispuesta para adaptarse a cualquier cambio en aras del progreso. Esta historia con

nombres y apellidos reales, además de ser un homenaje a sus ciudadanos, pretende convertir Gandía en un género literario. Comienza el 15 de noviembre de 1811, cuando desde el Ayuntamiento, Javier Palonés y Juan Bautista Vallier encabezaron un grupo de vecinos dispuesto a abolir los privilegios ducales. Unos días más tarde, se formaron en Gandía las primeras partidas de guerrilleros para luchar contra los franceses al mando de don Francisco Boix, don Pascual Mora y don Pedro Guzmán —mi tatarabuelo, casado con doña Manuela Company, sobrina del arzobispo don Joaquín Company que colaboró con el mariscal Suchet para evitar mayores males a los valencianos—. Pese al valor de estos convecinos, el 3 de noviembre de 1812 Gandía fue ocupada por las tropas francesas, que se acuartelaron en las Escuelas Pías. Al año siguiente se estableció la “Contribución Extraordinaria de Guerra” y los primeros contribuyentes de nuestra ciudad fueron los marqueses de Ràfol, dueños de medio término municipal de Benirredrà, el conde de Rótova, el arzobispo don Joaquín Company y el barón de Mislata. A finales de aquel año, las tropas españolas ayudadas por la armada inglesa consiguieron expulsar a los franceses y el 13 de mayo de 1814 comenzó el desgraciado reinado de Fernando VII, el Rey Felón, que no dudó en condenar a muerte a los librepensadores.

Por aquellos tiempos no existían agujeros en la capa

de ozono y nadie hablaba del cambio climático. Gandía gozaba de un templado y suave clima mediterráneo, pero indefectiblemente, cada siglo, una devastadora riada a causa de las lluvias torrenciales inundaba toda la ciudad, como ocurrió el 28 de octubre de 1814 cuando las aguas se llevaron las muelas del molino de Arlandis situado junto al puente viejo de Oliva.

La tentativa de abolir los privilegios ducales en 1811 no prosperó y en 1818 conocemos a algunos de nuestros convecinos que seguían trabajando para los duques de Osuna, dueños del Ducado de Gandía. Eran don José Pérez de Culla, contador patrimonial, don Francisco Mazparrota, oficial de contaduría, don Ignacio Pomar, oficial segundo y don José García Avargues, abogado.

A mediados del año 1820, tras el triunfo de los liberales, el Ayuntamiento, obsesionado por abolir la autoridad señorial, ordenó destruir los escudos de armas de los Borja que todavía blasonaban las puertas de las murallas. Ese mismo año Nofre Trull y Antonio Juan denunciaron al prior del convento de San Jerónimo de Cotalba, el reverendo Francisco Mora, y a diez monjes más, por jurar la Constitución de “mala gana” promover la rebelión de los pueblos y recomendar la lectura de obras contrarrevolucionarias. Como se ve, Gandía no era precisamente una balsa de aceite y se creó la Milicia Nacional para la for-

mación del brazo armado de los liberales, siendo nombrados capitanes de las Cuatro Compañías: Francisco Paula Marqueta, Juan Bautista Lloret, Andrés Sancho Blasco y José Císcar. En 1823, tras la invasión de los 100.000 hijos de San Luis, comienza una brutal represión. En Gandía, el alcalde Boix pone especial énfasis en el exterminio de los liberales enemigos de Dios, Patria y Rey. Por si todo esto fuera poco, el 4 de octubre de ese mismo año, el vecino de Oliva don Gabriel Císcar, célebre marino y matemático de fama universal que fue diputado en las Cortes de Cádiz, era condenado a la pena de muerte en la horca por sus ideas liberales; afortunadamente logró exiliarse en Gibraltar. Hay que decir también que, en 1825, el Ayuntamiento intentó desahuciar a los padres escolapios y pidió el restablecimiento del colegio y de la Universidad a la Compañía de Jesús. Y no debemos olvidar que en 1829, todavía, el abad de Gandía pagaba a la Duquesa el impuesto sobre la sisa y el pescado.

Durante 1834 fallece en Madrid doña Josefa Alonso Pimentel, duquesa de Gandía, y la sucede en el título su nieto primogénito Pedro Girón, y a su muerte hereda el título su hermano Benjamín Mariano Francisco de Borja que en poco tiempo dilapidó salud y fortuna. Es la ocasión propicia y varios pueblos de la comarca presentan pleitos sobre el dominio de las tierras y consiguen librarse de los

presuntos derechos del nuevo Duque. En 1844 el Ayuntamiento, queriendo borrar todavía más el recuerdo de los Borja, promulga el siguiente edicto: Debiendo desaparecer para siempre las armas ducales con que los duques de Gandía, validos de su prepotencia(...) y nominoso feudalismo que ejercían, se acordó que conforme a las reales órdenes, se quiten y borren dichos signos y escudos de armas de los bancos de asiento y presidencia que el Ayuntamiento tiene en las gradas del presbiterio de la iglesia colegial, y demás sitios y cosas que no fuesen propiedad particular del señor Duque.

Poco a poco, Gandía se enriquece con la diversidad cultural que supone la llegada de varias familias de allende los Pirineos. Corre el año 1855 cuando se tiene noticia de que las señoritas Crocier, Fourrat, Neulat y Lapeyre, recién llegadas de Francia, tomaron baños de mar en la playa de Gandía. Ese mismo año, en el Periódico de Valencia aparece la siguiente crónica sobre los trajes de baño: Mucho es lo que se comenta, llegado el verano, sobre los trajes de baño que están luciendo las mujeres, cada vez con menos tela y con más carne para enseñar. Aquellas grandes sayas, tan recatadas que antaño tapaban todo el cuerpo de la mujer, excepto la cabeza, han caído ya en el absoluto desuso y ahora, toda mujer se precia e incluso presume de enseñar los tobillos y mucha panto-

rrilla, y de descubrir de forma increíble sus brazos sin que nada parezca importarles, ni siquiera la atenta mirada de los hombres. Las playas de Valencia se llenan así, en el verano, de presencias indecorosas por no llamarlas de otra forma mucho más contundente.

En Gandía francos, libras y marcos convertidos en reales y escudos de oro corren de mano en mano. Las grandes fortunas cambian de nombre y en 1860, siendo alcalde don Antonio García, los mayores contribuyentes de la ciudad eran don Francisco Morán Roda, don Vicente Sáenz de Juano, don Dimas Gutiérrez, don Andrés Sancho y Blasco, don Federico Avargues y don Nicolás Lapeyre. Algunos de estos apellidos han llegado hasta nuestros días dejándose en el camino buena parte de la inmensa fortuna de antaño. En 1864, con gran contento de la ciudadanía, se inaugura el Teatro Municipal en la Villa Nueva de San Roque, actual calle Duque Carlos. La obra, puesta en escena por un grupo de aficionados locales, era original de don Florentino Arévalo y se titulaba Don Francisco de Quevedo, que dejó escrito:

Retirado en la paz de estos desiertos,
en pocos pero doctos libros juntos,
vivo en conversación con los difuntos
y escucho con mis ojos a los muertos.

El Teatro se aprovechaba también para los bailes de

Carnaval y ejercía de empresario don Melchor Román.

En 1868, la reina Isabel es expulsada de España y el 6 de octubre queda elegida en Gandía la Corporación Municipal del Gobierno Revolucionario que jura cumplir con los deberes del cargo, servir fielmente a la patria y no atentar jamás contra la libertad. Es alcalde don José Merí Melo y primer teniente don José Gómez Mazparrota. Trece días más tarde, el 19 de octubre de 1868, nace la peseta como moneda oficial de España.

Las propiedades de los duques van mermando y en 1869, le venden a don Federico Trénor la Alquería del Duc, un lugar emblemático donde el poeta Ausiàs March descubrió el Licor del Paraíso.

**Lo que llamamos buena sociedad
no es, en su mayor parte, más que
un mosaico de caricaturas refinadas.**

F. Schlegel. *Kritische*

Por su especial devoción al Santo Duque, los primeros marqueses Fernández de Pinós, protagonistas de esta historia, siempre pensaron ocupar algún día el palacio donde nació el Santo; por tal motivo, cuando la casa de Osuna lo puso en venta, don Hipólito Cantalapiedra de Pinós intentó comprarlo, pero no lo consiguió y el Palacio Ducal fue adquirido por los jesuitas. Pero don Hipólito no

cejó en su empeño de acercarse a la cuna de san Francisco de Borja y decidió comprar otro gran tesoro de la memoria borgiana, el Real Monasterio de San Jerónimo de Cotalba, fundado en 1388 por el duque Alfonso el Viejo y desamortizado por Mendizábal en 1835, consciente de que aquel lugar también estaba impregnado de los efluvios miríficos del Santo, porque allí murió su esposa, la portuguesa doña Leonor de Castro en 1545 y, según la leyenda, el Duque permaneció siete días encerrado en la cripta acompañando el cadáver de su mujer que, mientras se descomponía comido por los gusanos, exhalaba un agradabilísimo olor a rosas y jazmines. Posteriormente, el cadáver fue trasladado bajo el presbiterio de la Colegiata, donde reposaban los restos de los tres primeros duques de Gandía.

Don Vicente Alcalá de Olmo, laureado general de la guerra de Cuba vecindado en Gandía, gran amigo de los Fernández de Pinós, hizo todas las gestiones necesarias para la compra de San Jerónimo y, bajo su dirección, se acometió la reforma en el ala noble del monasterio. Se amueblaron lujosamente las estancias cubriendo los suelos con riquísimas alfombras y las paredes con cuadros, tapices, bargueños, cornucopias, armaduras y panoplias, convirtiendo aquel antiguo cenobio en un palacio del que el mismo duque de Gandía, en sus días cortesanos, se habría sentido orgulloso.

Los Marqueses llegaron a Gandía el 11 de mayo de 1873, justamente el mismo día en que se proclamaba la I República. Su llegada no pudo ser más oportuna, pues coincidió con otro memorable acontecimiento que conmovió a la inmensa mayoría de los ciudadanos y del que nos dejó cumplida memoria nuestro convecino el notario Pascual Sanz y Forés, en un opúsculo rescatado del olvido por Elvira Ferrer. Se trataba del II Centenario de la canonización de san Francisco de Borja en el que los Marqueses tuvieron una destacada participación, tanto en las actividades religiosas como en los festejos profanos... En primer lugar, el capellán llamado de las Rocas, montado en un magnífico caballo bien enjaezado y con los cascotes dorados, invitando a la fiesta. Seguía el carro el gremio de zapateros, otro de horneros y otro de molineros. Un figurón tocando el tambor. Dos ancianos con grandes pelucas y barbas blancas llevando cada uno un estandarte con el blasón o escudo de armas de la ciudad. Una danza de enanos, otra de gitanos, otra de pastores, otra de caldereros y otra de diablos. La banda de música de El Real de Gandía, una danza de turcos, otra de marineros y otra del gremio de albañiles...

Estas exhibiciones públicas de los Fernández de Pinós los confirmaron desde los primeros días de estancia en nuestra ciudad como ilustres gandienses de la “pequeña

nobleza agraria comercial e industrial de Gandía”, tal como la definía el jesuita Alejandro Reyestolle “Adro Xavier”, autor de una de las biografías más cursis que se han escrito sobre san Francisco de Borja.

Extremadamente obeso, paticorto y de nariz achatada, don Hipólito Cantalapiedra, primer marqués de Fernández de Pinós, no guardaba ningún parecido físico con los elegantes y distinguidos personajes de su familia que aparecían en los cuadros de sus antecesores. Por el contrario, su esposa, doña Monserrat, marquesa consorte, sobresalía en belleza y elegancia entre las damas de la familia inmortalizadas en los lienzos de Rolan de Mois.

Pocas semanas después de la celebración de las fiestas del II Centenario de la canonización de san Francisco de Borja, el general Alcalá de Olmo quiso presentar a sus amigos a la buena sociedad gandiense y los invitó a una memorable cena organizada en su casona de Benirredrà y a la que doña Monserrat se negaba a asistir porque el General, viudo recientemente, acababa de casarse con la criada.

—Eso no pasa en Barcelona.

—Tienes que comprenderlo, Monserrat.

—¿Te parecería correcto que nuestro santo Borja se hubiera casado con una criada?

—No olvides que a partir de ahora nuestra vida so-

cial y nuestros negocios van a estar en Gandía y no podemos hacerle un feo a don Vicente.

Pese a su poco agraciado aspecto físico, don Hipólito, además de simpático y jovial, guardaba un especial encanto en salva sea la parte y logró convencer fácilmente a su esposa. Acto seguido, mandó aparejar el landó con cuatro caballos y, a media tarde, partieron desde San Jerónimo camino de Gandía.

Aquella no fue una cena aburrida de gran protocolo, resultó amena, entretenida y, sobre todo, de excelentes manjares salidos de las manos de la ex cocinera, convertida por el General en dueña de la casa. A doña Monserrat no le fue difícil encontrarse a gusto con los nuevos amigos, sobre todo cuando a la hora del café, los caballeros pasaron a otra parte del jardín y las señoras comenzaron a subir el tono de las conversaciones escuchando a madame Fourrat y madame Crocier, convirtiendo las erres en ges, contar las costumbres parisinas de las cocots.

Los caballeros no perdieron el tiempo en asuntos de faldas, eran personas muy respetables y la mayoría de ellos tenían su amante oficial, su querida de turno o su mantenida. Como personas adineradas que eran, las conversaciones giraron en torno al poder y los negocios. El general Alcalá de Olmo, dueño del tranvía de tracción animal que cubría el trayecto entre Gandía y Carcagente,

mordió la punta de su habano —el mejor recuerdo que se trajo de Cuba— y preguntó al alcalde Rausell:

—¿Cuándo te vas a decidir de una vez a derribar las murallas?

Todos los presentes se sumaron a la pregunta y don Sinibaldo Gutiérrez, sin mover apenas el bigote engomado, apuntó mirando al alcalde Rausell:

—La ciudad se asfixia, querido Pepe.

El irlandés O'Morant, de nariz y mofletes coloreados por el güisqui y uno de los mayores terratenientes, dijo con voz campanuda:

—Tiene razón Sinibaldo. Te estás quedando antiguo. La ciudad necesita crecer.

El marqués de Fernández de Pinós, que esperaba empezar pronto a invertir en la ciudad, no se atrevió a opinar y fue entonces cuando Rausell, tras apurar su copa de coñac, un brandy especial que le destilaban ex profeso los hermanos Ferri, sentenció como si estuviera presidiendo el pleno municipal:

—Está bien, caballeros. Como todos tenemos intereses en la huerta que nos rodea, se aprueba la moción por unanimidad. ¡Abriremos las murallas!

Todos sonrieron y don Sinibaldo añadió:

—Y a urbanizar, señores, a urbanizar. ¡Nos lo exige el progreso!

A finales del 800, Gandía, con un censo de 9.800 habitantes, vivía encorsetada por sus murallas; ahora, con su derribo, la ciudad podría crecer, lo cual traería aparejada la revalorización de las tierras situadas fuera de las murallas. Por este motivo, el señor Rausell y su gran amigo Sinibaldo Gutiérrez, diputado en Cortes por el distrito de Gandía, haciendo gala de una gran visión de futuro, compraron varias hanegadas de tierra por los alrededores. También don Federico Trénor, que ya poseía la Alquería del Duc, compró la Devesa y los marjales y a la fiebre compradora se unió el grupo de franceses, ingleses e irlandeses, afincados en Gandía, los Fourrat, Crocier, Lapeyre, O'Morant y Lombard, que junto con los Castillo, Cebrián, Roda, Valier y demás personajes que figuraban en el Registro de Nobles de la Ciudad de Gandía formado de orden del Real Acuerdo de Valencia en 1775.

A la semana siguiente de la cena, con el gran aparato propagandístico propio de los políticos, se derribó la muralla que cerraba la Vila Nova. El público aplaudió dando vivas al alcalde. Repicaron las campanas. Se lanzaron cohetes y el abad mitrado, calada la mitra, asperjó y bendijo el hueco de la muralla por donde asomaba todo un campo fértil y ubérrimo que iba a traer el progreso. La banda municipal interpretó la Marcha Real, y el magnánimo señor Rausell prometió regalar a la ciudad una gran

plaza que llevaría el nombre de Prado. Allí, junto a una fuente, se plantó un árbol y el alcalde anunció solemnemente que mientras estuviera el árbol, la plaza sería del pueblo. Siempre el pueblo, el sufrido pueblo, el glorioso *populusque romanorum*, el pueblo llano y sufrido de Gandía, que igual servía para un roto que para un descosido en manos de los políticos. Y, pese a todo, el pueblo, convertido en masa, no dejaba de aplaudir:

—¡Viva el alcalde Rausell! ¡Viva el alcalde Rausell!

El barranco que corría paralelo a la muralla se convirtió muy pronto en una nueva arteria que hizo latir con fuerza el corazón económico de la ciudad, un paseo que curiosamente bautizaron con el nombre de las Germanías; porque los valencianos, según decía monsieur Fourrat, tienen el extraño gusto de vanagloriarse con las derrotas y los fracasos, como ocurrió en esta batalla de las Germanías y también en la de Almansa, donde perdieron hasta los fueros.

—En el fondo, son algo masoquistas —añadían los hermanos Lombard, que comenzaban a levantar su imperio textil de fábricas de seda, una en Almoines y otra en el centro de Gandía.

Don Enrique Lombard Gaujoux, propietario de una tienda de tejidos en Nimes, apareció en Almoines un buen

día de mayo de 1848 y quedó tan maravillado del paisaje, que decidió montar una hilatura de seda en aquel lugar. Cuando la hilatura Lombard se pone en funcionamiento, la cosecha española de capullos de seda se hallaba en su apogeo y sólo la región valenciana daba 14 millones de kilos de capullos. En 1898, los hijos de don Enrique se separan de su padre, fundan la Casa Lombard Freres y construyen la fábrica de Gandía sobre el solar de un antiguo trapiche que daba nombre a la calle Villanueva del Trapig, hoy San Francisco de Borja. En este histórico edificio comenzó en Gandia la revolución industria y fue, sin duda, la primera revolución femenina, porque la gran mayoría de los trabajadores eran mujeres que, en poco tiempo, se dejaron la piel de los dedos chamuscada en las grandes calderas de agua hirviendo donde se maceraban los capullos del gusano de seda.

Junto a las familias distinguidas, que frecuentaban los marqueses de Fernández de Pinós a finales del 800, destacaban algunos personajes que se ocupaban del cuidado de sus cuerpos y de sus almas. Para todos los alifafes, partos y pequeñas cirugías, se podía elegir entre el doctor don Fermín Melis, condecorado por su abnegada actuación en la epidemia de cólera de 1884, el médico Bañuls, apodado el Gato, que diagnosticaba con un péndulo de radiestesista, o los doctores don Emilio Ferrer y don

Marcelino Iranzo. Las medicinas y las fórmulas magistrales las preparaban los farmacéuticos don Arcadio Cholvi y don Vicente Adrover, fabricante de la “Pasta Camaleón para el tratamiento de los callos y ojos de gallo” y de las “Gotas Americanas para las purgaciones, la blenorragia y el flujo blanco”. Para la salud de las almas, además de escolapios, jesuitas y franciscanos, estaban los canónigos de la Colegiata que cantaban maitines, vísperas y completas en el coro. Entre toda esta clerecía sobresalía un escolapio ilustrado, el padre Leandro Calvo, experto en hidrología que marcó con su varita de fresno de zahorí las más importantes corrientes subterráneas para que los latifundistas locales perforaran sus pozos e instalaran los nuevos motores para el riego que causaron furor en la gran Exposición de Agricultura, Industria y Comercio celebrada en 1881. El mismo año que apareció el semanario *El Litoral* y se inauguró el ferrocarril de vapor Carcagente-Gandía poniendo fin al tranvía de caballos de don Vicente Alcalá de Olmo.

Pero el progreso no fue sólo en lo material sino que floreció también en cuestiones del intelecto, y en diciembre del mismo año, nació en nuestra ciudad una agrupación denominada *El Estímulo Científico*, integrada fundamentalmente por médicos, abogados y otros profesionales que semanalmente se reunían para discutir temas

de carácter científico. Su junta directiva la formaban los señores don Sinibaldo Gutiérrez, don José Soldevila, don Andrés Catalá, don Francisco Romaguera y don José María Beltrán. Curiosamente, a lo largo del tiempo, todos los citados tuvieron descendientes que ocuparon cargos en la política municipal.

El marqués de Fernández de Pinós, dispuesto a hacer crecer su fortuna, invirtió en las obras de construcción del puerto con los señores Trevijano y Ullargui. Adquirió acciones en la compañía The Alcoy and Gandía Railway and Harbour C^o Ltd y compró tierras alrededor del convento de San Jerónimo. Mientras tanto su esposa doña Monserrat seguía encantada con sus nuevas amigas en aquellas meriendas elegantes donde abundaban las exquisiteces dulces y saladas y los sorbetes de leche merengada y agua de limón refrescados con nieve traída de los neveros que los más acomodados tenían en la cumbre del Mondúver. La anfitriona solía alardear de doncellas con cofia y almidonado uniforme, de cuberterías de plata y vajillas de porcelana china, especialmente la señora de don Sinibaldo Gutiérrez Mas, que aquella tarde estrenaba una auténtica vajilla de porcelana china, regalo de su tío el excelentísimo señor don Sinibaldo de Mas, embajador de España en la corte de Pekín que en el mes de octubre de 1864 firmó el primer tratado de amistad, comercio y navega-

ción entre su majestad la Reina de las Españas y su majestad el Emperador de la China. La copia de tan interesante documento se conserva en el Archivo Municipal de Gandía (sig 33 fondo J.M.B). También se guardan en el mencionado archivo un par de cartas de don José Rausell a don Sinibaldo de Mas sobre las cantidades depositadas en el Banco de la India, Londres y China, que pueden darnos idea de hasta dónde llegaban entonces los negocios de algunos gandienses ilustres.

Uno de estos gandienses ilustres, don Francisco O’-Morant Roda, descendiente de irlandeses, fue hombre filantrópico, caritativo y benefactor que estableció en nuestra ciudad el Asilo Beneficencia para acoger ancianos desamparados. Y así lo explica en su testamento otorgado ante don José María de Arias: “Es mi deseo que en esta ciudad haya un asilo o casa de beneficencia en donde sean recogidos los pobres de ambos sexos que lo necesiten”.

Otro personaje digno de mención, gran amigo de los Marqueses, era don Gabriel Sanchis, abuelo de María Pilar Carreras, que bien podría calificarse como el animador cultural de la ciudad a finales del 800. Pianista excelente y dotado de un gran sentido del humor, organizaba funciones de zarzuela y fue él quien descubrió a la célebre cantante Lolita Durá.

Doña Monserrat llevaba algún tiempo obsesionada

en tener un hijo y aunque don Hipólito la complacía bien en todo cuanto estaba de su parte, el embarazo no llegaba. Hasta que un aciago día, a la vuelta de una de sus reuniones sociales en la casa de Rausell, doña Monserrat le dijo a su marido:

—Hoy sería un buen día para intentarlo. Fíjate en lo que me han regalado.

Sacó del bolso un viejo cordón de cáñamo y se lo mostró al Marqués, que no pudo evitar un gesto de sorpresa.

—¿Y eso qué es? ¿Quieres que me ahorque?

—¿No estamos buscando un heredero? —preguntó doña Monserrat comenzando a quitarse la ropa.

Don Hipólito sonrió sin comprender para qué podía servir aquella cuerda. La Marquesa acabó de desnudarse y ciñéndose el cordón a la cintura explicó:

—Me lo ha regalado la señora de Rausell porque sabe que le tengo mucha devoción a san Francisco de Borja.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó el marido cada vez más alucinado por el espectáculo.

—Es el cordón de san Francisco de Asís que se puso la madre de san Francisco de Borja cuando tenía dieciséis años para darlo a luz.

—Pero... Tú todavía no vas a dar a luz y hace

tiempo que cumpliste los dieciséis años.

—Ya lo sé. No te hagas el gracioso. Pero la mujer de Rausell me ha asegurado que si pasamos la noche atados los dos con el cordón me quedaré embarazada.

De esta singular manera, la marquesa de Fernández de Pinós concibió a su hijo Fernando, principal protagonista de esta historia, que vino al mundo en la Pascua de 1885 asegurando la sucesión del marquesado que tanta importancia iba a tener en nuestra ciudad.

Doña Monserrat estaba más que harta de la soledad de San Jerónimo, no sólo porque se aburría soberanamente sino porque pensaba que los marqueses de Fernández de Pinós no debían vivir alejados de las actividades sociales, políticas y religiosas de la ciudad y todos los días insistía a su marido:

—Debemos comprar una casa en la calle Mayor donde viven los marqueses del Vasto, los Sáenz de Juano, la baronesa de Mislata, los Fourrat...

Pero don Hipólito volaba más alto y deseoso de destacar entre sus amigos, le dijo un buen día a su mujer:

—Los Fernández de Pinós tendrán un palacete de nueva planta en el paseo de las Germanías.

Así fue como al finalizar el siglo XIX don Hipólito, de acuerdo con el prestigioso maestro de obras don Pascual Boigues, comenzó a construir el que se convertiría,

con el paso del tiempo, en uno de los edificios más emblemáticos de la ciudad, conocido como la Casa de la Marquesa al convertirse, en 1999, en Casa de Cultura. El periódico *El Litoral* publicaba en junio de 1886: “Adelantan con rapidez las obras del magnífico palacio que en la avenida ha poco designada con el nombre de las Germanías están construyendo los señores de Fernández de Pinós. Deseamos vivamente ver terminada esta obra que no sólo dará importancia a aquella majestuosa calle sino a toda la población”.

Para mejor comprender el misterio que siempre guardó este singular edificio, conviene recordar que al iniciarse la excavación para los cimientos apareció un cementerio musulmán con todos los esqueletos orientados hacia la Meca. Inmediatamente, el historiador don Carlos Sarthou Carreres instó al Ayuntamiento a que se realizara un estudio de aquellos antiguos vecinos de Gandía, pero el Marqués, temeroso de que se paralizaran las obras, le dijo a su amigo el alcalde, don Andrés Lapeyre Pouquet:

—Si tú no tienes inconveniente, no me importa que los moros duerman debajo de mi casa.

Y, al día siguiente, prosiguieron las obras sin más averiguaciones.

En aquel tiempo, todavía no había alcantarillado y una acequia procedente del lavadero del Raval, cubierta

de losas, recorría toda la calle Mayor; recogiendo también las aguas malolientes de las fábricas de curtidos de la calle Curtidores y los pozos negros de las casas particulares donde se almacenaban las aguas fecales.

En enero de 1893, los Marqueses participaron en el primer viaje del ferrocarril que cubría la línea Alcoy-Puerto de Gandía. Un acontecimiento extraordinario al que asistió don José Canalejas, el arzobispo y el capitán general de Valencia. El único inconveniente, según doña Monserrat, fue que acabaron llenos de carbonilla.

Por aquel tiempo se fundó la Caja de Ahorros de Gandía y los marqueses de Fernández de Pinós figuraron en la lista de patronos fundadores junto al marqués de González de Quirós y la mayor parte de los nobles y terratenientes citados en el devenir de esta historia, que vieron en aquella institución adornada con el caritativo título de Monte de Piedad, un refugio seguro para su dinero.

Gandía, en continua metamorfosis, comenzaba a transformarse en una ciudad de servicios. Exactamente en 1902 funcionaban las imprentas de don Luis Catalá, celebrado poeta, la de don Joaquín Ferrer y la de don Joaquín Rodrigo. Cuidaban las dentaduras de los gandienses el doctor Benácer y el dentista Torres, que guardaba su ataúd en la sala de espera de su consulta. Don Manuel Pascual, natural de Agres, graduaba la vista y proporcionaba gafas

a sus clientes. Don Dimas Cucart tenía taller de cerrajería y calderería. Bautista Vayá era curtidor de pieles. Don Antonio Añón y don Vicente Malonda fabricaban gaseosas y sifones. Don Jesús Juan dirigía su fábrica de corsés en la calle Ausiàs March, 8. Don Vicente Bellver se anunciaba como comerciante de azafrán y caballerías. Don José Albi, que dominaba el alfabeto Morse a la perfección, era el jefe de la estación telegráfica. Don Vicente Doménech anunciaba su hojalatería en Mayor, 61. Y para ser enterrado se podía elegir entre don Santiago Rubio en la calle Obradores, 2 y don Francisco Femenía en la calle Cuartel, 7.

Los Marqueses dieron una espléndida cena en los jardines del nuevo palacete para presentar en sociedad a su hijo Fernando, nacido gracias al milagro del cordón de san Francisco de Asís. Ésta fue la primera fiesta en Gandía donde se dieron cita todas las clases sociales de la ciudad porque los Marqueses, además de sus amigos ricos y poderosos, invitaron a un importante grupo de profesionales y comerciantes de clase media. Las crónicas aparecidas en los semanarios *Revista de Gandía* y *Gandía Moderna* guardan memoria de aquel acontecimiento y allí aparecen los abogados don Andrés Arias y don Pascual Cruañes. El veterinario don Francisco Gil. Don Francisco Romaguera, vicecónsul de Inglaterra. Don Federico Carpi y don Jesús

Domingo, procuradores de los tribunales. Los doctores Melis, Aranda, Ferrer y Oller. También asistieron el sombrero Blasco y el sastre Ausiàs, nombrados recientemente proveedores de los Marqueses. Todos, absolutamente todos, venían acompañados de sus distinguidas esposas con sombrero y polisón siguiendo la moda de París que venía reflejada en las páginas de Blanco y Negro. Aquella flor y nata de la sociedad gandiense quedó inmortalizada para la posteridad por los fotógrafos Juan Ibáñez e Isidro Laporta, que no dejaron de iluminar la noche con los fogonazos de sus flashes de magnesio.

Se sirvió la cena en el incomparable marco del jardín iluminado con farolillos a la veneciana y con la inevitable presencia de los pavos reales que, según comentaba en secreto el cronista Rafael Arias, merecían formar parte del escudo nobiliario de los Fernández de Pinós, por su parecido al orgullo y a la altivez con que se movía doña Monserrat.

Tras la cena, comenzó el rigodón, un baile versallesco que doña Concha Martínez Marco, la esposa del pintor Gonzalo López Rancaño, discípulo predilecto de Sorolla, había preparado durante varias semanas con un selecto grupo de jóvenes en edad de merecer. Este rigodón se convirtió en una tradición gandiense y se bailaba todos los años en el casino de Fomento durante la Feria, como

inicio de unos juegos florales con mantenedor y flor natural, para poner de largo a las jovencitas de la buena sociedad. La tradición permaneció viva hasta los años 70. Pero sigamos con el baile de la inauguración de la Casa de la Marquesa. La mayoría de las madres con hijas casaderas consideraban a Fernando, el hijo de los Marqueses, como el mejor partido de la ciudad. Era un chico alto y bien parecido. Estudió el bachillerato interno en los jesuitas de Valencia y el día de la fiesta ejerció de perfecto anfitrión junto a sus padres. No dejó de bailar en toda la noche y, desde su privilegiada altura, contempló a placer el hueco del escote de algunas jovencitas que, por especial capricho de la naturaleza, dejaban vislumbrar un busto espléndido elevado por la gracia del corsé.

El irlandés O'Morant, que había tenido una magnífica y gratificante experiencia eligiendo a Rausell como su hombre de confianza, aconsejó al Marqués la conveniencia de tener a su lado un hombre de confianza, una mano derecha, un perro fiel dispuesto siempre a defender los intereses del amo y fue así como Manolo Femenía, hijo del sacristán mayor de la Colegiata, inteligente, callado y de una fidelidad absoluta se convirtió en el hombre de confianza de los marqueses de Fernández de Pinós.

Cada vez que Fernando llegaba de vacaciones, las dos grandes puertas de la Casa de la Marquesa, cubiertas

por magníficos herrajes en los que destacaban cuatro cabezas de león, permanecían abiertas. Al contrario que su madre, que hacía honor al comentario del periodista Arias cuando la comparaba con la actitud orgullosa y distante de los pavos reales, Fernando Cantalapiedra era un joven encantador, amable y sencillo que se relacionaba con todas las clases sociales de la ciudad. No resultaba raro verlo acudir al porrat en la ermita de Benirredrà con Ignacio Company, Cristóbal González y Fabián Peiró, o verlo torear en la corrida a beneficio del Hospital y Beneficencia en compañía de José Iranzo y el pintor Gonzalo López, junto a Arturo Avargues, Maximino Crocier y el abogado Beltrán. También le gustaba asistir a las meriendas que los Melis celebraban en “Villa Pepita” con baile de gramola y discos La Voz de su amo que se vendían en la tienda de Paco Espí, que produjo la primera película rodada en Gandía en 1928., Todavía hoy “Villa Pepita”, como mudo testigo de aquel tiempo, se alza en el centro del parque Ausiàs March, y dos hijos de Paco Espí, junto a los hermanos Omarrementería se ocuparon de los cines de Gandía en los años 50 y 60.

Aunque se dijo después de una de estas estancias en Gandía que Fernando tuvo un pequeño romance con Amalieta Sancho, la hija del doctor Eugenio Sancho, que parecía escapada de un cuadro de Caravaggio, nunca llegó

a confirmarse, pero es cierto que la pequeña embarcación de madera que todavía hoy permanece medio hundida en el fantasmagórico lago del jardín de San Jerónimo lleva pintado el nombre de Amalieta.

El 13 de octubre de 1907, siendo alcalde don Luis Fourrat, mientras la buena sociedad se entretenía en corridas de toros, fiestas y amoríos, don José Moreno, comerciante de la calle Mayor que le hacía los bombines a Pablo Iglesias y Bernardino Pérez, trabajador del ferrocarril, decidieron fundar la Agrupación Socialista de Gandía. Como puede verse, en Gandía había gente para todo. También la hubo ese mismo año para conmemorar el centenario de la llegada de los escolapios a Gandía y la restauración de la Colegiata con el nuevo abad don José Sancho Martínez. Tampoco faltó gente para celebrar el IV Centenario del nacimiento de san Francisco de Borja en 1910, cuando de nuevo, don José Rausell ocupaba la alcaldía. Llegaron prelados de media España gracias a la invitación del cardenal don Benito Sanz y Forés, hijo de Gandía. Hubo solemnes funciones religiosas, procesiones multitudinarias, concentración de Adoradores Nocturnos de toda la provincia, comida para los pobres de la Beneficencia sufragada por el marqués de Fernández de Pinós y un magnífico espectáculo itinerante por las calles de la ciudad representando escenas de la vida del Duque. Ni

que decir tiene que don Hipólito y doña Margarita estuvieron siempre en lugar destacado presenciando o presidiendo estas celebraciones.

Pero no siempre los sucesos fueron tan pacíficos, pues con ocasión de una huelga de ferroviarios en septiembre de 1911, se produjeron en Gandía graves alteraciones del orden público, como protesta a la guerra de Marruecos. Socialistas y grupos de republicanos quemaron las casetas de consumos y se levantaron trozos de la vía del ferrocarril Gandía-Carcagente. A raíz de estos sucesos, se tomó la decisión de “matar al mensajero” y el director del periódico *El Momento*, señor Ferragut, apodado Petit Lerroux, que relató los hechos, fue desterrado de Gandía a Argel.

La guerra europea que se inició en agosto de 1914 repercutió notablemente en una grave crisis económica que interrumpió la exportación de la naranja con los consiguientes perjuicios, tanto a la agricultura como a los obreros. Las subsistencias escasearon y los precios se elevaron considerablemente. La guerra constituyó para los gandienses un nuevo motivo de división en dos bloques identificándose los aliadófilos con las izquierdas y los germanófilos con las derechas.

Al inicio de la segunda década del siglo XX, las señoritas Rausell, Gutiérrez y Sáenz de Juano, entre otras,

tuvieron un pequeño disgusto al anunciar los marqueses de Fernández de Pinós el compromiso matrimonial de su hijo Fernando, licenciado en Derecho, con Margarita de Sotomayor, subcampeona de tenis en el torneo de Wimbledon de 1919. Se habían conocido en Madrid. Los dos eran asiduos lectores de P. G. Wodehouse y de Wenceslao Fernández Flórez, y estaban imbuidos del sentido del humor inglés y español, una mezcla de resultados imprevisibles. Los casó en San Jerónimo el canónigo Morell y fue una boda memorable con más de quinientos invitados, que tuvo amplio eco en las páginas de Blanco y Negro, La Actualidad y Mundo Gráfico.

**Florecieron las naranjas de oro
y Valencia se llenó de riqueza.**

Vicente Blasco Ibáñez. *Entre naranjos*

Olvidado ya el cultivo de la caña de azúcar, la morera y la vid, que fueron en otros tiempos la riqueza de esta comarca, comenzó a tomar auge el cultivo y el comercio de la exportación de naranjas y cebollas. En los almacenes de los Mayans, Bañuls, Koninckx, Puig, Palmer, Gorrita y un largo etcétera, la actividad era frenética y las mujeres, sentadas en el suelo, seleccionaban las naranjas y las envolvían con mucho esmero en papel de seda que se imprimía con la marca y el nombre del exportador

en tinta de oro en la timbradora de González. La finura de aquel papel de seda era tal, que estaba presente en casi todos los escusados de la ciudad; cortado en pequeños trozos, se colgaban en un artilugio de alambre clavado en la pared y fue el precursor del papel higiénico. Debía usarse por la parte no impresa para no dejar restos de purpurina dorada, y fue famosa una pupila de la célebre casa de lenocinio de la Cari en la calle Plus Ultra, llamada “coño de oro” porque solía frotarse los labios mayores de la vagina con la parte impresa del papel de seda logrando así un efecto deslumbrante cuando se quitaba las bragas. Decía el canónigo don Antonio Martí, cronista de la ciudad en los años 40, que de esta particularidad genital viene la leyenda del escudo de Gandía que reza: Sic luceant opera tua.

Una vez empapeladas las naranjas y colocadas en cajas de madera, eran llevadas en carro para embarcarlas en el puerto, donde don Julio Monzó, don José Román, con su inseparable sonotone que fue alcalde en los años 40 y 50, don Juan Román, don Artemio Navarro y don Miguel Boronad, que tenían coche con gasógeno, desde sus despachos de consignatarios, dirigían el embarque en una babel de barcos cuyas tripulaciones, marineros rubios de ojos azules y brazos tatuados, aguardaban la espera en el bar de la Pastaora tomando copas, o se llegaban a Gan-

día a la calle Plus Ultra buscando el foky foky.

Aquella semana del 1 al 7 de abril de 1917 se embarcaron para Londres en el vapor Wahcondah 3.071 cajas de naranjas y 1.050 de cebollas. Para Liverpool, en el vapor Scalpa, 4.972 cajas de naranjas y 6.213 cajas de cebollas. Para Manchester, en el Gulf of Suez, 4.991 cajas de naranjas y 8.095 de cebollas y así podríamos seguir hablando de los barcos de vapor que salieron destinados a Bristol, a Nueva York y a otros puertos europeos y americanos. Por aquel puerto de las maravillas entraron por primera vez en Gandía el güisqui y el tabaco rubio, de los que sólo teníamos noticias por las películas americanas. Aparte de los Camel y Lucky Strike en paquete normal, el Capstan Navy Cut venía envasado en botes cilíndricos de metal y el Abdullà Virginia en cajas planas metálicas del tamaño de una cuartilla.

Junto a lo barcos de vapor destacaban los elegantes pailebotes a vela, de tres y cuatro palos, pilotados por mallorquines, que partían rumbo a Sette, Marsella y las islas Pitiusas. El único barco de recreo que había en el puerto, con la tripulación siempre presta para recibir a su dueño, era el yate del señor París, un indiano de fabulosa fortuna, dueño también de un negocio de maderas en Galicia, de un precioso chalet rodeado de espléndido jardín, conocido como Palacete París construido en 1908 por el arquitecto

Víctor Beltrí Roqueta, convertido hoy en colegio, del Peñón de Ifach y de un pequeño tren particular que le transportaba desde su chalet hasta el aserradero de madera donde se confeccionaban las cajas para envasar naranjas y cebollas.

Don Hipólito Cantalapiedra, marqués de Fernández de Pinós, consciente del auge que tomaba el negocio de las naranjas, comenzó a realizar grandes plantaciones en San Jerónimo, sumándose así a la larga lista de familias de Gandía ricas en hanegadas de naranjos. Durante mucho tiempo, la hanegada, la fanecà, fue la medida para evaluar la riqueza de los gandienses y muchos matrimonios se concertaron por las hanegadas que poseían las familias de los contrayentes. Cuando la rica en hanegadas era la chica, se decía que el chico había dado un braguetazo.

Durante los felices veinte, la vía del ferrocarril Alcoy-Puerto de Gandía limitaba por el oeste con el último tramo del paseo de las Germanías donde, además del colegio de las Madres Ursulinas, habían levantado sus casas doña Margarita Espinós, don Vicente Palmer, que años más tarde sería alcalde, el señor Francisco Ferrairó, perfumista y fabricante de un refresco efervescente con sabor a naranja y los señores Humberto Koninckx, exportador recién llegado de Bélgica, Ribes, fabricante de hielo, Ripoll, que fue general y alcalde desde 1926 a 1929, y

don Juan Lorente, que también ocupó la alcaldía en los años sesenta cuando llevaba aparejado el título de Jefe Local de Movimiento con el yugo y las flechas bordadas en rojo sobre la camisa azul. “Cara al sol con la camisa nueva que tú bordaste en rojo, ayer”.

Un edificio emblemático en la primera década del s. XX fue el Hotel Ferrocarril de don Joaquín Icardo. Su fachada noble de dignas proporciones pregonaba la seriedad del establecimiento. Hotel de techos altos, con luces mortecinas, butacas de mimbre y mesas de mármol presididas por eternas jarras de agua a punto de criar peces en su infinita y aburrida transparencia de siglos. Comensales solitarios, diseminados en el enorme comedor mientras el camarero, calvo, de lacio bigote, con la eterna servilleta colgada del brazo, servía a los clientes la melancolía de un plato con una pescadilla que se mordía la cola. Hotel de viajeros de comercio de Tarrasa y Sabadell. Hotel discreto para alguna pareja de enamorados incógnitos, forasteros por supuesto, pues nada más lejos de la acrisolada moralidad del señor Icardo que dar cobijo a parejas que no estuvieran casadas por la Santa Madre Iglesia. Parejas forasteras que encontraban en la habitación impersonal del hotel el lecho conyugal que la sociedad les negaba. Hotel de enfermos que hacían noche en Gandía para que les visitara alguno de los renombrados médicos de la lo-

calidad. Hotel, también, de algún registrador, notario o delegado de abastos que vivían cuatro días a la semana de pensión completa y luego regresaban a la capital.

Poco después de la boda con Margarita de Sotomayor, Fernando ingresó en el cuerpo diplomático, por lo que se vieron obligados a residir mucho tiempo fuera de España; pero esto no fue óbice para que todos los años vieran a Gandía para pasar sus vacaciones con sus padres en la casa del paseo y, al llegar, siempre descubrían algo nuevo en la ciudad. En 1922, un monumento al Corazón de Jesús que parecía bendecir la huerta en un montículo frente al Real de Gandía, que comenzó a construirse en tiempos del alcalde liberal don José Castañer e inaugurado el 24 de junio por el alcalde conservador don Vicente Ros, abuelo de Inmaculada Bañuls, actual diputada del PP en el Congreso. También encontraron una magnífica plaza de toros de madera con cabida para 7.000 espectadores, construida por don Enrique Melo e impulsada por don José Morant, don Luis Burguera y don Enrique Ribera, que se gastaron un total de 70.000 pesetas. En 1923, Fernando y Margarita fueron testigos de la inauguración de un magnífico casino en lo que antaño fue la casa de don José Rausell y que le había sido donada por el señor Morán Roda por los buenos servicios prestados como hombre de confianza. En aquel casino, bajo el nombre de

Fomento, se daban cita la agricultura, la industria y el comercio de la ciudad y fue su primer presidente don Diego Morell Adrover.

El 13 de septiembre se sublevó en Barcelona el general Primo de Rivera. La repercusión del golpe militar en Gandía no se hizo esperar y, a los pocos días, siendo alcalde don José María Serra, se declaró la ley marcial con la supresión de las garantías constitucionales.

El 29 de julio de 1924, cuando Fernando y Margarita llegaron a Gandía de vacaciones, doña Monserrat y don Hipólito los esperaban en el jardín. Tras los saludos de rigor, don Hipólito acarició el vientre de su nuera y preguntó:

—¿Todavía nada?

Margarita sonrió, miró a su marido y negó con la cabeza.

—¿Pero es posible que no queráis hacerme abuelo?

Margarita se sonrojó y Fernando, llenando la copa de brandy de su padre, propuso:

—Papá, vamos a brindar por el futuro nieto.

—Brindar y algo más tendréis que hacer —apuntó doña Monserrat.

—Ya está bien, mamá. Cada vez que llegamos nos montáis el mismo número.

—Perdona, Fernando. Pero nos hace tanta ilusión...

Si me permitís, os daré un consejo que a nosotros nos fue muy bien.

—Eso, eso, cuéntales lo del cordón de san Francisco.

Doña Monserrat explicó con todo lujo de detalles el ritual que siguieron para quedarse embarazada. Y a la mañana siguiente fue a pedirle el cordón a la señora de Rausell.

Pero, desgraciadamente, la familia Rausell había devuelto el cordón de san Francisco de Asís al convento de las monjas clarisas, donde se guardaba en un precioso ostensorio como pieza clave de la vida del santo. Ese mismo verano, don Fernando y doña Margarita conocieron al nuevo alcalde don Joaquín Ballester, cofundador de Fontilles junto al jesuita padre Carlos Ferris y actualmente en proceso de beatificación del que es postulador el padre Jesús Moragues.

En 1925, se inauguró el Teatro Serrano. Las autoridades y la banda de música recibieron al maestro Serrano en la estación y a los acordes de la marcha mora Paso a la Cábila, hizo su triunfal entrada en el Teatro. Hubo discursos y bendiciones y se puso en escena La leyenda del beso. En tiempos de cine mudo, la proyección de las películas se acompañaba con música: el señor Gabriel Sanchis tocaba el piano y los hermanos José y Salvador

Vercher la viola y el violín. Si había función de revista, el señor Oller tocaba los timbales y el señor Ignacio Moreno, el contrabajo.

En el lugar que hoy ocupa el Teatro Serrano hubo instalada, en otro tiempo, una plaza de toros donde actuaron Lagartijo, Mazantini, Fabrilo y el gandiense José Pascual “El Valenciano”.

Tres años más tarde, sin que hubiera llegado todavía el tan deseado embarazo, saludaron al nuevo alcalde don Rafael Ripoll Cabrera, ilustre general que poco antes de su muerte profetizó que en el plazo de un siglo, una descendiente suya volvería a ocupar la alcaldía de la ciudad. Fue precisamente aquel mismo año cuando entró a trabajar en la Casa de los Marqueses, como ayudante del hombre de confianza Manuel Femenía, Carlos López Vidal, un joven de conducta intachable que por avatares de la vida fue asesinado y posteriormente beatificado.

Desgraciadamente los felices veinte acabaron en tragedia para los primeros marqueses de Fernández de Pinós. Viajaban hacia Valencia don Hipólito, doña Monserrat y Manuel Femenía, en el magnífico Hispano-Suiza que conducía el chófer Anselmo Velasco cuando en las curvas de San Juan, inesperadamente el coche se estrelló contra una enorme apisonadora. El chófer y el hombre de confianza salieron ilesos pero los Marqueses fallecieron en el acto.

A partir de entonces, comenzó a tomar cuerpo la idea de que sobre los propietarios de la Casa de la Marquesa pesaba alguna influencia maléfica por el hecho de haber sido edificada sobre un cementerio de seguidores de Mahoma.

Fernando y Margarita, que por entonces estaban en la embajada de Berlín, viajaron de inmediato a Gandía acompañados de Mercedes, la hermana menor de doña Margarita, una joven rubia de rostro anguloso y ojos negros que parecían guardar un insondable secreto, y que a partir de ahora se quedaría a vivir en Gandía para ocuparse del cuidado y administración de los bienes de los nuevos Marqueses.

En todos los balcones de la Casa de la Marquesa se colgaron reposteros con el escudo de armas de los Fernández de Pinós, un pavo real sobre una espada en campo de gules adornados con crespones negros. La ceremonia fúnebre en la Colegiata, oficiada por el abad Solà acompañado del rector de los escolapios y del superior de los jesuitas, fue una auténtica manifestación de duelo de todas las clases sociales de la ciudad. El obispo de Valencia, los Caballeros del Santo Cáliz y de la Real Maestranza, el Gobernador Civil y el alcalde de Gandía, don Joaquín Sendra, con la corporación en pleno bajo mazas, acompañaron a don Fernando y a doña Margarita, convertidos a partir de ahora en los segundos marqueses de Fernández

de Pinós.

Tras el solemne funeral de corpore in sepulto, los restos de los Marqueses fueron inhumados en la cripta del convento de San Jerónimo junto al duque real Alfonso el Viejo, sus hijos y los priores del monasterio. Antes de cerrar el nicho, don Fernando sacó del bolsillo del chaleco de su padre un curioso reloj de sonería que dejaba oír La Pequeña Serenata de Mozart cuando se abría la tapa para consultar la hora.

Durante los días siguientes al funeral, don Fernando, en compañía de Manuel Femenía y Carlos López, mostraron a su cuñada Mercedes todas las dependencias de San Jerónimo, la iglesia, la sala capitular, el claustro, la almazara, la parte noble recién remozada, el jardín romántico al estilo de los de Nicolás Forestier y el acueducto de piedra que traía el agua de la fuente de Batlomala. Visitaron también al director del Banco Hispano para reconocer su firma y comprobar las diferentes cuentas y, finalmente, don Fernando le presentó a los personajes más influyentes de la ciudad y a los amigos con los que había vivido los mejores momentos de su juventud, entre los que destacaba Pepe Maylín, el primer radioaficionado de Gandía que en junio de 1929 puso en marcha su emisora.

Muy pronto, doña Mercedes supo ponerse al día y hacerse cargo de la gestión y administración de todo el

patrimonio y, aunque tenía un carácter más reservado que su hermana, logró ser aceptada por la buena sociedad gandiense, donde se la conoció como la Marqueseta. Solía vérsela con frecuencia sentada en el nuevo Studebaker que sustituyó al Hispano-Suiza, conducido por Anselmo, unas veces sola y otras acompañada del señor Manolo o del joven Carlos, viajando constantemente a San Jerónimo, donde la cosecha de naranjas era cada vez más abundante. Pero lo que nadie llegó a conocer entonces fue el apasionado romance nacido entre ella y Anselmo Velasco, el chófer de la Casa de los Marqueses. El periodista Arias comentaba que parecían una pareja sacada del circo Price. Ella, rubia, alta, delgada y frágil se movía como una ecuyere haciendo equilibrios sobre el caballo, y él, moreno, grande, fuerte, con enorme bigote parecía el hombre forzudo del circo. ¿Quién hubiera podido imaginar entonces que esta singular pareja ostentaría un día el tercer marquesado de Fernández de Pinós?

Comenzaban a soplar aires republicanos y el 4 de abril de 1931, tras las elecciones, se proclamó la República y los vencedores ocuparon el Ayuntamiento formando una Junta Municipal presidida por don Miguel Oltra. Ese mismo día, el vecino de Bellreguard don Odilo Egea, que estaba tomando café en Fomento, corrió a su casa de Bellreguard, sacó la bandera republicana y la

colgó en el balcón del Ayuntamiento. El 9 de septiembre de 1931 el Ayuntamiento de Gandía tomó el acuerdo de prohibir que la Feria y Fiestas de octubre estuvieran dedicadas a su patrón san Francisco de Borja. Votaron a favor de tal prohibición los señores Oltra, Domingo, Rubio, Bernabéu, Cabrera, Pastor, Bañuls y Burguera, y en contra, los señores Escrivá, Román, Mayans y Catalá. Como puede suponerse, la decisión motivó un gran revuelo entre los católicos gandienses, que decidieron organizar por su cuenta las fiestas religiosas. Aquel año, los marqueses de Fernández de Pinós no vinieron a Gandía.

Las tensiones políticas, sociales y religiosas seguían en plena efervescencia. El 9 de febrero de 1932, el Gobierno de España se incautó del Palacio Ducal, disolvió la Compañía de Jesús y prohibió la enseñanza a las órdenes religiosas. Ni que decir tiene que estas medidas causaron un gran impacto entre la ciudadanía, que se dividió en tres grupos, los que se decían de derechas, los que se decían de izquierdas y los que no creían ni en la derecha ni en la izquierda. Los tradicionalistas fundan aquel año su Ateneo y la derecha regional valenciana organiza un gran mitin en el Teatro Serrano para escuchar a Luis Lucia. Pero tras la sanjurjada del 10 de agosto y la condena de la derecha, los republicanos reaccionan: cierran los periódicos derechistas y don Jesús Domingo y los her-

manos Pastor son encarcelados. A finales de año, la visita a Gandía del Ministro de Instrucción Pública, don Fernando Giner de los Ríos, puso paz entre derechas e izquierdas.

En el verano de 1933, don Fernando Cantalapiedra, marqués de Fernández de Pinós, miembro del Gran Oriente Español, asistió en Valencia con dos amigos de Gandía —cuyos descendientes me piden silenciar sus nombres— a la fundación de la Logia Blasco Ibáñez, creada por el gran Maestre Regional de Levante, don Isidro Sánchez, en los locales de la calle Conde de Montornés, 19, siendo elegido primer presidente don Vicente Femenía Femenía.

Durante aquellos años treinta, cuenta Damián Catalá en su libro *Pinceladas de Historia Local* que el número de muchachos gandienses que cursaban estudios de Derecho o Letras, no era superior a los que cursaban carreras de Ciencias y los Miñana, Fuster, Paniagua, Bañuls, Iranzo, Alas, Climent y Soldevila, no eran más que los Malonda, Maylín, Nogueroles, Trilles, Morell, Pérez y Rubio. A todos ellos sorprendió Enrique Peralta poblando el aire con las ondas hertzianas de la recién nacida emisora EAJ 23 Radio Gandía. Eran los tiempos del alcalde don Vicente Palmer y hubo en Gandía un auténtico despertar de las obras públicas. Se construyó el alcantarillado, el grupo

escolar Joaquín Costa, el Instituto de Segunda Enseñanza y se inició la urbanización de la playa. Conviene recordar que el alcalde Palmer logró la cesión de la zona marítima al Ayuntamiento por un período de cien años. Al poco tiempo, aparecieron los primeros chalets de las familias más acomodadas: los de Diego Morell, Ripoll, Bañuls, Pepe Román, convertido hoy en el hotel San Luis... y los de los alcoyanos Peidro, Payá, el del papel de fumar Bambú, Mataix y muchos otros que hacían de la chaqueta de pijama adornada con mucha pasamanería su uniforme oficial de veraneantes; veraneantes que a la hora del aperitivo se acercaban a Casa Barrina donde nunca faltaban las gambas, las clóchinas que se criaban en los musclaires y el pulpo, que tendido en una cuerda, se secaba al sol del verano. Muy pronto aparecieron sobre la arena los merenderos y las famosas barracas de madera del señor Melo que todos los veranos se instalaban para que la clase media se hiciera la ilusión de tener un “chalet” en la playa. Hay que decir que los marqueses de Fernández de Pinós nunca mostraron interés por la playa; quizá algún código secreto de la aristocracia les hacía poco proclives a construir castillos en la arena.

**Quién sabe si lo que llamamos muerte
no es sino vida; y muerte, en cambio,**

lo que juzgamos que es vida.Eurípides. *Phrizus*

En noviembre de 1935, don Fernando Cantalapiedra fue nombrado embajador plenipotenciario en Pekín, curiosamente iba a ocupar el mismo puesto que en 1864 ocupara don Sinibaldo de Mas, tío de don Sinibaldo Gutiérrez Mas, gran patricio gandiense e íntimo amigo de su difunto padre cuando llegó a Gandía a mediados del 800. Antes de partir para China, don Fernando y doña Margarita vinieron a pasar las Navidades en Gandía. El Marqués aprovechó para supervisar con Manolo y Carlos el estado de las cuentas de sus propiedades, que bajo la supervisión de su cuñada Mercedes seguían produciendo pingües beneficios. Tuvo tiempo también para reunirse con los buenos amigos que mantenía desde su juventud y el día de Navidad, como era costumbre, don Fernando, doña Margarita y su hermana Mercedes comieron en San Jerónimo con todo el personal que trabajaba para ellos. Al finalizar la comida, doña Mercedes, luchando contra sus verdaderos deseos, hizo un brindis muy especial:

—Por los marqueses de Fernández de Pinós. Para que el Señor bendiga pronto con un heredero.

Pero aunque el brindis se repetía todos los años, el heredero no llegaba. Bien es verdad que nunca usaron la reliquia del cordón de san Francisco de Asís pero más de

una vez hicieron las caminatas de san Nicolás y tomaron en ayunas el agua de la balsa de Ivanco sin resultado alguno. Después del brindis nunca faltaba el rezo del rosario, dirigido por Carlos López. Y en los viejos muros de aquel monasterio volvían a resonar padres nuestros, avemarías y ora pro nobis como en los viejos tiempos del monacato, mientras la tarde invernal caía lentamente llenando de sombras San Jerónimo.

El último día del año amaneció Gandía con una luz muy extraña parecida a la de las noches blancas de San Petersburgo, sin embargo soplaba un ligero vientecillo de poniente que elevaba la temperatura por encima de los veintiocho grados, cosa insólita para aquellas fechas como recordaba años más tarde el farmacéutico don Cayetano García en su libro sobre la climatología de La Safor.

A mediodía, por los micrófonos de la emisora local, el periodista Petrof leyó un comentario entre cáustico y hermético asegurando que aquel cambio de clima traería aparejado un cambio político. A la hora del café, en el Círculo Gandiense y en el Círculo Republicano, entre el ruido de las fichas de dominó y el humo de los puros, las palabras del periodista fueron la comidilla de todas las tertulias, y como no podía ser de otro modo, hubo comentarios para todos los gustos.

Por la noche, la Marqueseta dijo a sus hermanos que

iba a cenar a la casa de don Diego Morell, donde se reunía un grupo de amigos para tomar las uvas y celebrar la noche de fin de año, pero lo cierto fue que marchó con su amante a pasar la noche en San Jerónimo y no fueron precisamente santas letanías lo que oyeron las paredes de aquel cenobio en noche tan señalada, sino más bien, los gritos de placer de una mantis religiosa.

Don Fernando y doña Margarita dieron permiso a doncellas y mayordomos y decidieron quedarse solos en casa.

Son las nueve de la noche y en el salón comedor, con mesa de caoba para seis personas y un tresillo de cuero junto a la chimenea, terminan de cenar los Marqueses. Hay dos candelabros de plata sobre la mesa y dos más sobre el aparador. En una mesa auxiliar, un teléfono de manivela, un gramófono de bocina y un aparato de radio. En las paredes, cuadros de los antepasados, un tapiz con el escudo de los Fernández de Pinós, un gran espejo de marco dorado donde se duplica la imagen el salón y un reloj de péndulo con la leyenda *Tempus Fugit*.

Las manos expertas de don Fernando provistas de cuchillo y tenedor mondan una naranja dejando intacta la piel como una serpiente de oro.

—Son las primeras de la temporada. Las trajeron ayer de San Jerónimo —comenta doña Margarita.

—Comprendo que los ingleses se vuelvan locos por esta fruta.

Don Fernando y doña Margarita conservan un aspecto envidiable, tienen estilo y sentido del humor y mientras él hojea el ABC, ella intenta buscar música en el aparato de radio donde suenan, entrecortadas por el fading, músicas, ruidos y palabras en varios idiomas. Sin apartar los ojos del periódico, don Fernando no puede evitar una exclamación:

—Vaya con los Franco. ¡Menuda familia!

—¿Qué les ocurre?

—Que el general Mola ha metido a Ramón Franco en la cárcel.

—No me extraña. Tenía una vena republicana...

—Escucha esto. “Detenido el comandante Franco. El famoso piloto del Plus Ultra, comandante Ramón Franco, ha sido detenido y llevado a prisiones militares. Aunque, según el general Mola, lo ha sido sólo por faltas militares, los rumores señalan su conexión con un intento de revuelta republicana. Esto parece confirmarse con la detención de los señores Company, Tusó, Gassol, Aiguadé y Pestaña”.

—Menudo disgusto se habrá llevado su hermano Paco.

—Pero Carmencita se habrá alegrado; creo que no

puede ver al cuñado.

Doña Margarita no contesta; buscando en el dial de la radio ha logrado sintonizar con nitidez la Sinfonía número 4 en do mayor, Júpiter. Cierra los ojos e inundada de paz y felicidad permanece inmóvil con una sonrisa dibujada en el rostro pensando que la música es el único arte que permite escaparse por completo de la vida.

Suena ahora en la radio el Vals de las Velas y don Fernando enciende los dos candelabros que hay sobre la mesa, apaga la luz eléctrica, se acerca a su mujer y, tomándola de las manos, pregunta:

—¿Me concede este baile?

Quizá la falta de hijos en su matrimonio ha sido la causa para que Fernando y Margarita se hayan convertido en una pareja de cómplices amantes y aunque muchas veces sus puntos de vista no coinciden, actúan en la vida buscando cada uno la felicidad del otro.

Bailan con las mejillas muy juntas susurrándose en el oído palabras de amor y de deseo, mientras en el dial iluminado de la radio aparecen los nombres de Roma, Londres, París, Venecia, Berlín, que traen a su memoria la plaza de San Pedro, el Big Ben, las Tullerías, la plaza de San Marcos, la puerta de Brandeburgo...

—Lo que más te agradeceré siempre es haber viajado por tantas ciudades maravillosas.

—Y yo te agradezco que hayas hecho posible el milagro de que sigamos enamorados.

Siguen bailando llevados por los recuerdos mientras los leños que arden en la chimenea reflejan sus sombras en las paredes como las imágenes de una linterna mágica.

De pronto, suenan dos disparos y todo queda envuelto en un manto de oscuridad y silencio.

Y al tercer día resucitó.

Hechos de los Apóstoles

El salón comedor apenas permanece iluminado por el tenue resplandor que viene de la calle. El fuego está completamente apagado y los leños convertidos en ceniza. Se han consumido las velas de los candelabros que había sobre la mesa. El dial de la radio está sin luz y ni siquiera se oye el tictac del reloj de péndulo. Los Marqueses dormitan en sus sillones.

—Me quedé transpuesto.

—Y yo soñando. Qué raro. Estamos a oscuras.

Don Fernando intenta dar las luces, pero no se encienden y prende las velas de los otros dos candelabros que quedaron sobre el aparador.

—Así estamos mejor hasta que vuelva la luz.

Transcurren unos minutos de silencio y, al fin, doña Margarita se levanta de la butaca, toma un candelabro y

se adentra en la casa. De pronto regresa con el miedo reflejado en el rostro y le grita a su marido:

—¡No hay nadie, Fernando!

—Es lógico. Diste la noche libre al servicio y tu hermana se fue a cenar a casa de Diego Morell.

—¡Ha desaparecido todo!

—¿Qué dices? ¿Te has vuelto loca?

Doña Margarita se derrumba en el sillón en medio de un llanto histérico sin dejar de repetir:

—¡La casa está vacía! ¡La casa está vacía! ¡La casa está vacía!

—Vamos, mujer. Tranquilízate. No digas tonterías.

—Es verdad, Fernando. ¡Ha desaparecido todo! ¡Tengo miedo! ¿Qué está ocurriendo?

—Cálmate, Margarita. No conviene dejarse llevar por los nervios. Seguramente, has sufrido una alucinación.

Don Fernando toma el candelabro para echar un vistazo, se adentra en la casa y observa perplejo que han desaparecido los muebles y todas las habitaciones están vacías. Intenta llamar por teléfono, pero no hay línea. El reloj de péndulo está parado en las 11.30. En la chimenea sólo hay cenizas y de la calle llegan ruidos de música y voces que poco a poco van subiendo de volumen.

—¿Qué son esas voces?

—Nada, mujer. Deja ya de asustarte. Es fin de año.

¿No recuerdas? Anda, vamos a brindar.

Al ir a servir las copas, se da cuenta de que la cubitera con la botella de champán y las copas están cubiertas por una espesa capa de polvo que se extiende por toda la habitación cubriéndolo todo como un negro sudario cuajado de telarañas.

Don Fernando y doña Margarita se asoman a través de los cristales y observan que en el paseo iluminado con multitud de bombillas de colores se celebra una verbena de disfraces. En un improvisado escenario se suceden músicos y cantantes mientras unos bailan y otros desfilan arriba y abajo exhibiendo sus trajes, que parecen sacados del baúl de los recuerdos del IV Duque de Gandía. Una gran pancarta colgada en el centro del paseo anuncia: *Feliç Any Borgia 2010!*

—Qué brutos son. En vez de 1936 han puesto 2010. Hay que ver lo que les gustan las bromas a esta gente.

Abren los cristales y, entre el griterío de la multitud, se escuchan claramente por megafonía varios mensajes despidiendo el 2009 y saludando la llegada del nuevo año 2010. La voz chillona de una locutora con un dejo de cursilería, víctima de la Logse, dice: *Gandians i gadianes, rebam amb emoció l'arribada de l'any 2010 per gaudir amb goig el V Centenari del naixement de Francesc de Borja.*

Los Marqueses cierran las contraventanas asustados de la realidad que acaban de constatar y se abrazan como dos náufragos del tiempo perdidos en una isla desierta.

—¿Dónde estamos, Fernando? —grita doña Margarita cada vez más asustada.

—Tranquilízate. Estamos en nuestra casa. ¿No lo ves?

—Sí, ¿pero qué ha pasado?

—No lo sé. Lo único cierto es que tú y yo estamos vivos.

—¿No estaremos soñando?

—No estamos soñando, Margarita. Estamos en el 2010.

—¿Pero tú estás loco? ¿Cómo es posible que hayan pasado ochenta y cinco años?

Sigue el vocerío en el exterior. Don Fernando también está asustado pero intenta dar ánimos a su mujer:

—No debemos preocuparnos. Einstein afirmaba que el tiempo es un concepto relativo.

—No entiendo lo que dices. Creo que me voy a volver loca.

—Tómalo con calma. Seamos realistas. Estamos vivos y habrá que seguir viviendo.

Da cuerda al gramófono. Coloca la aguja en el surco y suena un villancico:

La Nochebuena se viene.

La Nochebuena se va
y nosotros nos iremos
y no volveremos más.

— ¿Te das cuenta, Margarita? Nosotros hemos tenido suerte y hemos vuelto.

En el reloj de la Colegiata comienzan a sonar las campanadas de la media noche. Se besan con cada campanada. Comienza el disparo de un castillo de fuegos artificiales, el cielo se convierte en un caleidoscopio de luces de color y el resplandor de una gran bengala inunda de luz el salón, hasta que, poco a poco, se apaga y todo queda sumido en la más completa oscuridad.

**La guerra es un mal que
deshonra al género humano.**

Fenelon. *Diálogo de los muertos*

Poco tiempo después de que los segundos marqueses de Fernández de Pinós desaparecieran en la noche de fin de año de 1935, el 16 de febrero del año siguiente, el Frente Popular ganó las elecciones generales y el alcalde don Vicente Palmer Ripoll se vio obligado a abandonar la alcaldía, sucediéndole en el cargo don Marcelino Pérez, hasta octubre del 36. El 18 de julio comienza la Guerra Civil, que debería llamarse incivil, con la quema de la Co-

legiata. Fueron años siniestros y tan llenos de miserias, venganzas y asesinatos por ambas partes que durante mucho tiempo la mayoría de la gente quiso guardarlos en el rincón oscuro de la memoria.

Transcurridos unos meses del inicio de la guerra sin noticias de sus hermanos, doña Mercedes, la Marqueseta, cerró la casa de Gandía y se fue a vivir a San Jerónimo en compañía de Anselmo, su chófer y amante. A finales de la década de los cuarenta, a doña Mercedes y Anselmo los casó el canónigo don Antonio Martí. El matrimonio siguió viviendo en San Jerónimo y tuvieron dos hijos gemelos, Mercedes y Arturo. En 1945, transcurridos los diez años que marca la ley, doña Mercedes, la Marqueseta, se convirtió en la única heredera del título y de los bienes de doña Margarita y de don Fernando. Estos terceros marqueses de Fernández de Pinós apenas se integraron en la sociedad gandiense y en el mes de mayo de 1962 desaparecieron cuando se bañaban en el lago del jardín de San Jerónimo; un lago de nenúfares y misterio, lleno de oscuras leyendas, desde el siglo XIV en que dos monjes sodomitas desaparecieron para siempre en sus profundidades. Los cuerpos de los terceros Marqueses tampoco pudieron ser rescatados de las aguas y por una serie de subterfugios que sería muy difícil de explicar, sus hijos, Mercedes y Arturo, heredaron las propiedades y se convirtieron en los



cuartos marqueses de Fernández de Pinós.

Desde la última Gandía que conocieron don Fernando y doña Margarita en 1935, a la de este emblemático año borgiano de 2010, la ciudad ha sufrido una enorme transformación de la mano de los alcaldes Juan Lorente, Miguel Pérez, Juan Román, Salvador Moragues, Josefa Frau y José Manuel Orengo. Se superó el cinturón de la vía del ferrocarril, como antaño ocurrió con las murallas. La ciudad creció multiplicando por cuatro el antiguo casco urbano y dando cobijo a más de 80.000 habitantes, con un veinte por ciento de emigrantes. Pero lo más destacado es que ahora ya no se dan aquellas enormes diferencias de clases sociales y, aunque siguen existiendo ricos y pobres para que se cumpla el precepto evangélico “A los pobres siempre los tendréis con vosotros”, la gran mayoría de los gandienses puede encuadrarse en una clase media acomodada que dispone de coche, apartamento en la playa o casita en el monte.

El imperio del naranjo que antaño tanto contribuyó al bienestar de la sociedad pasó a mejor vida y, desde los años ochenta, muchos huertos fueron convirtiéndose en solares donde los constructores no cesaron de urbanizar, hasta hace un par de años en que, de la noche a la mañana, llegó el monstruo de la crisis. La construcción se detuvo y la vida se ralentizó lastrada por las personas en paro.

Con el fin de paliar de alguna manera la terrible crisis de la construcción, la mayor parte de los empresarios locales se han unido en una sociedad llamada Domus Áurea, bajo la presidencia de don Joaquín Castellá y don Jorge Lacomba, para comprar el emblemático monasterio de San Jerónimo y sus tierras y desarrollar un megaproyecto de urbanización con cientos de chalets y los correspondientes campos de golf, pese a las enormes dificultades y problemas que conlleva ese tipo de proyectos en los que intervienen el gobierno central, el autonómico y el municipal.

Para ultimar la compra están reunidos en el despacho de la promotora todos los socios de Domus Áurea y algunos técnicos, el director del Banco de Nueva Gales del Sur, antiguo Banco Hispano Americano, que va a conceder los créditos a los promotores, y los hermanos don Arturo y doña Mercedes Velasco, cuartos marqueses de Fernández de Pinós y actuales propietarios. Los dos her-

manos, alrededor de los cincuenta años, visten siempre de negro debatiéndose entre la moda y la cursilería. Tienen un cierto aire siniestro como de personajes de novela gótica e intentan demostrar en todo momento su condición de aristócratas poco dispuestos a vender.

—Tengan la completa seguridad —insiste el señor Lacomba— de que la oferta de Domus Áurea para los tiempos en que estamos es muy generosa.

—Y además —asegura el director del banco— ustedes van a cobrar al contado diez millones de euros.

—De todos modos, para nosotros —se resiste doña Mercedes— vender San Jerónimo es una decisión difícil. Han de comprender que se trata de las tierras que fueron cuna de los Fernández de Pinós y se nos hace muy cuesta arriba desprendernos de ellas. Están cargadas de tantos recuerdos... Papá, mamá, los tíos...

El arquitecto don Rafael Durá la tranquiliza:

—No dude que respetaremos el valor histórico de San Jerónimo, y además, hemos decidido que el complejo urbanístico lleve el nombre de Velasco de Sotomayor en memoria de sus ilustres antepasados. Insisto en que se respetará su gloriosa memoria. Y hemos pensado usar el escudo de armas de la familia como leif motiv de la urbanización.

—Buena idea, ¿verdad, Mercedes? El escudo no-

biliario es como una marca registrada —aduce don Arturo—. Por cierto, la cesión de la marca habrá que pactarla aparte.

—Por supuesto que sí. No queremos que alberguen ninguna duda sobre la fiabilidad de nuestras promesas.

—Pero además —insiste doña Mercedes— habrá que poner una cláusula aclarando que la capilla y la cripta donde descansan los restos de nuestros antepasados no forma parte de la venta.

—No se preocupe. Lo rectificaremos en el contrato.

—Todo eso debe quedar muy claro. No nos gustaría que los pueblos vecinos se apropiaran de la iglesia y la convirtieran en un lugar de romerías y celebraciones multitudinarias.

—A nosotros tampoco nos interesa —interviene el señor Castellà— y no olviden que se van a llevar diez millones de euros al contado.

—Pero estoy seguro que Domus Áurea va a ganar mucho más —replica don Arturo.

—No lo crea usted. Ahora está muy difícil la situación.

—Y corremos el riesgo de no conseguir los permisos de ministerios, consejerías, ayuntamientos... Está todo muy politizado.

—Y todavía hay más —aduce Guillermo Winson,

el topógrafo de la constructora, gran conocedor de la intrahistoria local—. Esperemos que en San Jerónimo no aparezcan cadáveres como en la Casa de Cultura porque podrían paralizarnos las obras.

La sorpresa se dibuja en el rostro de los promotores.

—¿Qué dices de cadáveres?

—Nada, nada. No hagan ustedes caso —los tranquilizan los hermanos Velasco—. Es una de tantas habladurías que circulan alrededor de esa casa.

Pero el topógrafo, que se pierde por hablar, insiste:

—Después de la guerra aparecieron restos humanos en el jardín. Precisamente en esa casa estuvo el comité antifascista y dicen que hubo una checa y algún resto se quedó por allí.

—Les repito que todo eso son habladurías —insisten los vendedores—, podemos asegurarles que los únicos cadáveres que hay en San Jerónimo son los que están enterrados en la cripta.

Molesto por el rumbo que toma la conversación, el señor Lacomba pone fin a la reunión.

—Está bien. Confío en su palabra y espero que no surjan problemas. Si estamos de acuerdo en el precio, en cuanto ustedes tengan preparadas las escrituras nos reuniremos para firmar el documento de compraventa.

Guillermo se ha quedado con ganas de explicar el extraño fenómeno de unas pequeñas lenguas de fuego que, algunas noches, parecen escapar por algunas ventanas de la Casa de la Cultura. Según el aparejador don Joaquín Mora y el arqueólogo don Joan Cardona, autores de un detallado estudio sobre la ubicación y los materiales empleados en su construcción, se trata de fuegos fatuos originados por la conjunción de los restos del antiguo cementerio árabe sobre el que se edificó la casa con los restos humanos que pudiera haber en ella desde la Guerra Civil. Si este fenómeno se diera en la urbanización que va a construirse en San Jerónimo, no cabe duda de que sería un completo fracaso.

Por supuesto el director del banco, un novelista frustrado que siempre maquina argumentos al borde del delito con la información confidencial que le llega de sus clientes, piensa que estas propiedades de los Fernández de Pinós, tan llenas de misterios, podrían ser un buen argumento para una novela.

**Toda novedad, aunque ésta sea
la felicidad, nos lleva al temor.**

F. Von Schiller. *Die Braut von Messina*

Cuando el 2 de enero de 2010 por la mañana, don Fernando y doña Margarita, los segundos marqueses de

Fernández de Pinós, obsesionados todavía por lo que habían vivido la noche de fin de año de 1935, deciden abandonar la casa y salir al paseo de las Germanías, no pueden dar crédito a lo que ven. En ambos lados del paseo se levantan altísimos edificios ahogando y empequeñeciendo su palacete. Gentes de todas las razas y vehículos de todo tipo se mueven arriba y abajo en un continuo ajeteo al que ellos no están acostumbrados. Impresionados por aquel ritmo, sus corazones también se aceleran; se cogen del brazo para defenderse de tanta agresión y cruzan temerosos el paseo para contemplar su casa desde la acera opuesta.

La puerta grande de la derecha y la del jardín están abiertas de par en par y gran cantidad de personas entran y salen, como Pedro por su casa, contemplan sobre la fachada un cartel con la siguiente leyenda: “Casa de Cultura Marqueses de Fernández de Pinós”. Doña Margarita hace un mohín de disgusto y murmura:

—Esto ya no es lo que era, Fernando.

Vuelven a cruzar el paseo y observan en el zaguán un cartel anunciando:

CICLE DE CONFERÈNCIES SOBRE
LA METEMPSICOSIS
15 Gener 2010 a les 21:00 hores

TRANSMIGRACIÓ I REENCARNACIÓ

A LA LLUM DE LA CIÈNCIA

Pel professor Joan Batiste Pardal

de la Universitat Pompeu Fabra

—¿Qué te parece esto de la reencarnación?

—¿Lo dices por nosotros?

Afortunadamente, el farol modernista diseñado por Gaudí y la escalera principal de mármol blanco con la barandilla de hierro forjado y el pasamanos de madera de sándalo siguen en su sitio. Al asomarse al jardín la Marquesa no puede ocultar un gesto de pena.

—¡Mira! ¡Mira! Ya no están los carruajes y han desaparecido los pavos reales. ¿Qué habrá sucedido?

—Me da mala espina todo esto. A lo mejor es que ha llegado la III República.

—¡Por Dios, Fernando! No hagas bromas.

Se sientan en un gran banco de madera en cuyo respaldo luce una placa dorada con el escudo de los Fernández de Pinós. Doña Margarita, otra vez atemorizada, se aprieta contra su marido y tomándole las manos le pregunta a punto de llorar:

—¿Podrías explicarme lo que nos ha ocurrido?

—Te repito que no lo sé. Tengo hambre y ésta es la mejor prueba de que estamos vivos.

—¿Así de sencillo?

—Sí. Así de sencillo. Primum vivere, et deinde filosofare. Acepta las cosas como son y no le des más vueltas.

—No puedo evitarlo, Fernando. Perdóname. Pero ¿qué hacemos nosotros aquí?

—No empieces otra vez. Si estamos vivos, hemos de seguir viviendo y yo tengo hambre.

El director de Políticas Culturales, don Antonio Durá, biznieto del médico don Fermín Melis que atendió el parto de doña Monserrat, nieto del doctor don José Melis, asesinado durante la Guerra Civil, y sobrino del doctor Pepe Melis que tiene calle a su nombre en el Grau de Gandia, llega camino de su despacho y se sorprende al ver aquella pareja que por su elegante atuendo parece sacada de las páginas del Blanco y Negro de los años treinta. Pero, de pronto, su afición al cine le trae el verdadero parecido; son Fernando Rey y Catherine Deneuve en Belle de Jour.

—¿Les ocurre algo? ¿Se encuentra bien su señora?

—Sí, sí. Gracias. Hemos hecho un viaje muy largo y está algo cansada.

—¿Es la primera vez que visitan Gandía?

Doña Margarita, que está deseando hablar, exclama:

—No, no. No es la primera vez. Nosotros vivíamos aquí...

—¡Por favor, Margarita! Perdónela, todavía no se ha repuesto. Nosotros vivimos en Madrid.

—Pues ésta es la playa de los madrileños. Les gustará mucho.

Eudaldo González, biznieto de don Cristóbal González, gran amigo del primer marqués de Fernández de Pinós cuando a mediados del siglo XIX llegó a Gandía, se acerca solicitando la presencia del señor Director de Políticas Culturales porque acaba de llegar el grupo de estudiantes tibetanos para el curso sobre la lengua de Ausiàs March. El señor Durá, con los buenos modales que le enseñó su madre, se despide entregándoles su tarjeta:

—Les deseo una feliz estancia en Gandía. Si necesitan algo, no duden en llamarme.

Por una momentánea y extraña visión del pasado, don Fernando presiente que, en este misterioso regreso al siglo XXI, va a conocer a muchos descendientes de todo aquel elenco social que giró alrededor de los marqueses de Fernández de Pinós desde que llegaron a Gandía.

Siguen sin comprender cómo ha podido transcurrir el tiempo, pero el hambre que ahora los azuza es la mejor señal de que están vivos. Antes de abandonar la Casa de Cultura, don Fernando pensó por un momento dirigirse a la farmacia de su amigo don Miguel Pérez Martí para explicarle lo absurdo de su situación, pero enseguida se dio

cuenta, sin bajar de la acera, de que ni la Caja de Ahorros, ni el bar Rialto, ni por supuesto la farmacia de su amigo, estaban en su sitio.

Preguntaron dónde podrían comprar comida y, al final, acabaron en un supermercado. El supermercado es un nuevo y sorprendente descubrimiento. Fijándose en lo que hacen los clientes aprenden el ritual de aquel templo de la alimentación, llenan el carrito y pasan por la caja. Al ir a pagar, el Marqués saca su cartera y entrega un billete de 1930. La cajera le pregunta extrañada:

—¿Está usted de broma?

—¿Por qué iba a estar de broma?

—Aquí se paga con euros. Las pesetas no valen.

—¿Pero qué ha pasado en este país para que no admitan las pesetas del Banco de España? —pregunta doña Margarita.

—Déjense de historias. Si no tienen euros, ya pueden largarse.

—De aquí no se larga nadie. Haga el favor de llamar al responsable de este negocio.

La gente de la cola se impacienta y comienza a protestar. Se forma un grupo de curiosos alrededor de la caja y un cliente gracioso toma el billete y lo muestra a la gente:

—Miren el listillo éste, pretende pagar con un bi-

llete del Monopoly.

—¡Soy el marqués de Fernández de Pinós!

Las risas y los comentarios van subiendo de tono. El público se alborota y al fin llega un policía alertado por los encargados del supermercado y se lleva detenidos a los Marqueses.

El comisario jefe, don Antonio Cloquell, sorprendido por el elegante aspecto de la pareja, los invita a tomar asiento y pregunta al policía:

—Vamos a ver, Evangelino. ¿De qué se les acusa a estos señores?

—Han intentado pagar con un billete de 1925 y además no llevan carné de identidad.

Don Fernando se pone en pie, se acerca a la mesa del inspector y le aclara:

—Soy don Fernando Cantalapiedra, marqués de Fernández de Pinós. Y ésta es mi esposa, doña Margarita de Sotomayor.

El comisario Cloquell, acostumbrado a todo tipo de historias, le escucha sin pestañear y pregunta al policía:

—¿Ha consultado sus nombres en el archivo central de datos?

—No figuran.

—¡¿Cómo que no figuran?! ¿Qué broma es ésta?

Don Fernando vuelve a acercarse a la mesa del ins-

pector y le entrega una cartera con el antiguo escudo de España.

—Aquí está mi cédula de identificación y mi pasaporte diplomático.

El inspector los revisa meticulosamente y, devolviéndoselos, sentencia con una sonrisa:

—Estás caducado, amigo mío.

—¡Yo no estoy caducado! ¡Ni soy su amigo!

—¿Quiere decirme que usted tiene ciento veinticinco años? Aquí pone que nació en 1885 y si no me equivoco estamos en el 2010. ¿No pretenderá tomarme el pelo? A saber de qué verbena vendrán ustedes con esa indumentaria. —Saca del cajón de su mesa el aparato para hacer la prueba de alcoholemia y se lo entrega a don Fernando.

—Sople. Por favor.

—¿Pero qué es esto?

—Es para comprobar el alcohol en sangre.

—¿Pero me toma por un borracho? ¡Esto es indignante! Le exijo que llame inmediatamente a don Manuel Portela Valladares.

—El Presidente del Gobierno, señor Portela Valladares, murió hace muchos años. Y además usted no es nadie. ¡No tiene carné de identidad! —Y dirigiéndose al policía le ordena que los fotografíen, les tomen las huellas

dactilares y les hagan la ficha.

—¡Este trato a la nobleza es indignante! Espero que cuando llegue a oídos de Alfonso XIII rueden cabezas entre la policía.

—Tranquilízate, Fernando, y baja la voz. ¿No decías que no había que preocuparse? Recuerda que estamos en el 2010.

—Ahora también estoy yo lleno de dudas. Habrá que enterarse de si todavía reinan los Borbones. Pero por lo que han hecho con nuestra casa y con las sagradas pesetas...

—Deben haber ocurrido muchas cosas en este país.

Al escuchar todo aquel diálogo de despropósitos, el comisario Cloquell no sabe si están locos o están de broma, pero está seguro de que no son gente peligrosa y decide dejarlos marchar.

—Ahora váyanse y den gracias a que no les detenga por ser Año Nuevo. En cuanto terminen todas estas fiestas, quiero verles de nuevo por aquí y que me aclaren su identidad.

Al abandonar la comisaría, los Marqueses están desorientados. Aquel conglomerado de altos edificios no tiene nada que ver con la ciudad que ellos conocieron. Las tiendas, los coches, la gente... Para orientarse deciden preguntar en la parada de taxis que hay junto al hospital,

y Eladio Jarreño, el propietario del taxi número 22, los informa:

—Éste es el final del paseo de las Germanías por la parte oeste y la Casa de Cultura está en el extremo opuesto.

—¿Y la vía del tren que cruzaba el paseo?

—Desapareció hace mucho tiempo. Hoy es la calle Ferrocarril de Alcoy, la encontrarán tres manzanas más adelante.

Don Fernando y doña Margarita, sin salir de su asombro, comienzan a andar por el centro del paseo mientras se les va avivando la memoria al descubrir el Instituto de Enseñanza Media a cuya inauguración, presidida por el alcalde Palmer, asistieron en 1935.

—Todo esto eran huertos. ¿Recuerdas?

—Cómo no me voy a acordar. Por aquí estaba, rodeada de naranjos, la casita de los Ferragut donde veníamos a merendar el día de Pascua.

—Por favor, no me hables de comida. Parece que lleve una eternidad sin probar bocado.

—Lo que haremos es ir al Banco Hispano que estaba aquí en el paseo y hablar con don Rafael.

—¿Pero tú crees que el señor Peydro va a estar esperándonos?

—Seguro que no. Pero toda la vida trabajamos con

ese banco y algo sabrán de nuestro dinero. Digo yo.

El dinero es un ungüento para las heridas del tiempo.

J. Bonsenyor. Libro de palabras y dichos del sabio y filósofo

En el lugar de su antiguo banco, abre sus puertas uno nuevo con el rótulo de Banco de Nueva Gales del Sur. En los escaparates hay vajillas, juegos de cama y otros objetos del hogar, por lo que dudan un momento, pero al final se deciden y entran. Todo está cambiadísimo.

—¡Qué extraño! Hace apenas tres días estuvimos aquí con el señor Peydro.

—Por favor, Margarita, recuerda el tiempo en que vives y no cometamos ninguna indiscreción.

El director del banco, de un enorme parecido a Charles Laughton, al que los Marqueses recordaban en la película *Si yo tuviera un millón*, los atiende en su despacho, desde el que se ve a los empleados a través de un gran ventanal. Don Fernando, tras dar sus nombres, pide conocer el estado de sus cuentas corrientes. El director teclea varias veces en el ordenador y les comenta con un gesto de extrañeza:

—No existen.

—¿Cómo? ¿Toda la vida trabajando con este banco y me dice que no existimos?

—Quiero decir que no existe ninguna cuenta a nombre de Fernando Cantalapiedra ni de Margarita Sotomayor.

—¿Ni valores, ni acciones, ni depósitos?

—Nada. Absolutamente nada. Créanme que lo siento.

Con mucha discreción, la Marquesa saca del escote una pequeña libreta de ahorros y se la entrega al director.

—¡Señora! ¿Se ha dado cuenta de la fecha que tiene esta libreta?

—Si yo le contara lo que nos ha sucedido...

—Será mejor que no entremos en detalles, Margarita. Recuerdo que teníamos también una cuenta a nombre de San Jerónimo. Supongo que usted conocerá San Jerónimo.

—Por supuesto. —Señalando con la mirada a uno de los empleados—. Precisamente el abuelo de aquel empleado del bigotito que se parece a José Luis López Vázquez, estuvo encargado hace muchos años de todo aquello. —Mirando la pantalla—. Sí. Aquí está. San Jerónimo S. A.

—¡Menos mal!

—Pero hay un inconveniente. Los titulares de la cuenta son doña Mercedes y don Arturo Velasco. Créanme que lo siento.

—¿Y quiénes son esos Velasco?

—Los cuartos marqueses de Fernández de Pinós.

Don Fernando y doña Margarita se miran perplejos sin acertar a comprender cómo todas sus propiedades y hasta el título han llegado a manos de unos desconocidos. Consternados por la noticia, se despiden del director y abandonan el banco.

Por la mente del director ha cruzado una idea que puede hacer realidad el argumento para una de esas novelas negras a las que es tan aficionado y que comenzó a imaginar el día de la reunión en el despacho de la inmobiliaria Domus Áurea, cuando tuvo conocimiento por boca de Guillermo Winson de los misterios que encerraban las propiedades de los marqueses de Fernández de Pinós y precisamente descubrió por las cuentas del banco, la existencia de una antigua amante. Llama a Manuel Femenía, el empleado que se parece a López Vázquez, y le ordena:

—Dicen ser los antiguos marqueses de Fernández de Pinós. Compórtate como lo hubiera hecho tu abuelo. Ayúdales en todo y procura ganarte su confianza.

—Pero... No comprendo...

—No tienes nada que comprender. Has de ganarte su confianza a toda costa. Anda, anda, vete con ellos, que todavía están sin desayunar y no tienen dinero, pero re-

cuerda que tú se lo vas a conseguir.

—¿Yo?

—Sí, tú. Bueno, el banco. Ya te lo explicaré. No repares en gastos.

Cuando sale Manolo del despacho, el director descuelga el teléfono y marca un número.

—Hola, abogado. ¿Cómo va todo? Acaban de aparecerseme dos fantasmas... Sí, sí, no te rías. Mañana por la noche pasaré por tu despacho y hablaremos... No, no. Ahora no puedo decirte más. Mañana nos veremos.

Los Marqueses, atraídos por el aroma del café, se han detenido frente a la cafetería Tano y contemplan las sugerentes fotos en color de los platos combinados. Manolo se acerca a ellos y se presenta.

—Soy Manuel Femenía y me gustaría hablar con ustedes. Por favor, ¿quieren que nos sentemos?

Manolo llama a Àlex Grimalt, el eficiente encargado de la cafetería, y le pide dos desayunos completos.

—¿Se acuerdan de mi abuelo?

Don Fernando recuerda el comentario del director del banco y, tras observar detenidamente a aquel hombre con bigote y cara de buena persona, exclama:

—¡Claro que sí! Tú debes ser Manolito, el nieto de mi hombre de confianza.

—¡No lo puedes negar! —corroborra doña Marga-

rita—. Eres su vivo retrato.

—¿Y cómo está tu abuelo?

—Murió hace muchos años.

—Claro, claro. Perdona. Te acompaño en el sentimiento. No sé lo que me pasa pero estoy hecho un lío con esto del tiempo.

—Parece que fue ayer cuando lo vimos por última vez —suspira doña Margarita—. Siempre nos traía las primeras naranjas de San Jerónimo.

Comen con avidez y, entre bocado y sorbo de café, mientras don Fernando unta una tostada con mantequilla, le dice a Manolo:

—Seguro que no te crees lo que estás viendo.

—La verdad es que me resulta difícil.

—A nosotros también —asegura doña Margarita— pero la realidad es que estábamos muertos de hambre. Llevábamos sin comer desde la noche de fin de año de 1935. ¡Una eternidad! ¿Verdad, Fernando?

—No digas barbaridades, Margarita. La buena cuestión, mi querido Manolo, es que nos encontramos sin dinero.

Manolo no sale de su asombro y cuando le cuentan todas sus odiseas de la mañana su sorpresa va en aumento. ¿Quiénes pueden ser estos personajes que se expresan con tanta naturalidad? Pero él no tiene nada que comprender,

sólo seguir las órdenes del director del banco y ganarse su confianza, por lo que, finalizado el desayuno, se ofrece a acompañarlos para hacer las primeras compras y que puedan instalarse cómodamente en aquella parte de la Casa de Cultura que, curiosamente, ha permanecido cerrada desde su inauguración.

De camino hacia la casa, se les acerca un hombre de color cargado con una alfombra y una bandeja llena de discos, relojes, transistores y gafas de sol. Se dirige al Marqués mostrándole la alfombra y, mientras don Fernando comprueba la trama con un cuentahílos, la Marquesa se prueba unas gafas de sol.

—¿Qué tal me sientan?

—Muy apropiadas. Te dan cierto aire de misterio.

Manolo paga las gafas y el hombre de color desaparece con sus mercancías.

—¿Y de dónde es este chico? —pregunta el Marqués.

—Es senegalés. Se llama Mamadú.

—¡Qué curioso! Del Senegal viene aquí a vendernos alfombras de Crevillente. No acabo de entenderlo.

—Te lo dije, Fernando. Aquí las cosas han cambiado mucho. Fíjate, mis gafas son made in China.

Al llegar a la puerta izquierda de su antigua casa, el Marqués, ante la mirada atónita de Manolo, saca las llaves

de su bolsillo y abre sin dificultad. Entran los tres cargados con las compras y, al cerrar la puerta, las cabezas de león que la decoran parecen sonreír como si conocieran todos los secretos que guarda aquella misteriosa casa.

Mientras Manolo contempla perplejo la casa vacía y el lamentable estado en que se halla el salón comedor, don Fernando no deja de pensar en la situación política.

—Dime una cosa, Manolo, ¿qué ocurrió cuando dejó el Gobierno el presidente Portela Valladares?

—No lo sé. Yo nací después de la Guerra Civil.

Los Marqueses se miran estupefactos:

—¡No me digas que ha habido una guerra civil! ¡Qué barbaridad!

—¿Lo ves? Ya te lo dije. Aquí debe haber pasado algo muy gordo.

—Sucedió entre 1936 y 1939, y fue una verdadera carnicería. Mi abuelo me contó que a Carlos López, su ayudante, le asesinaron en La Pedrera junto a las curvas de San Juan.

—¿Aquel chico que rezaba el rosario en San Jerónimo el día de Navidad?

—El mismo.

—¡Dios mío! Pero si era una bellísima persona.

—¡Y tanto! Hace poco que lo han beatificado.

—Pues tendremos que encomendarnos a él, ¿no te

parece, Fernando?

—¿Y se acuerdan de la hermana Josefa Monrabal de las monjitas veladoras que vino a cuidar a su madre cuando tuvo el tifus?

—Claro que me acuerdo. Estuvo a las puertas de la muerte. Si no llega a ser por el doctor Fernando Pérez...

—Pues también la mataron junto a la superiora Fidelia Ollero en el mismo sitio que a Carlos López.

—¡Qué salvajada!

—Pues pásmense ustedes, al doctor Pérez le fusilaron los del otro bando. Si los rojos mataron a veinte o treinta personas aquí en Gandía, al acabar la guerra, los azules hicieron lo mismo con los rojos. Aquello fue una verdadera locura.

Por un momento las noticias sobre las atrocidades de la maldita guerra incivíl conmocionan a los Marqueses, pero conscientes de que no conduce a nada hurgar en aquella barbarie, Fernando y Margarita decidieron, por el momento, no volver a preguntar nada sobre aquel horror.

—Por cierto, Manolo. Vayamos a lo práctico. Necesitamos que te ocupes de que nos arreglen la radio y el teléfono.

—Éstos son muy antiguos y no vale la pena arreglarlos. Me acerco a casa de mi amigo J. Pérez y se los traigo nuevos en un santiamén.

—¿Todavía se dice santi... amén?

—Por supuesto. Aunque se quemaron iglesias y mataron curas y monjas, la mayoría del pueblo sigue con sus tradiciones católicas y en las procesiones nunca falta la presencia del Ayuntamiento.

Los Marqueses, inasequibles al desaliento, comienzan a quitar el polvo y las telarañas que, con el paso del tiempo, se habían apoderado del salón comedor. Pero hay una pregunta que los martillea en la cabeza. ¿Cómo han podido desaparecer todos los muebles de la casa excepto los del salón? Al principio pensaron que podría deberse a un fenómeno de telequinesia, pero la verdad la supieron unas semanas más tarde cuando conocieron a Bernardo Ballester, decorador de cine y televisión. Bernardo, que por la amistad de sus padres con los Marqueses conoció la casa, les contó que después de la guerra, muchos de aquellos muebles aparecieron en unos almacenes de atrezzo de Madrid que surtían a los estudios de cine y televisión. Lo que nunca supieron es quién los había robado y llevado a Madrid. Era uno más de los misterios que encerraba aquella casa.

Manolo regresa con el transistor y un teléfono móvil.

—¡Pero qué cosas tan diminutas!

—La radio es muy sencilla. Apagar y encender.

Buscar emisoras y dar más o menos volumen.

—¿Pero es posible que funcione sin electricidad?

—Ahora todo funciona con pilas. Mire el teléfono.

Puede marcar directamente el número que quiera.

—¿No hay que pedir el número a la central? ¿Ya no hay demora?

—No, no. Simplemente marca los números e inmediatamente habla usted con cualquier lugar del mundo.

Don Fernando sonrío, saca su agenda y marca varios números, pero siempre se escucha la voz de la operadora diciendo: “Telefónica le informa que no existe ningún abonado con ese número”.

—No insistas, Fernando. Recuerda que estamos... solos.

—Tienes razón. No sé para qué me sirve este teléfono si se han muerto todos mis amigos.

—No desespere, don Fernando. Mañana le traeré un listín de teléfonos y seguro que podrá encontrar a algunos descendientes de sus amigos.

—¿También de nuestro antiguo abogado, el señor Escrivá?

—Por supuesto, su hijo continúa en el mismo despacho.

—Pues me gustaría ir a verle.

—Muy bien. Mañana a las diez pasaré a recoger-

les.

—Y no te olvides de que estamos sin luz y sin agua
—le advierte doña Margarita.

—Mañana sin falta quedará solucionado todo.

—Gracias, Manolito. No sé lo que habríamos hecho
sin ti.

El Marqués, obsesionado por conocer lo que ha sucedido con sus propiedades, no puede dejar que Manolo se vaya sin aclararle algo que le preocupa.

—Dime una cosa, Manolo. ¿Cómo ha ido esta casa a caer en manos del Ayuntamiento?

—No lo tengo muy claro. Creo que fue un acuerdo con la Caja de Ahorros.

—¿La Caja de Ahorros que fundó mi padre?

—Bueno, ahora se llama Bancaja.

—¿Un banco y una caja juntos? No me huele bien. Mañana hablaremos de ello con el abogado Escrivá. Pero ¿y las demás propiedades? ¿Quiénes son esos Velasco que figuran en la cuenta de San Jerónimo?

—Sus sobrinos. Los hijos de su cuñada Mercedes.

—¡No me digas que mi pobre hermana Merceditas encontró un marido!

—Sí. Al poco tiempo de desaparecer ustedes, se casó con Anselmo, el chófer.

—¡Jesús! Con la poca gracia que me hacía a mí

aquel hombre.

—Seguro que a tu hermana sí que le hacía gracia. Y, por cierto, Manolo, ¿qué tal son los hijos?

—La verdad es que un poco raros.

Es la hora del mediodía y Manolo decide invitarlos a comer.

El Paseo está animadísimo, se nota el ambiente festivo de la Navidad y la gente anda cargada de paquetes para el fiesta de los Reyes Magos. Al pasar junto a la parada de la Amorosa, don Fernando no puede evitar una sonrisa, porque La Amorosa, fundada en 1892, es un icono vivo de la ciudad por donde han pasado la mayor parte de los quinceañeros no sólo para comprar cacau i tramussos o un dulce moniato, sino principalmente un par de cigarrillos, que eran la credencial para sentirse mayores. Recuerda también Fernando el kiosco de cúpula de mosaico policromado donde se despachaban refrescos de zarzaparrilla y toda suerte de bebidas; lo regentaba El Negus que ejercía también de alguacil y era primo del sacerdote y cronista de la ciudad, don Andrés Martí Sanz y siempre presumía de ir allá donde fuese su célebre pariente. Lo que don Fernando no sabía era que, cuando en tiempo de guerra subieron al sacerdote a un camión para darle un “paseo”, El Negus quiso acompañarle y acabó fusilado en las tapias de cementerio municipal.

Casa Sanchis es un pequeño bar en la calle Valier cerca del paseo. Sus paredes, cubiertas con viejas fotografías y varios recortes de prensa, cuentan la historia desde su fundación en 1932. Don Fernando recuerda que aquel lugar era la cervecería Navarro, donde el señor Tino, venido de Benezama, servía además de un delicioso vermut casero, las habas hervidas, la ensaladilla, los sabrosos figatells y el herbero de la Sierra de Mariola. Apenas había cambiado la decoración, incluso la antigua máquina de hacer agua de Seltz con sus brillantes niquelados permanecía en su lugar como mudo testigo del paso del tiempo. Salvador Sanchis, el nuevo dueño, los atiende con su habitual bonhomía y acuerdan que hasta que esté la casa en condiciones, vendrán a comer allí todos los días.

Por la tarde fueron de tiendas. Manolo los acompañó para comprar ropa nueva y productos de belleza, pues como decía doña Margarita, había que estar a la moda para no llamar la atención pero sin olvidar el maquillaje y el perfume, especialmente el Chanel número 5 que ella usaba desde su aparición en París en 1921.

A media tarde se despidieron de Manolo y regresaron a casa. Había sido un día muy ajetreado, el primero de su nueva vida en un mundo sorprendente que muy poco tenía que ver con el que ellos conocieron. El aluvión de novedades de todo tipo, las compras y en especial las noticias

sobre la guerra, su familia y sus propiedades, les tenían bastante preocupados. Había caído la tarde. Todavía no tenían luz eléctrica y el Marqués colocó velas nuevas en los candelabros y se sentaron junto a la chimenea dejándose envolver por la agradable música que venía del salón de actos de la Casa de Cultura; y en verdad que aquella parecía una música de ángeles; Carlos y Eva Denia, partiendo del nuevo cant d'estil valenciano, interpretaban *Tan alta com va la lluna* y la Marquesa preguntó:

—¿Qué dice la letra?

—Habla de la pena de un hombre cuando su mujer le engaña.

Siguieron escuchando en silencio las canciones de amor y desamor y, al finalizar, preguntó doña Margarita:

—¿Tú crees que yo te he engañado alguna vez?

Pero no hubo respuesta. Don Fernando ya estaba dormido.

Aquella noche, durante el sueño, el Marqués revivió a los amigos de Gandía con los que él y su mujer se reunieron por última vez el 28 de diciembre de 1935 en la cena-baile del día de los Inocentes, que tradicionalmente se celebraba en Fomento. Para el reloj de su vida, apenas habían pasado cuatro días y lo recordaba con perfecta nitidez. Allí estaban el matrimonio Schneider, los alemanes propietarios de la fábrica de zumos La Vital. Doña Concha

Monzó y su marido, el doctor don Jesús Fuster que fue alcalde a principios de los años 40. Don Antonio y don Jaime Mayans con su esposa inglesa, Margaret Dickinson. Los botiguers Joaquín Mora y Juan Vidal con sus inseparables tijeras en el bolsillo superior del chaleco y Secundino Gasque y Pedro Llobell. Los exportadores señores Salvador Durá, Roberto Puig, Blas Gorrita y Paco Ballester con sus respectivas señoras. El doctor don Carmelo París, que ayudó a traer al mundo a media Gandía, con su prometida, la actriz Josita Hernán. El sastre Enrique Ausiàs y su suegro el señor Paco Ferrairó, impenitente bromista, fabricante de un refresco de naranja en polvo llamado Agrisana, y perfumista de la mano de César García. Los dentistas Filiberto Bellver, Pedro Borja y Guillermo Olagüe. Los notarios José Iranzo y Juan Rincón. El doctor Saturnino Peñín y su prometida. Los hermanos Peiró Castillo. Don Ramón Bertó, vicecónsul de Noruega, y don José Sendra, que lo era de Alemania. Los abogados don Andrés Cruaños y don Vicente Gimeno, uno de los primeros impulsores del veraneo en La Drova... y un largo etcétera cuyos rostros se difuminaban envueltos en el humo de los cigarros, mientras el violinista Abel Mus y su orquesta, desde el balconcillo que asomaba al salón de baile, interpretaban toda suerte de tangos, pasodobles y foxtrots. Don Fernando salió del sueño cuando al señor

Ferrairó se le fue la mano con el sifón y le mojó de arriba abajo.

**Si no hubiera mala gente,
no habría buenos leguleyos.**

C. Dickens. *The old curiosity shop*

Al día siguiente, a media mañana, Manolo pasa a recoger a los Marqueses y se dirigen al despacho de don Andrés Escrivá. Esperan en una sala decorada con muebles castellanos de madera negra tallada con escenas de El Quijote y heredados de su padre. Se decía en la ciudad que aquellos muebles guardaban más secretos que un confesionario y si pudiesen hablar, darían pie para escribir una historia non santa de Gandía.

En cuanto entra el abogado, el Marqués se levanta decidido y se dirige hacia él.

—¡No lo puedes negar! Tú eres el hijo de Andrés. Hasta tienes el mismo antojo en la mejilla. ¿Lo recuerdas, Margarita?

—¿Cómo no voy a acordarme? Tiene tan buena planta como su padre. Estoy viéndole el primer día que vino a casa para hacerse cargo de la testamentaría de papá.

El abogado Escrivá, sin salir de su asombro, los invita a que pasen a su despacho y tomen asiento. Aunque

los dos personajes tienen cierto parecido con las antiguas fotografías de los Marqueses que conservaba su padre, es completamente imposible lo que dicen.

—Comprendo tu extrañeza. Ya sé que es humanamente imposible que estemos vivos, pero...

—Ya nos ves —corroboró la Marquesa—. Somos de carne y hueso.

—Lo que necesitamos ahora, querido Andrés, es un documento de identidad actualizado.

—Como comprenderás, sin él, no somos nadie —puntualiza doña Margarita.

—Perdonen pero no les puedo creer. Esto es imposible.

—Querrás decir, metafísicamente imposible, como solía decir tu padre.

—Eso. Metafísicamente imposible. Porque aunque se parezcan a los antiguos Marqueses y tengan su documentación, cualquier juez se reiría de mí si intentara solicitar una fe de vida. Su pasaporte indica claramente que usted nació en 1885.

—Mira, querido Andrés, eso no tiene importancia; ahora necesitamos tener documentos de identidad actualizados para poder recuperar nuestros bienes.

—¿Qué me quiere decir? —pregunta el abogado Escrivá un poco harto de aquella descabellada petición.

—El señor Marqués —indica Manolo— quiere recuperar las tierras de San Jerónimo que heredaron sus sobrinos, y la casa del paseo que está en manos del Ayuntamiento.

—Y las acciones, los valores, los depósitos... Todo, querido Andrés. Queremos recuperarlo todo.

—¡Pero eso es una locura! Los marqueses de Fernández de Pinós están muertos. Desaparecieron la noche del 31 de diciembre de 1935.

—Efectivamente —contesta don Fernando— desaparecimos y, como debes saber, nuestros cuerpos nunca se encontraron, y si no hay cadáveres, ¿cómo puedes decir que estamos muertos?

—No lo digo yo; lo dice el Ministerio de Justicia.

La situación ha llegado al límite del absurdo. Al abogado no le caben en la cabeza las pretensiones de aquella extraña pareja y, dispuesto a zanjar la conversación, toma una carpeta de la estantería y les lee el siguiente documento: De acuerdo con el artículo 193 del Código Civil, diez años después de la desaparición de don Fernando Cantalapiedra y de doña Margarita de Sotomayor, ocurrida el 31 de enero de 1935, se declara oficialmente su fallecimiento y siendo intestados se declara a su hermana doña Mercedes de Sotomayor heredera universal. —El abogado Escrivá deja de leer el documento y

añade dirigiéndose a la Marquesa—: Su hermana casó con Anselmo Velasco, con quien tuvo dos hijos, Arturo y Mercedes. Éstos, y no ustedes, son hoy los verdaderos marqueses de Fernández de Pinós. ¡Y no tengo nada más que decir!

Don Fernando y doña Margarita, en compañía de Manolo, han salido muy decepcionados del despacho del hijo de su antiguo abogado y se sientan al tibio sol del invierno en una de las terrazas de la plaza Mayor frente a dos edificios singulares, la Colegiata y el Ayuntamiento. En el centro de la plaza, salpicada de cagadas de paloma, se alza una estatua del IV Duque de Gandía.

—Me parece muy adecuado que el Duque esté entre el poder religioso y el poder político para vigilarlos y evitar excesos.

—No se haga ilusiones, don Fernando. El Duque es un simple invitado de piedra.

Hace apenas dos días que don Fernando y doña Margarita estaban viviendo las Navidades de 1935 con la amenaza del Frente Popular flotando en el ambiente, pero su memoria se apagó el último día del año sin conocer que el 19 de febrero del 36 llegó el primer Gobierno del Frente Popular con Manuel Azaña; así que no es raro que don Fernando pregunte a Manolo, señalando al Ayuntamiento:

—¿Quiénes mandan ahora?

—Los socialistas.

La Marquesa no puede evitar un gesto de horror y santiguándose exclama:

—¡Dios mío, qué desgracia! Entonces, ¿ha vuelto la República?

—No, no. Tranquilícense. Ahora tenemos una monarquía parlamentaria.

—¡Menos mal!

Don Fernando contempla con atención la Colegiata y, al observar la parte del ábside horriblemente reconstruido con ladrillos caravista, no puede evitar una pregunta:

—¿Qué ocurrió con la Colegiata? ¿Es que la bombardearon?

—No, no. Aunque recientemente han pretendido atribuirlo a la aviación fascista. La verdad es que algunos convecinos poco ilustrados la derribaron a mazazos y le prendieron fuego a todo lo que había dentro.

—¿Es posible?

—Sí, sí. Todavía viven testigos presenciales de aquella barbaridad.

—¿Y el retablo de Pablo de San Leocadio?

—Todo desapareció. Todo. La sillería del coro, los retablos, cálices, ornamentos, custodias, el órgano, el archivo...

—¡Vaya salvajada!

—Mi amigo Rafael Martínez, sobrino de Carlos López, fue testigo presencial del lamentable suceso y cuenta que los protagonistas, vestidos con casullas y capas pluviales, iban llevando toda clase de objetos desde la iglesia al Ayuntamiento, y un grupo de ellos, subidos a un carro, se paseaban por las calles blandiendo cruces y candelabros, y cantando aquello de “si los curas y monjas supieran la paliza que les vamos a dar, subirían al coro cantando libertad, libertad, libertad”.

—¡Menudo espectáculo!

—Bueno, bueno. Ya está bien. Habíamos quedado en que no volveríamos a hablar de la Guerra Civil.

—Pero Fernando, no me negarás que es curioso lo que nos cuenta Manolo.

—Algo más que curioso, diría yo. Pero dejemos la guerra y hablemos de otra cosa. ¿Por qué este año del centenario no sacan a la luz los restos de los dos primeros duques Borja y de María Enríquez que están enterrados debajo del presbiterio?

—¿Estás seguro de eso?

—En el Archivo de Osuna, Sección Nobleza, en documento fechado el 7 de febrero de 1500, del protocolo del notario valenciano Luis Erau, se explica con todo lujo de detalles la ceremonia del enterramiento.

—Sería una buena idea pero no creo que el abad lo autorice.

—¿Quién ha dirigido las obras de restauración?

—El arquitecto Alberto Peñín.

—¿Peñín?

—Sí, hombre. Debe ser hijo del doctor Saturnino Peñín, que te curó el cólico nefrítico la última Navidad que pasamos en Gandía.

—Claro, claro. Ya caigo. Oye, Manolo, y este Peñín ¿no podría conseguir que el abad autorizara...?

—Ni en sueños. El abad mitrado mantiene un contencioso con el arquitecto Peñín. Precisamente hace unos días en el periódico Levante apareció este artículo. Dejen que se lo lea: “Otra vez en los papeles aparece el buen Abad enfrentado como siempre a toda la sociedad. Desde monjas del Beato hasta hermanos franciscanos, pasando por los falleros, los de la Semana Santa, y la Junta Directiva de la Iglesia Colegiata, a todos, sin excepción, los solivianta el mitrado. Esta vez, el contencioso es, si cabe, más gracioso; al arquitecto Peñín, que conoce nuestro templo desde el principio hasta el fin, le ha puesto el veto el Abad”. No me negarán ustedes que es una barbaridad.

—Efectivamente es una barbaridad.

—¿Y cómo crees tú que va a terminar todo este enfrentamiento?

—Esperamos que el nuevo arzobispo de Valencia encuentre una solución.

Tomando el aperitivo en aquella soleada plaza Mayor, don Fernando la reproduce fielmente en su memoria tal como la conoció setenta años antes. Allí estaba el puesto de aceitunas de Guerola y el rincón donde vendía churros Rascamalles, el sacristán de las clarisas. La tienda de ultramarinos y coloniales del señor Selfa — abuelo de Berta Juan— con el aroma a café recién molido y el olor de las exóticas especias procedentes de Ceilán. El bar La Cuba de Oro del señor García —padre de Juan Luis García— donde a las cinco de la mañana ya se servían los primeros herberos y absentas con que tomaban fuerzas los labradores antes de marchar al campo. La sombrerería de El Gorrero. La tienda del señor Marqués y la peluquería del señor Chorro, cuyos nietos imparten hoy docencia en el instituto María Enríquez. Un estanco. La droguería de Amorós. La farmacia de Trilles con las inolvidables tertulias de su rebotica. El callejón de la Cárcel y la calle de La Porquera con el almacén de hierro viejo del señor Matías, donde el dentista Borja encontraba, para desesperación de su mujer, planchas de carbón que en el siglo pasado dieron apresto a chorreras, puños y cuellos almidonados. Prensas de despacho para conservar los grandes libros del Debe y el Haber. Almireces de salutí-

feras reboticas. Armas inservibles cubiertas por el óxido de alguna guerra olvidada. Bobinas de motores antiguos que giraron con la primera luz que llegó a Gandía de la mano del señor Paniagua y de la Electricista Alcoyana. Y alambiques de secretas destilerías que aún conservaban el aroma del aguardiente prohibido.

Don Fernando pone fin a la memoria de la plaza porque hoy el principal deseo de doña Margarita es visitar San Jerónimo, del que tantos buenos recuerdos guarda, y sin más dilación, deciden partir hacia el monasterio.

Manolo, que siguiendo las órdenes del director del banco no los deja ni a sol ni a sombra, conduce su coche camino de San Jerónimo mientras los Marqueses contemplan atónitos el paisaje que tantas veces recorrieron.

—Ésta era una carretera de tierra sin adoquinar por donde apenas circulaban cuatro carros, algunas caballerías y dos o tres coches.

—Recuerdo que íbamos en el Hispano-Suiza de papá y teníamos que llevar un guardapolvo hasta los pies, gafas de motorista y un gran pañuelo de gasa para protegernos de la inmensa polvareda.

—Como pueden ver, hemos progresado mucho. No sólo se han asfaltado las carreteras, sino que hemos convertido el campo en polígonos industriales.

—Pues no me cabe duda de que habéis destrozado

el paisaje.

El coche avanza por la carretera y al doblar una curva aparece en medio del valle la silueta imponente del monasterio cargado de historia y de recuerdos. Doña Margarita no puede reprimir la emoción.

—¡Mira, mira, Fernando! ¡San Jerónimo!

—Menos mal que todavía no lo han convertido en un polígono industrial.

—A punto han estado. No vaya usted a creer.

Los Marqueses bajan del coche para contemplar a placer la magnífica estampa de un San Jerónimo todavía idílico rodeado de naranjos. Recorren el largo camino flanqueado de pinos centenarios y al llegar al patio de armas que preside la fuente hexagonal contemplan la Torre del Homenaje y el espléndido edificio que envejece lentamente con el paso del tiempo.

Ha comenzado a caer la tarde con sus luces doradas y, como si del escenario de una ópera se tratara, se abre la puerta de la iglesia y se oye la marcha nupcial de Lohengrin. Doña Margarita, embargada por los recuerdos, se mueve alrededor de la fuente y habla como en un sueño.

—1918 fue un año cargado de acontecimientos. ¿Recuerdas, Fernando? Recordar es la única manera de detener el tiempo, ¿no te parece? Aquí fue nuestra boda. Tú, con el uniforme de gala de los Caballeros del Santo

Cáliz, casco empenachado y espada al cinto. Estabas guapísimo. Yo, de tul ilusión, con un ramo de azahar embriagador, mientras en la Torre del Homenaje repicaban alegres las campanas. El mismo día en que nos casamos, asesinaban al Zar y a su familia. Caía el Imperio austrohúngaro y terminaba la Guerra Mundial. ¡Cuántas cosas! ¿Verdad, Fernando?

¡Dong! ¡Dong! ¡Dong!

Suena el toque de difuntos. Asustada, Margarita vuelve su mirada hacia la torre, vacía de campanas. Comienza a llorar y corre a refugiarse en los brazos de su marido. El silencio invade todo el paisaje. Está oscureciendo y Margarita grita atemorizada:

—¿Qué hacemos aquí tú y yo?! ¿Qué nos está pasando?!

Fernando la aprieta contra su pecho y le susurra al oído:

—Tranquilízate. Tranquilízate. ¿No sientes que todavía huele a azahar?

—Pero... ¿No estamos muertos?

—Estando juntos, tampoco importaría que estuviéramos muertos. ¿No te parece?

Aquella misma noche, después de dejar a los Marqueses en su casa del paseo, Manolo marchó a la cita con el director del banco, que le esperaba en la cámara acora-

zada.

—Pasa, pasa. Y no te extrañe que te reciba aquí, en el mismo corazón del banco al que has dado lo mejor de tu vida.

—Me he limitado a cumplir con mi trabajo.

—De una manera ejemplar. Por eso estoy seguro de que lograrás ganarte la confianza de esa pareja y he pensado que mereces una explicación.

—Me limito a cumplir las órdenes del banco.

—Lo sé. Pero quiero que conozcas el porqué de esta... digamos rocambolesca operación. En 1929 este banco estuvo a punto de ir a la quiebra por un desfalco urdido por dos miembros del Consejo de Administración. Uno de ellos era don Hipólito Cantalapiedra, el padre del marqués de Fernández de Pinós. He hablado con Madrid y vamos a poner en marcha la operación herencia. Adelántales el dinero que necesiten y provéelos de tarjetas de crédito para que depositen en ti toda su confianza. Y recuerda una cosa muy importante, San Jerónimo se va a vender por cinco millones de euros.

—El préstamo que se va a conceder a la sociedad Domus Áurea es de diez millones.

—Por supuesto. Ya lo sé. Ahí está el meollo de la “operación herencia”. Ellos han de creer que San Jerónimo se vende por cinco millones de euros. Y no dudes

de que el banco sabrá recompensarte.

**No puede ser adorado sino lo desconocido,
ni hay religión donde no hay misterio.**

R. de Gourmont. *Dialogues des amateurs*

En el tercer día de su nueva vida, los Marqueses van a oír misa al Palacio del Santo Duque. La iglesia está a rebosar y deciden seguir la ceremonia desde el coro. Celebra la misa el padre Puig, un jesuita muy incardinado en la ciudad, y asisten tres grupos claramente diferenciados. El más numeroso, sentado en los bancos de la derecha, está formado por miembros del Círculo de Amigos de san Francisco de Borja, que preside Inés Cañada, una asociación fundada y animada por el jesuita padre José Luis Ferrer, que todavía guarda en su mirada la magia de África, donde sigue construyendo escuelas. Otro grupo lo forman ancianos y ancianas desamparados de la Beneficencia; institución muy apreciada en Gandía, que más de una vez ha sido refugio de algún rico venido a menos en la última etapa de su vida. El tercer grupo lo componen una docena de señoras mayores de dudoso aspecto; son las supervivientes de una fundación de acogida para señoritas arrepentidas de la mala vida que, según el histo-

riador Jesús Alonso, fundaron en 1884, el año de la epidemia de cólera, don Sinibaldo Gutiérrez y el primer marqués de Fernández de Pinós para asistir en su ancianidad a las amantes de los ricos prohombres de la ciudad. Suena una suave música de Juan Sebastian Bach invitando al recogimiento, y la luz que se filtra por las vidrieras policromadas confiere a la escena un aspecto de mágica irrealidad.

—Queridos hermanos. Como todos los años, nos reunimos en esta eucaristía para honrar la memoria de los marqueses de Fernández de Pinós, que tanto bien derramaron sobre esta ciudad. No sólo fomentando la devoción a san Francisco de Borja, sino por su ayuda a la Casa Asilo de Beneficencia y a la fundación del Montepío para señoritas descarriadas.

Doña Margarita no puede evitar una sonrisa y dice al oído de su marido:

—No sabía yo que tu padre se dedicaba a las señoritas descarriadas.

—Los caminos del Señor son inescrutables y en estos tiempos de crisis, cuando el paro aumenta de un modo alarmante, el Señor misericordioso ha hecho un milagro y nos ha mandado desde el más allá a nuestros queridos Marqueses para que la economía de nuestra ciudad se restablezca.

Don Fernando y doña Margarita, envueltos en el humo del incienso, esbozan un gesto de sorpresa. De repente, el destello de un flash disparado por Ximo Ferri, fotógrafo del periódico Levante, congela la imagen de la pareja nimbándola de una luz celestial. Todos los asistentes a la misa vuelven sus ojos hacia el coro y los contemplan llenos de santa admiración.

—También he de deciros —prosigue el padre Puig— que a veces el maligno se vale de visiones o falsas apariencias para confundirnos, pero, como decía Santa Teresa, debéis estar atentos para distinguir las verdaderas señales de Dios. Un rayo divino, un resplandor mirífico puede ser la señal de la que Dios se vale para dar testimonio de su voluntad. Podéis ir en paz.

¿Qué habría querido decir el bueno del padre Puig al relacionar a los Marqueses con una pronta recuperación de la maltrecha economía que nos aflige?

La noticia de la “milagrosa” aparición de los Marqueses se extendió rápidamente por la ciudad. Así quedó reflejada en los periódicos con la fotografía que les tomaron durante la misa.

PERIÓDICO LEVANTE: “¿Reaparecen en Gandía los segundos marqueses de Fernández de Pinós?

Como si de una inocentada se tratase, han aparecido en nuestra ciudad los marqueses de Fernández de Pinós.

Fuentes bien informadas nos aseguran que su parecido es extraordinario”. Sergi Sapena

LAS PROVINCIAS: “¿Un extraño milagro en pleno siglo XXI?

Tras un silencio de varias décadas aparecen en nuestra ciudad los marqueses de Fernández de Pinós, desaparecidos en 1935 y cuyos restos nunca fueron encontrados. ¿Broma o realidad?” Almudena Escrivá

Afortunadamente para los planes del director del banco, la visita de la extraña pareja al abogado Escrivá resultó un absoluto fracaso porque él ya tenía en mente al letrado Abundio Picatoste que, sin ningún tipo de problemas, llevará adelante su plan; de origen suramericano y afincado en Gandía desde hace una década, es un personaje camaleónico que vive constantemente en el filo de la navaja de lo delictivo.

—Te aseguro, Abundio, que será un gran negocio.

—¿De verdad tú piensas que alguien en su sano juicio se va a creer que los muertos resucitan?

—Tú dirás lo que quieras, pero ahora no se habla de otra cosa más que de la aparición de los Marqueses. ¿No has visto la prensa?

—La prensa sólo quiere escándalos. Lo que ocurre aquí es un fenómeno de histeria colectiva.

—Por las historias que corren sobre los hermanos

Velasco, que viven en San Jerónimo, y por los misterios que encierra la Casa de la Marquesa, no es raro que despierten alguna “histeria”. Los Marqueses desaparecieron sin dejar rastro y la herencia pasó a la hermana de la Marquesa.

—Eso lo sabe todo el mundo. Era la única heredera.

—Sí. Pero lo que nadie se explica es por qué la Marqueseta se quedó sólo con el convento de San Jerónimo y la casa del paseo acabó en manos del Ayuntamiento.

—No irás a poner en duda...

—Yo no pongo nada en duda, pero dicen que allí hubo una checa y todavía se encuentran huesos humanos en el jardín.

—Bueno, déjate de historias y dime lo que te propones.

—Lo primero que has de saber es que don Fernando, el segundo marqués de Fernández de Pinós, tuvo una amante antes de casarse. —Saca unas hojas de contabilidad de su cartera y, entregándoselas al abogado, le explica—: Desde 1919, hasta poco antes de la Guerra Civil, siguiendo órdenes del Marqués, el banco estuvo ingresando dinero en la cuenta de su amante y luego en la de su hijo. Aquí están las transferencias a nombre de una tal

Teresa Garrido Lozano, en Almansa. Posteriormente las transferencias aparecen a nombre de Fernando Cantalapiedra Lozano, también en Almansa.

—¿El hijo que tuvo el Marqués con la tal Teresa?

—Muy bien. Ahora, sólo necesitamos tirar de ese hijo para encontrar al nieto que según los derechos de sucesión sería hoy el auténtico heredero de los segundos marqueses de Fernández de Pinós.

El abogado Picatoste coteja los nombres y las fechas y llega a la conclusión de que si el hijo natural del Marqués tuvo un hijo, el plan no es descabellado; con una sencilla falsificación de documentos, el personaje, que acaba de aparecer como llovido del cielo, podría convertirse en un auténtico heredero.

—Y ahora viene el negocio. Manuel Femenía, el empleado del banco, ha logrado convertirse en su hombre de confianza y los ha convencido de que cinco millones de euros es el precio que va a pagar la sociedad Domus Áurea por la finca. Como tú sabes, San Jerónimo se va a vender por diez millones de euros, y Manolo, que actuará por poderes el día de la venta, entregará a esta pareja los cinco millones, y los otros cinco nos los repartiremos equitativamente entre nosotros.

A donde quiera que miro no aparece

sino la imagen de la muerte.

Ovidio. *Tristes*

A medida que pasan los días, la Casa de los Marqueses aparece más llena de comodidades. Un nuevo dormitorio, vajilla, electrodomésticos, equipo de música, muebles... y sobre todo, Ninotchka, la nueva doncella que les ha conseguido Manolo. Una joven cubana, mulata, de ascendencia española, licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad de La Habana, cuyo bisabuelo, natural de Benirredrà, estuvo en la guerra de Cuba como asistente del general don Vicente Alcalá de Olmo.

Don Fernando ha pasado casi toda la tarde alucinado frente al televisor viendo noticias de lo que sucede en casi todo el mundo aunque no ha comprendido casi nada porque sus conocimientos geopolíticos acabaron en 1935. Ha disfrutado con los documentales y los conciertos e incluso ha visto imágenes de la ciudad de Pekín, a cuya embajada española debía haberse incorporado en enero de 1936. Está cansado y decide irse a dormir en cuanto acabe de cenar.

Doña Margarita prefiere oír un poco de música y leer *Las cerezas del cementerio* de Gabriel Miró, del que siempre fue ferviente lectora. Apenas ha pasado dos hojas, cuando le parece oír un ligero ruido. Baja el volumen de la música y percibe, con toda claridad, un murmullo, pa-

recido al de un molinillo de café, procedente del desván. Doña Margarita deja el libro sobre la mesa, se levanta del sillón y, curiosa, toma un candelabro y sube por la escalera de caracol, que conduce al desván. Abre la puerta y queda sobrecogida por la inesperada visión. En la estancia lóbrega, de techo inclinado, se apilan varios sacos de trigo y el suelo está cubierto de velas encendidas. Colgada del techo pende una vieja raqueta de tenis y en un rincón hay un antiguo baúl del que asoma la mano de un esqueleto. Sentada en una mecedora, una mujer muy anciana muele trigo en un molinillo de café.

—¡Qué alegría, señora Marquesa! Pensaba que ya no la volvería a ver. Soy Dolores, su doncella. ¿No se acuerda de mí? —La Marquesa está a punto de desmayarse y se sienta sobre uno de los sacos de trigo—. Mire, ahí está su raqueta de Wimbledon. Hay que ver lo bien que se conserva usted. No sabe la ilusión que me hace volverla a ver. Pero no se asuste. —Doña Margarita cierra los ojos y se lleva las manos a las sienes—. ¿Todavía le duele? Fue en la Nochevieja de 1935. Seguro que usted no lo recuerda porque cuando entró Anselmo, el chófer, y les disparó un tiro en la sien estaban ustedes dormidos frente a la chimenea. Luego les enterró en el jardín. Pero no sabe usted lo mejor. Anselmo acabó casándose con su hermana. Después de la guerra, Anselmo les desenterró,

trajo sus huesos aquí y yo me quedé para cuidarlos. Los guardó en este baúl. ¿Quiere verlos?

Presa del pánico, doña Margarita huye despavorida escaleras abajo.

—No se asuste, señora. Recuerde que aunque pertenecemos a la eternidad somos cautivos del tiempo. Je, je, je... Cautivos del tiempo. Je, je, je. Cautivos del tiempo. Je, je, je.

La risa de la vieja la persigue mientras baja la escalera a toda prisa, hasta que se corta bruscamente al cerrar la puerta. Aterrorizada, con el corazón acelerado, se deja caer en un sillón. Curiosamente el reloj de péndulo del salón, que permanecía inmóvil desde la última noche de 1935, se ha puesto en marcha y su obsesivo tictac la martillea en las sienes mientras el rostro de la vieja se sobreimpresiona en las llamas de la chimenea.

Doña Margarita ha pasado una noche muy agitada; la escena del desván se le repetía constantemente entre sueños. Ahora permanece adormilada en la cama con la respiración entrecortada y la frente cubierta de sudor. Su marido la contempla preocupado secándole el sudor. De pronto, doña Margarita abre los ojos y se incorpora.

—¡Vaya noche! Cada día me cuesta más conciliar el sueño.

—Cenaste demasiado.

—No. Tú sabes que no es eso. Son los recuerdos.

—Por favor, cariño. No empieces otra vez. Acordamos que olvidaríamos el pasado.

—Quizá tú puedas, pero yo vivo obsesionada por los recuerdos. Durante el día no tengo problemas, pero por la noche la pesadilla de nuestra muerte no me deja dormir.

—¡Por Dios, Margarita! ¿Se nos regala una nueva vida y sigues pensando en la muerte? Lo que tú necesitas son unas pastillas para dormir. Y si las pastillas no te hacen efecto consultaremos con un psiquiatra.

Poderoso caballero es don dinero.

F. de Quevedo. *Parnaso español*

Mientras los Marqueses desayunan, llega Manolo con su inseparable cartera.

—¿Qué tal ayer la misa en Palacio?

—Muy emotiva. El padre Puig nos pareció un hombre encantador, ¿verdad, Fernando?

—Sí... Pero... Me extrañó que hablara de un milagro como si nosotros fuésemos a solucionar la crisis económica.

—Los caminos del Señor son inescrutables — apunta Manolo.

—Sí. Eso mismo dijo el padre Puig pero no creo...

—Pues hay que creer, don Fernando. Hoy les traigo muy buenas noticias. He logrado que el director del banco les abra una cuenta corriente para que puedan disponer de dinero hasta que recuperen las propiedades.

—Pues sí que parece un milagro.

—Siempre dije que los Femenía eran personas en quienes se podía confiar. No puedes negar que eres digno nieto de tu abuelo. ¿Te apetece una taza de café?

—Gracias. Acabo de desayunar. —Entregándoles las tarjetas—. Es dinero de plástico. Con estas tarjetas podrán pagar todo lo que compren.

—Gracias, Manolo. A partir de ahora comenzaré a ejercer como Marqués.

—Usted siempre ha sido un auténtico Marqués.

—Pero como decía el Arcipreste, “El que non ha dineros, non es de si señor”.

Aunque la primera tarde de su nueva vida doña Margarita ya compró algo de ropa gracias al dinero de Manolo, es ahora con “su dinero” cuando se siente libre para comprar a su antojo, y no resiste ni un minuto más para probar el funcionamiento de aquellas tarjetas maravillosas.

Sin duda el lugar ideal para ir de compras es el centro histórico de Gandía, que algunos llaman centro histórico en razón a la histeria que se produjo entre los comercian-

tes cuando se iniciaron las primeras peatonalizaciones, atemorizados de que se resintiera su economía. Afortunadamente, la peatonalización resultó magnífica para el comercio y sobre todo para la calidad de vida de los ciudadanos.

Doña Margarita, seguida de Ninotchka cargada de paquetes, entra y sale de las tiendas poseída por el furor incontrolado de las compras con tarjeta, que puede compararse al furor uterino de su difunta hermana. El Marqués y Manolo las siguen charlando a corta distancia.

—Tuviste muy buena idea con esta muchacha de color. Mi mujer está encantada con ella.

—Ya sabe que los cubanos y los españoles tenemos muchas cosas en común.

—¿Y cómo llegó esta chica a Gandía?

—Vino hace un par de años en compañía del fotógrafo Pere Millet, que colabora con una organización humanitaria de la isla.

—¿Pero no te parece curioso que se llame Ninotchka?

—Es normal. Desde que llegó Fidel Castro al poder, los rusos estuvieron muchos años ayudando al pueblo cubano y, como es natural, los rusos dejaron allí su huella.

—¿Pero cómo consiguió los papeles para poder

quedarse?

—Traía una carta de Omar Felipe Mauri, un escritor cubano, en la que aseguraba que entre sus antepasados había un español apellidado Mas Sanz que fue asistente del general don Vicente Alcalá de Olmo en la guerra de Cuba.

—¡Hombre, don Vicente fue un gran amigo de mi padre! Gracias a él compramos San Jerónimo.

—Pues le voy a contar lo más curioso. Tal como me explicó el historiador Eduard Frasquet, que, en colaboración con don Antonio Navarro, párroco de Benirredrà, siguieron el rastro en los libros parroquiales, resultó que el abuelo de Ninotchka, Vicente Mas Sanz, era descendiente de un famoso bandolero llamado el Tramusero de Benirredrà, que en 1801 fue ahorcado y descuartizado repartiéndose sus restos entre las poblaciones que sufrieron sus desmanes.

—¡Qué horror! ¿Todo esto lo sabe Ninotchka?

—Sí. Le hizo mucha gracia y ahora quiere que la llamen la Tramusera de Benirredrà.

Las compras parecen no tener fin y en el largo deambular mirando escaparates, Manolo y el Marqués se detienen ante una tienda de automóviles.

—Veo que ha evolucionado mucho la forma de los automóviles.

—Y la comodidad y la velocidad. ¿Le gustaría probarlo?

—Yo no conduzco. Siempre tuvimos chófer. A quien le gustan los automóviles es a doña Margarita.

—¿Quiere darle una sorpresa?

—¿Sabes que no es mala idea? Ya hablaremos de ello. Por cierto, todavía no logro comprender cómo el hijo de don Andrés Escrivá estuvo tan impertinente con nosotros.

—Cada profesional ve las cosas de una manera. Pero no se preocupe, ya me he puesto en contacto con un abogado muy competente; le expliqué su caso y me ha dado muy buenas esperanzas de poder lograr lo que necesitamos.

—Será un triunfo volver a recuperar las propiedades. Pero ya sabes que no quiero ver a mis sobrinos.

—No se preocupe. En cuanto esté todo a punto, yo mismo, con los poderes que usted me otorga, firmo la venta y los compradores de San Jerónimo me entregan los cinco millones de euros.

—Si tu abuelo levantara la cabeza estaría orgulloso de ti. Eres tan eficiente como él. Recuerdo cuando nos llevaba los maletines a Suiza...

—Si necesita que se lo lleve...

—Gracias, Manolo. Prefiero hacer un viaje con mi

mujer y llevarlo personalmente. ¡Hace tanto tiempo que no hemos viajado!

Milagro: cualquier suceso, o cosa rara, extraordinaria y maravillosa.

Segunda acepción del DRAE

A medida que pasan los días, Manuel Femenía está cada vez más obsesionado con la idea de la autenticidad de los Marqueses. Aunque su existencia actual está en contra de todas las leyes de la naturaleza, han sido tantos los detalles que ha observado que le cuesta descartar la teoría de un milagro, como apuntaba el padre Puig en su homilía. Además, ha desempolvado una caja de placas fotográficas de cristal con las que jugaba de pequeño y, mirándolas con detenimiento, ha descubierto el antiguo Hispano-Suiza y los rostros del chófer con sus enormes bigotes, el de su abuelo y el del joven Carlos López que aparece en las estampas que imprimió su sobrino Rafael Martínez cuando lo beatificaron.

Arturo y Mercedes Velasco, los actuales dueños de San Jerónimo, conocieron por los periódicos la presencia de unos individuos que decían ser los marqueses de Fernández de Pinós. Precisamente fue Evangelino, el amante de Mercedes, quien llevó a la comisaría a la extraña pareja

y él mismo les corroboró la noticia. Desde entonces, aunque no creen en los milagros, Mercedes ha comenzado a sentir cierto desasosiego y su hermano, bromeando, le pregunta:

—¿Te alegrarías de ver de nuevo a los tíos?

—No hagas bromas con eso. Por favor.

—Tranquilízate, mujer. Los muertos no resucitan.

—Pero no me negarás que las fotos que aparecen en el periódico tienen un enorme parecido a las que están en el álbum de fotos de la familia.

—Deja de pensar en ello. Las fotografías sólo sirven para recordar a los fantasmas.

En realidad, para ser un fantasma, don Fernando se aprovecha bien de la situación y ha decidido irse a Valencia con Manolo para comprarle un coche a doña Margarita. El tren está a punto de partir. El Marqués consulta su reloj de bolsillo, suena La Pequeña Serenata de Mozart, y puntual, el convoy se pone en marcha. Al poco rato, ven desfilar por la ventanilla un conglomerado de altos edificios que se levantan junto al mar.

—¿Todo aquello también son polígonos industriales?

—No, no. Eso son apartamentos.

—Pues parece que han levantado una muralla de cemento para aislarnos del mar. ¡Qué pena!

Entre los pasajeros del tren se oyen conversaciones en inglés, árabe, francés, rumano... y don Fernando no sale de su asombro ante la babel que se impone en su nueva vida.

—¿Cómo es que hay tantos extranjeros? Supongo que no serán todos descendientes de españoles.

—No, no. Fue el ministro Caldera quien se empeñó en dar “papeles para todos y para todas”, y se le fue la mano.

—¿Por qué dices para “todos y todas”? Es una incorrección. Es un pleonasma.

—Ahora está de moda. Es lo políticamente correcto. Cada vez se habla y se escribe peor. Los docentes son buenos pero les cambian los planes de estudio cada dos por tres.

—Pues eso es grave. Si falla la educación, España se convertirá en un país de borregos.

—¡Ding, dong! ¡Próxima estación: Valencia! Final de trayecto.

La llegada a Valencia trae a la memoria del Marqués al escultor don José María Bayarri, que en 1932, el año que expulsaron de España a los jesuitas, realizó su busto que figura hoy en el jardín de la Casa de la Cultura.

—¿Sabes que no sería mala idea que don José María le hiciera también un busto a mi esposa para no

estar yo tan solo en el jardín?

—El señor Bayarri murió hace tiempo.

—Claro, claro. A veces me cuesta adaptarme a la nueva realidad.

—Pero se lo podemos encargar a su hijo Nassio.

El estudio del escultor es un totum revolutum desordenado con buen gusto en donde se encuentran esculturas terminadas, obras a medio acabar y un sinnúmero de pinturas, dibujos, cerámicas y trastos más o menos viejos que la magia del artista ha convertido en objetos de arte. El Marqués observa con curiosidad y admiración la obra maravillosa de Nassio, esparcida por todo el estudio.

—Me ocurre lo mismo que con tu padre, amigo Nassio, reconozco que todo lo tuyo es hermoso.

—Pero todo lo que es hermoso tiene un instante y pasa, señor Marqués.

—¿Acaso tú no crees en la inmortalidad?

—Yo sólo creo en la inmortalidad de mis obras.

—Pero no me negarás que la inmortalidad es un misterio. Te lo digo yo por propia experiencia.

Don Fernando le muestra al escultor una fotografía de doña Margarita y éste la contempla con gran atención acercándola y alejándola de sus ojos para vencer la presbicia.

—¿Qué te parece?

—Su mujer guarda un misterio en la mirada y el misterio es la mitad de la belleza.

—Entonces... ¿te decides a modelar su busto?

—Por supuesto que sí. Creo que ya empiezo a enamorarme.

—¿A enamorarte de mi mujer?

—Por supuesto. Comprenda usted que el artista ha de enamorarse de su modelo para que el busto sea una verdadera obra de arte.

—Bueno, bueno. Espero que sólo sea un amor platónico.

—Eso sólo dependerá de su señora.

Dejando al margen la gran cantidad de obras de Nassio Bayarri que hay diseminadas en domicilios particulares de Gandía, es curioso que un artista de categoría internacional como él no haya recibido nunca un encargo del Ayuntamiento para que alguna de sus obras decore la ciudad. Hace algunos años, cuando el consistorio decidió erigir una escultura homenaje al Tirant, Nassio presentó a la alcaldesa un original guerrero a caballo, pero el encargo recayó en un escultor que plantificó en la plaza de las Escuelas Pías un entramado de tubos llamado El Árbol del Tirant. Los falleros pusieron el grito en el cielo y fue tal el rechazo de la ciudadanía que aquel conglomerado de hierros acabó en un desguace del Grao. Sin duda al-

guna, esta futura obra de Nassio, piensa el Marqués, será una magnífica aportación para este año borgiano que acaba de comenzar.

**El dueño del suelo es dueño
hasta el cielo y hasta el infierno.**

Máxima jurídica

A media tarde, el nuevo y flamante coche comprado en Valencia y conducido por Manolo entra en el jardín de la Casa de los Marqueses con gran sorpresa y escándalo de las personas que frecuentan tan idílico lugar. Manolo aparca bajo el balcón del salón comedor y le entrega las llaves a don Fernando.

—Mañana vendré para explicarle algunos detalles a doña Margarita.

La paz del jardín ha sido turbada por la aparición del coche y un grupo de curiosos se acerca al Marqués para llamarle la atención.

—Aquí no se puede acceder con el coche, ni mucho menos aparcar —le advierte un jubilado que, junto con otros siete, han hecho del jardín su lugar de veraneo.

—Si no retira el coche inmediatamente, avisaremos a la policía —amenaza una chica con cara de becaria del despacho oval. Por si faltaba algo, tres peruanas de perfil inca que empujan las sillas de ruedas de tres ancianos, an-

taño influyentes ciudadanos, se suman también a la protesta y el Marqués se enfrenta a ellos cargado de razón.

—Estoy en mi casa. Ustedes son los que han invadido mi propiedad.

Hace sonar el claxon y doña Margarita se asoma por el balcón para contemplar el coche.

—Es precioso, Fernando, pero tiene algo de polvo. Ahora baja Ninotchka a limpiarlo.

Cuando doña Margarita cierra los cristales, oye otra vez el ruido del molinillo de café proveniente del desván. Mira hacia el techo y se santigua. ¿Sería posible que su esqueleto estuviera metido en aquella caja que guardaba su antigua doncella? Aunque no se atreve, está obsesionada por volver a subir al desván para comprobar si a la mano que asomaba por la caja le falta la primera falangina del dedo meñique que perdió en un accidente jugando al tenis.

Aparece en el jardín la doncella cubana provista de un plumero y comienza a pasarlo por el coche moviéndose a ritmo de salsa mientras aumenta el gentío a su alrededor; unos para admirar a la cubana y otros gritándole al Marqués que retire el coche. Don Fernando, señalándoles el busto que preside el jardín, les grita:

—¿Es que no se han dado cuenta de quién soy?!

El público no cesa de vociferar. El número de los

congregados va en aumento y dentro de la Casa de Cultura comienza a preocupar el escándalo que ocurre en el jardín, por lo que se da aviso al señor Durá, que en ese momento está reunido con el señor Novell, director de Políticas de Prosperidad y Empresas en un tiempo en que la mayoría de las empresas de la ciudad están en crisis. El señor Novell es nieto del fundador del bar y hotel Avenida, que en los años 50 era el ombligo del comercio de la naranja, donde además de los tratos de compraventa, desde las seis de la mañana se contrataba a los collidors para recoger la fruta dorada, que hacía correr el dinero por toda la comarca convirtiéndola en un nuevo El Dorado.

Los señores Antonio Durá y Néstor Novell se asoman para contemplar el espectáculo. El jardín está a rebosar de gente como en las mejores tardes de la Universidad de Verano. Sólo faltan Saramago y Raimon para completar el cuadro.

Doña Margarita ha bajado al jardín para solidarizarse con su marido, se ha sentado en el asiento del conductor y ha comenzado a tocar el claxon, por lo que acude más gente para oír el improvisado concierto. Impactado por la fuerza del espectáculo, el director de Políticas de Prosperidad piensa que se podría comercializar la aparición de los Marqueses incluyéndolos en los actos del V Centenario como si fueran un milagro del Santo.

—¡Imagínate el titular! “El último milagro de Francesc de Borja. ¡Vuelven a la vida los Marqueses desaparecidos en 1935!”

—Enhorabuena Nèstor. Es una idea magnífica. Vendría gente de toda España y sería una gran ayuda para el sector turístico y el comercio local.

—¡Un verdadero milagro económico! No lo dudes, Toni. Tendremos que preparar el merchandising y poner a la venta el agua milagrosa de san Francisco como en aquella película de Berlanga.

—O mejor el Licor de los Borja-Borgia para que la gente se coloque. Por cierto, toma nota para decirle a Ximo Vidal que le encargue a Félix Murcia una carroza especial en la cabalgata para los Marqueses y que coloque también a la mulata a pie de calle; le dará mucho ritmo.

—¿A la chica de color?

—Claro. A la cubana, y así, de paso, fomentamos la alianza de civilizaciones de Zapatero.

Cuánta razón tenía el padre Puig al decir que los caminos del Señor son inescrutables. En un instante, la visión comercial y artística de los dos asesores municipales iba a colocar a los marqueses de Fernández de Pinós en el corazón de las celebraciones del año borgiano, convirtiéndolos en el principal polo de atracción de multitud de creyentes emulando las milagrosas apariciones, hace unos

años de las cuevas de Vinromà y del Palmar de Troya.

Para poner orden en el jardín se ha dado aviso a la policía y, casualmente, acude Evangelino, el amante de Mercedes Velasco, la propietaria de San Jerónimo. Es el mismo guardia que detuvo a los Marqueses en el supermercado el primer día de su aparición. Don Fernando se ha subido al coche junto a su mujer y Ninotchka, han cerrado las ventanillas para aislarse de aquella plebe vociferante. Evangelino pide silencio y, apoyando su dedo índice en la sien, explica a la gente que se trata de un loco y, poco a poco, se disuelven los curiosos y vuelve la paz al jardín.

—Espero que no le molestarán más, señor Marqués —dice Evangelino abriendo la puerta del coche.

—Veo que es usted una persona eficiente. ¿Sabe conducir?

—Sí, señor. Tengo carné de primera especial.

—¿Le gustaría trabajar para nosotros?

No cabe duda de que don Fernando es un diplomático de carrera y sabe sacar provecho a las más insólitas situaciones. No le ha preguntado si quiere trabajar para él, le ha dicho “nosotros” y, en este plural, incluía a la bella cubana del color de las avellanas recién tostadas con sangre valenciana.

El primer trabajo del abogado Picatoste, tras su con-

versación con el director del Banco, es comprobar la existencia de la antigua amante del Marqués y sus herederos, que, según los apuntes bancarios, recibían las transferencias. Ha llegado a la ciudad de Almansa y, en compañía del párroco don Alfredo Bono, un hombre ilustrado, sencillo y afable, atraviesan la nave principal de la iglesia, entran en la sacristía y se acomodan junto a una amplia mesa que sirve de escritorio. Al lado de la mesa, un antiguo armario con olor a cera e incienso guarda los libros de la parroquia donde figuran los nacimientos, bodas y defunciones de los vecinos de Almansa. En el estante inferior hay una garrafa con vino de consagrar. Don Alfredo llena dos vasitos e invita al abogado.

—Es de la cooperativa de Llombay. Una bodega fundada por san Francisco de Borja que, desde hace trescientos años, provee de vino al Vaticano.

—Confieso que nunca he bebido algo tan exquisito. En Gandía, lo que tenemos es un antiguo licor borgiano y afrodisíaco, que ayudó al padre de san Francisco de Borja a engendrar nada menos que diecinueve hijos. Le mandaré una botella para que lo pruebe.

—Muchas gracias. Aunque yo no tengo que engendrar hijos. ¿En qué año me dijo que nació el tal Fernando?

—1917.

—En 1917 sólo hubo catorce nacimientos y efecti-

vamente figura un Fernando Cantalapiedra Lozano como hijo de Teresa Lozano Garrido y de Fernando Cantalapiedra Fernández.

—Perfecto. Por ahí vamos a comenzar.

Siguiendo la pista en los libros de bautismo, matrimonio y defunción pudieron establecer que este Fernando Cantalapiedra Lozano, hijo natural del segundo marqués de Fernández de Pinós, contrajo matrimonio en 1942 con María Hernández Ruiz, y al año siguiente bautizaron a un hijo llamado Eusebio Cantalapiedra Hernández.

—¿Le conocía usted?

—Claro que sí. Yo también he nacido en este pueblo y éramos casi de la misma edad. Recuerdo que cuando Eusebio tenía doce años emigró a Francia con sus padres, que eran un poco rojillos, y ya no he vuelto a saber de él.

—Pues está vivo —miente el abogado.

—¡Hombre! ¡Cuánto me alegro! ¿Y qué le ocurre al Eusebio?

—Que necesita obtener el carné de identidad.

—Pues si puedo ayudarle en algo...

—Por supuesto que sí. Necesitaré la partida de nacimiento y matrimonio de sus padres y la partida de nacimiento de él.

—Eso está hecho. ¿Un poco más de vino?

—Gracias. Es usted muy amable.

El párroco extendió los correspondientes certificados, les puso los sellos del arzobispado, los firmó, estampó en ellos el cuño de la parroquia y se los entregó al abogado.

Don Alfredo había sido párroco en la iglesia de San José de Gandía y, antes de despedirse, preguntó al abogado por sus amigos, los Artés, los Guerola, los Pallarés y los Ferri, en cuyo almacén, impregnado de olor a espirituosos licores, celebraba la misa dominical mientras duraron las obras de la iglesia. Pero el abogado nada pudo decirle de sus amigos y se despidió entregándole un donativo para las necesidades.

—Que Dios se lo pague.

Abundio Picatoste salió de la iglesia con el convencimiento de que Dios, con los papeles que le había entregado el párroco, le había pagado bien la limosna. Feliz por el resultado obtenido, se aleja de Almansa conduciendo con una mano en el volante y la otra sujetando el móvil para darle la buena nueva al director del banco.

—He localizado a todos los descendientes hasta llegar al nieto de ese Marqués que desapareció en 1935. Y tenemos la suerte de que, por motivos políticos, la familia emigró a Francia cuando el niño tenía doce años, por lo que no existen datos de él en el registro del documento nacional de identidad.

—Pues ahora sólo falta que logres un carné de identidad a nombre de ese nieto.

—No habrá problemas, pero tendremos que pagarlo bien.

De repente, el abogado se percató de que una pareja de la Guardia Civil le da el alto y detiene el coche sin dejar el teléfono. Uno de los guardias se acerca hacia él mientras el corazón se le acelera.

—¿No se da cuenta de que está cometiendo un delito? —El abogado cambia de color. La falsificación y la estafa pueden acarrearle muchos años de cárcel. Apenas puede articular palabra y el guardia añade—: ¿No sabe usted que no puede hablar por teléfono mientras conduce?

El hotel de los líos.

Una película de los hermanos Marx

Todavía con el corazón acelerado por el susto, llega al hotel Bayrén, nacido de la mano de don Miguel Boronad cuando la playa de Gandía era un arenal de dunas.

En el Bayrén suelen darse cita gran número de los principales acontecimientos sociales de la ciudad de Gandía, por lo que no sería raro encontrarse al virrey de Cataluña, don Francisco de Borja, cenando amigablemente con el emperador Carlos V. Hoy mismo, tienen lugar cuatro importantes eventos. En el Salón Sorolla celebra una

reunión el estamento universitario para coordinar su participación en los actos del V Centenario. Además del rector de la Universidad Literaria de Valencia, asisten el director de la Politécnica de Gandía, José Pastor, el director de la Universidad Popular, Lluís Romero, el de la Nave Grande y de la Universidad de Verano, Joan Del Alcázar, y un representante del INEM, que, en fecha próxima, se convertirá en UPLD, la Universidad de Parados de Larga Duración.

En el Salón Tropical, tiene lugar la reunión de drag queens auspiciada por el colectivo de transexuales, gays y lesbianas de la Safor. Además de su conferencia y baile mensual, pretenden elevar un escrito de protesta al Ayuntamiento por no estar representados oficialmente en los actos del V Centenario de san Francisco de Borja.

Y en el Salón Celeste, se celebra la Junta Provincial de Rotarios, presidida por el modisto Alejandro Vidal, que inició su andadura profesional en Gandía durante los años sesenta de la mano del sastre Ausiàs, descendiente por línea directa del poeta Ausiàs March.

El abogado Picatoste manda aviso a su amigo, el policía, que debe de estar en alguna de las antedichas reuniones y, al poco rato, se entrevistan los dos en un discreto rincón del bar frente a dos copas de bloody mary.

—Perdona que venga a molestarte aquí.

—No tiene importancia. Los policías, como las funerarias, estamos de guardia las veinticuatro horas.

El policía no es fácil de encuadrar en los modelos al uso en películas y novelas negras. Narciso, que es su nombre de batalla, es una flor sensible de la poesía en lengua vernácula; ex seminarista y superviviente de una operación de cambio de sexo que le puso al borde de la muerte, vive en compañía de dos ancianas tías que le mantienen a cuerpo de rey. Estas venerables señoras de excelente mano para la cocina han sido reivindicadas recientemente por el colectivo feminista Marieta Figamorta como inventoras de la fideuà, en claro enfrentamiento con la familia González, que sigue atribuyendo la paternidad del guiso al patriarca don Eudaldo cuando, en 1917, en la despedida de soltero del segundo marqués de Fernández de Pinós, cocinó para los amigos unos fideos con caldo de pescado que el poeta gandiense Ligorio Ferrer bautizó con el nombre de fideuà.

El abogado y el policía Narciso van directamente al grano.

—El carné que necesito ha de ir a nombre de Eusebio Cantalapiedra. Aquí está su partida de nacimiento y el certificado de matrimonio de sus padres. Las fotos y las huellas del tal Eusebio ya se las tomasteis en comisaría.

—Ya recuerdo. El tipo que decía ser Marqués.

—Exactamente. No dejes de llamarme cuando lo tengas.

—Descuida. En dos o tres días lo tendrás.

En cuanto el policía Narciso vuelve al Salón Centelles, donde se celebra la fiesta de los drag queens, le falta tiempo para preguntarle a su amigo Arturo Velasco:

—¿El apellido de tu tío era Cantalapiedra?

—Sí. ¿Por qué lo dices?

—Me huelo que buscan a algún descendiente.

—¡Silencio, por favor! —reclama el conferenciante, y sigue su discurso—: Como os iba diciendo, fuera del matrimonio está la verdadera salvación de las parejas. Cristo dijo: “No es bueno que el hombre esté solo”. Pero no dijo que tuviera que vivir siempre con la misma pareja y no aclaró tampoco el tipo de pareja. Como afirma Luciano de Samosata: “Todos tenemos una parte femenina y una masculina; lo importante es saber qué parte predomina en cada momento de la vida”. —Los asistentes aplauden—. Y ahora, damas y caballeros, busquen pareja y comience el baile.

Miguel Bosé canta Bandido y el policía Narciso y Arturo Velasco de Sotomayor bailan juntos en aras del amor que los hace felices.

Los políticos son gente semifracasada en sus par-

ticulares negocios y profesiones, hombres de mentalidad mediocre, dudosa moral y potentosa vulgaridad.

W.B. Pilkin. *The twilight of the american mind.*

Desde el comienzo del Año Borgiano, la ciudad se ha engalanado con pendones, estandartes y banderas, con las armas de los Borja. Ha sonado la música de san Francisco en la restaurada Colegiata, de la mano de Jordi Savall, y gran número de lienzos con la imagen del Santo adornan la mayor parte de los balcones de casi todas las casas de la ciudad.

Esta tarde, tercer jueves de enero de 2010, se ha reunido el pleno municipal para tratar exclusivamente asuntos del V Centenario. El alcalde José Manuel Orengo, consciente de los beneficios económicos que puede suponer la idea de sus asesores, de convertir la aparición de los antiguos marqueses de Fernández de Pinos en un milagro de san Francisco de Borja, se ha apresurado a invitar a don Fernando y doña Margarita, que por supuesto aceptaron muy gustosos la idea de participar en los actos del V Centenario, al igual que lo hicieron sus padres interpretando a Doña Leonor de Castro y al Duque de Gandía en la gran cabalgata del IV Centenario en 1910, junto a don Sinibaldo Gutiérrez que tuvo una destacada intervención en el papel de Ignacio de Loyola y don José Rausell que encarnó la figura del Emperador Carlos V.

Se inicia la sesión con el rezo de la oración a san Francisco y el alcalde, Señor Orengo pide un minuto de silencio por las víctimas del terremoto de Haití.

En primer lugar, los señores Durá y Novell, exponen los beneficios económicos que generará el milagro de la aparición de los Marqueses, no sólo por la comercialización y venta de aguas y licores milagrosos, medallas, camisetas, libros, estampas y todo tipo de recuerdos del Santo, sino principalmente porque al ser los Marqueses miembros de la nobleza española de la que el Santo es patrono, atraerán a Gandía gran número de famosas duquesas, marqueses, artistas, toreros, cupletistas, y otros personajes asiduos de la prensa del corazón, que sin duda potenciarán el impacto económico en la ciudad al hacer que Gandía sea noticia en todos los medios de comunicación del país.

La propuesta despierta el aplauso unánime de los señores concejales y el aplauso se repite con más intensidad al anunciar el señor Durá que una espléndida mulata cubana bailará salsas y merengues, lo que dará al espectáculo el toque de modernidad que tanto reclamaban las Juventudes Socialistas, el Bloc-Jove y Nuevas Generaciones.

El señor Torró sugiere que en la cabalgata figure también una carroza especial ocupada por miembros del Go-

bierno de la Comunidad bajo el lema “Para ofrendar nuevas glorias a España”. Se acuerda también confiar los arreglos musicales para la aparición de los Marqueses, a los señores Vicent Savall y Óscar Creus que habían quedado fuera del reparto de prebendas de la Comisión. Desgraciadamente, todas estas interesantes propuestas no podrán incorporarse en la Cabalgata del próximo día 23, pero se harán realidad en las programadas para el verano y en la del 18 de Diciembre que pondrá fin a los actos del centenario.

Don Fernando Mut propone descubrir los restos mortales de la familia Borja enterrados en el presbiterio de la Colegiata y se acuerda pedir la autorización del Abad para realizar las pertinentes obras.

Don Javier Reig sugiere que la Compañía Nacional de Teatro Clásico estrene en el Teatro Serrano el Auto Sacramental de Calderón de la Barca, *El Gran Duque de Gandía*, una obra escrita en 1671 que se creía perdida y nunca impresa, cuyo original fue encontrado en Bohemia en 1958 y editada por la Academia checoslovaca de las Ciencias en 1963. Desgraciadamente la idea es desechada por tratarse de una obra en castellano y muy españolista que hiere la sensibilidad de los nacionalistas.

—Recorden que cal promocionar els nostres clàssics —apunta Josep Miquel Moya.

—¿Pero qué tienen que ver Ausiàs March, Joan Martorell y Roís de Corella con san Francisco de Borja? —pregunta la concejala Carla Ripoll.

Lógicamente no hubo respuesta.

La concejala de Turismo Amparo Miret propone convocar en Gandía una convención de todos cuantos se apelliden Borja-Borgia que supondría también una fuerte inyección económica para el turismo local. Pero, por el momento, la sugerencia queda sobre la mesa.

El señor don José Lloret da cuenta a la corporación de que la señora Marquesa, en razón a su título nobiliario, ha aceptado el cargo de fallera Mayor de Gandía del V Centenario.

—Pues no estaría de más —apunta el señor Torró— que les invitara también la Junta Mayor de Hermandades de la Semana Santa.

La propuesta se acepta por unanimidad y se acuerda comunicarla al Presidente don Jesús Montolío.

Se acuerda también encargar un retrato de los Marqueses al pintor Francesc Nogueroles, miembro de la célebre familia de chocolateros, en el que se inspiró el famoso dibujante Manuel Vázquez para crear el personaje de Kitin Nogueroles.

Como muestra de solidaridad de los pueblos del distrito, Ana Cárdenas, técnica de la Mancomunitat de Mu-

nicipis de la Safor, propone que en la cabalgata figure una lujosa carroza con todos los alcaldes vestidos a la usanza de los cortesanos del Duque.

Ante el interés que ha despertado la presencia de los Marqueses y las muchas posibilidades de colaboración que se vislumbran para potenciar el milagro, el alcalde Orengo propone que la concejala de Turismo, se ponga a disposición de la Marquesa para completar todos los detalles de su participación en los diferentes eventos.

El Marqués ofrece al señor Orengo correr con los gastos de una gran comida para los pobres de la Beneficencia, tal como su padre don Hipólito Cantalapiedra hizo en 1910. El señor Javier Roche, presidente de Cáritas, pensando en los parados de larga duración sentencia:

—Calculo a groso modo que serán unos siete mil trescientos.

El Marqués, consciente del poder de su nueva tarjeta de crédito, da su conformidad y el Ayuntamiento en pleno le despide con una cerrada ovación.

Antes de abandonar el salón de plenos, el Marqués saluda a Carla Ripoll, biznieta de su gran amigo el general Rafael Ripoll Cabrera que fue alcalde de Gandía en 1922.

**Los fanáticos tienen sus ensueños,
con los que forjan un paraíso para su secta.**

J. Keats. *Hyperion*.

Don Fernando todavía guardaba en su memoria la composición de las fuerzas políticas del Ayuntamiento en 1935: republicanos, socialistas y la Derecha Regional; pero tras la asistencia al pleno municipal y la lectura del programa de actos que le entregó el alcalde, decide comentar con Manolo sus impresiones sobre las nuevas fuerzas políticas que actúan ahora y su incidencia en los actos del V Centenario.

—En la actualidad, además de la derecha representada por el Partido Popular, y la izquierda representada por el Partido Socialista, están los nacionalistas del Bloc y la Plataforma, un grupo escindido del PP.

—Una cosa que no me ha gustado es la desconsideración con que se le nombra al Santo, pues prescindiendo de todo tratamiento, como duque, virrey, general de la Compañía de Jesús o Santo, se limitan a llamarle Francesc de Borja a secas. ¡Qué horror! Más que Santo parece camarada o compañero.

—A eso, hoy, le llaman progreso y modernidad.

—No acierto a comprenderlo. Y también me ha sorprendido el empeño del Bloque en la cuestión de la lengua.

—No lo sabe usted bien. Es su arma política.

—¿La lengua un arma de batalla?

—Sí. Ahora el valenciano es lengua cooficial y la enfrentan al castellano.

—Que yo recuerde, la Constitución de 1931 dice en su artículo 4º: “El castellano es el idioma oficial de la República” “A nadie se le podrá exigir el conocimiento ni el uso de ninguna lengua regional”.

—En realidad, aquí nunca hubo problemas, pero Franco dispuso que se usara sólo el castellano, la lengua del Imperio como la denominó el padre Almiñana cuando presentó al profesor Ximo Company en la iglesia de Palacio en su conferencia del pasado mes de enero.

—¿Franco? ¿Qué Franco? No sería Ramón.

—No. Fue su hermano Francisco, que al acabar la Guerra Civil se proclamó caudillo de España por la gracia de Dios.

—¿Por la gracia de Dio? ¿Pero no hubo elecciones después de la Guerra?

—Nada de eso. Impuso su dictadura en todo el país durante más de medio siglo.

—¿Y nadie se levantó contra él?

—¡Que va! se murió en la cama en 1975.

—Tendrás que contarme más cosas de Franco. Pero dime, eso de que los nacionalistas quieren imponer el valenciano...

—Le llaman catalán. En realidad son poco procli-

ves a la cultura que no venga de los países catalanes.

—¡No me digas! Con lo grande que es España, eso es muy empobrecedor.

—Y le digo más. El pasado septiembre el Ayuntamiento de Gandía se adhirió a la red de ciudades de cultura y lengua catalana que promueve el Instituto Ramon Lull.

—¿Quieres decir que ahora formamos parte del delirio ese de los Países Catalanes?

—Vamos camino de ello.

—Pues me resulta curioso que el Partido Socialista Obrero Español abrace las ideas nacionalistas. ¿Y qué dice a todo esto la derecha? ¿Ha intervenido en la programación del V Centenario?

—Sería muy largo de explicar. Hubo mucha movida entre los políticos, funcionarios y personas de confianza para repartirse el pastel, siendo Àlvar Garcia, desde la sombra funcional del Archivo, el cerebro gris de la programación.

—Veo que en el programa de actos aparecen, multitud de conciertos, exposiciones de pintura, escultura y fotografía, cómics, audiovisuales, representaciones teatrales y otros eventos a cual más ingenioso. Pero lo que más me impresiona es que hay actividades tan peregrinas y surrealistas como el Porrat de Sant Antonio de Beniopa,

demostraciones de bolilleras, premios falleros de llibrets y teatro con temática borgiana, cabalgatas falleras y conciertos de rock y pop. Y me pregunto qué tiene que ver esto con Francisco de Borja.

—En realidad se han limitado a “borgizar” las actividades que todos los años se celebran en la ciudad y por si todo esto fuera poco, aprovechan también la efeméride para conmemorar la muerte de Alfonso el Viejo, aderezando al Santo con nuestros clásicos como paradigma de la lengua, santísimo sacramento de los nacionalistas fuera de la cual no hay salvación, ni participación ni subvención posible.

—No te extrañe Manolo. No olvides que una variante del totalitarismo y del integrismo religioso es el nacionalismo, que se caracteriza por la imposición de una identidad a los individuos.

—Dice Vicente Palmer en su columna de El Levante El Mercantil Valenciano, que gracias a la acertada intervención de El Centre d’Estudis Alfons El Vell, Gandía ha sabido hermanar a nuestros clásicos con el mundo fallero, borgiano y penitente que es la clave, el arco de medio punto, el non plus ultra de la sociedad gandiense. Una sociedad que no debe olvidar, que el nacionalismo es el mayor enemigo de la libertad.

—Pues me parece muy acertado el comentario.

**Memento homo quia pulvis
es et in pulverem reverteris.**

Génesis 3:19

Hoy lunes, 1 de febrero de 1910, se cumple un mes de la aparición de los segundos marqueses de Fernández de Pinós y hay que reconocer que cada día están más integrados en la sociedad gandiense.

Luce un sol espléndido y la bonanza del clima mediterráneo permite mantener abiertas las puertas de los balcones del comedor que dan al jardín. Es mediodía y don Fernando y doña Margarita se disponen a comer. Evangelino, vestido impecablemente de mayordomo, acompañado de la doncella cubana de punta en blanco, sirve la mesa con todo el ritual que doña Margarita ha tenido la paciencia de enseñarles.

—¿Qué tal con la concejala de Turismo?

—Un encanto de mujer. Estuvimos en la playa. No la hubiera reconocido. ¿Te acuerdas del chalet del marqués de Barzanallana?

—Claro que lo recuerdo. Pero el Marqués resultaba un poco pretencioso obligando al mayordomo a servirle

el aperitivo en la orilla del mar vestido con chaquetilla y guantes blancos.

—Pues el chalet se ha convertido en un edificio de doce alturas.

—¿Y los chalets de don José Cano, de la familia Melis, de Paco Frasquet y del señor Egea el de la uralita?

—No queda ninguno. Todo son bloques de apartamentos.

—¡Qué horror! Cómo se habrá puesto la playa.

—Está espléndida. Hay cientos de edificios de diez y doce alturas.

—Sí, ya lo sé. Los vi desde el tren y no me causaron muy buena impresión.

—Es el progreso, Fernando. No seas antiguo. ¿No dices tú que debemos acostumbrarnos a esta nueva vida?

—Sí, pero no me negarás que es una vida muy ruidosa.

—Precisamente el marido de la señora concejala, don José Romero, es ingeniero especializado en la contaminación acústica.

—Pues me gustaría conocerle porque la ciudad está más ruidosa que cuando la conocimos nosotros en los años treinta.

—Es muy simpático. Te lo presentaré.

Suena el timbre de la puerta y Evangelino anuncia:

—Señora. Son los miembros de la Junta Local Fallera.

El Marqués no puede evitar una exclamación:

—¿A estas horas? ¡Qué inoportunos!

—No digas tonterías, Fernando. Vienen a traerme el nombramiento.

—¿Qué nombramiento?

—El de Fallera de Honor del V Centenario, ¿no recuerdas? Lo dijo el señor Lloret en el pleno.

—¡Dios bendito! ¡Hasta ahí podíamos llegar!

—Debes comprenderlo, Fernando. Me hace mucha ilusión ser fallera de honor de san Francisco de Borja. Recuerda la devoción que le tenían tus padres.

—Pero no querrás recibirlos aquí, en el comedor.

—No, no, descuida. Los atenderé en el salón de la entrada.

El Marqués no las tiene todas consigo y, en cuanto doña Margarita abandona el comedor, advierte a Evangelino:

—Vigile que los falleros no cometan ningún estropecio. Y nada de cohetes aquí en casa.

Confirmando el pronóstico del calendario zaragozano, ha amanecido un día espléndido en San Jerónimo. Los hermanos Arturo y Mercedes Velasco, siempre de negro, juegan al críquet en el jardín observando escrupu-

losamente las reglas del juego. Bajo una sombrilla hay un carrito con bebidas, una mesa con las revistas *Hola* y *Diez Minutos* y dos o tres sillones de mimbre pintados de negro.

—¿Qué tal la fiesta con los drag queens?

—Una gozada. Por cierto, ¿te suena que el tío Fernando tuviera un hijo?

—¿A qué viene eso? Es la primera vez que lo oigo.

—Parece que esa pareja de fantasmas que se pasea por Gandía está interesada en que sea así.

—Te dije que no me hacían ninguna gracia.

—Pues tuviste una premonición.

—¿Qué insinúas?

—Al parecer, el tío tuvo un hijo antes de casarse.

Un descendiente en línea directa que tendría derecho de sucesión antes de mamá.

—Eso sería nuestra ruina. Pero es imposible.

—¿Por qué iba a ser imposible?

—Porque los tíos desaparecieron y, por tanto, no puede hacerse ninguna prueba de ADN.

—En eso te equivocas, hermanita. A los tíos los mataron.

—No digas barbaridades.

—Escucha. Todavía hay más. Los enterraron en el jardín de la casa del paseo y unos años después traslada-

ron sus restos aquí, a la cripta. ¿Te sirvo un güisqui?

—Sí, por favor. Lo necesito para digerir esta historia tan macabra. ¿Y se puede saber quién hizo todo eso?

—Mamá no me dijo más. Se limitó a darme la llave de la caja que contiene los restos.

—Pues tenemos que hacerlos desaparecer inmediatamente para impedir cualquier prueba de ADN.

De pronto, comienza a oírse un vocerío al otro lado del muro del jardín.

—Sant Jeroni per al poble! Sant Jeroni per al poble!

—Ya están otra vez aquí esos pesados.

Son miembros de diferentes colectivos ecologistas y nacionalistas que, todos los primeros viernes de mes, hacen oír sus voces para aparecer en los medios de comunicación. Hoy vienen con el portavoz de Los Verdes, Joan Francesc Peris, y con Facund Puig, del Bloque Nacionalista de la Safor. Han almorzado en la cercana Venta de Toni y, ahora, con la tripa llena, vociferan sus reivindicaciones acompañados de dos hombres tocando el tambor y la dulzaina y de una docena de comparsas llevando una gran pancarta en la que se lee: Sant Jeroni per al poble.

Con las voces de los manifestantes flotando en el aire puro de San Jerónimo, Arturo y Mercedes se dirigen a la cripta donde reposan los restos de los abades del monasterio, los duques reales, sus hijos y los primeros marque-

ses de Fernández de Pinós. Acceden haciendo chirriar una puerta oxidada por el paso del tiempo y encuentran en el suelo una vieja caja de madera de pino cerrada con un enorme candado. Con gran cuidado, tras dar la vuelta a la llave, Arturo levanta la tapa.

—¡Está vacía!

—Mejor. Entonces ya no existen restos de los tíos.

—Queda otra posibilidad. Los huesos que, según dicen, hay en la casa del paseo.

—¿Quién dice eso?

—Acuérdate de que el día que fuimos a las oficinas de Domus Áurea para ultimar el precio de la finca, lo dijo Guillermo Winson.

—Estoy segura de que en el jardín no hay nada enterrado porque toda aquella tierra se removió cuando hicieron la remodelación de la Casa de Cultura.

—Ya lo sé. Pero Guillermo habló sobre la existencia de huesos humanos en el desván.

—Eso vamos a saberlo enseguida. Llamaré a Evangelino.

Suena el teléfono en la casa del paseo y atiende la llamada el mayordomo.

—Domicilio de los señores marqueses de Fernández de Pinós. Dígame.

—¿Pero qué dices, imbécil? Yo soy la marquesa de

Fernández de Pinós.

—Perdona, cariño.

—Escúchame bien. ¿Estás solo?

—Sí.

—Sube al desván por una pequeña puerta que hay junto a la chimenea y mira si hay una caja de madera con huesos humanos.

—Pero ¿tú también crees que es verdad que aquí hubo una checa?

—No hagas preguntas y sube al desván.

Los hermanos Velasco esperan impaciente en la cripta la respuesta de Evangelino mientras observan las lápidas con los nombres de los reverendos abades y de los ilustres duques reales convertidos hoy en polvo de la historia, al tiempo que siguen oyéndose los gritos de los manifestantes, que también acabarán convertidos en polvo.

La voz de Evangelino vuelve a oírse por el teléfono:

—El desván está completamente vacío. Es curioso, pero ni siquiera hay una mota de polvo, parece como si lo acabaran de limpiar.

**Cualquier preponderancia de la fantasía
sobre la razón es un grado de locura.**

S. Johnson. *Rasselas* (cap. XLIV)

Doña Margarita sigue con sus problemas de sueño

y no ha tenido valor de volver a subir al desván para comprobar si a la mano de la calavera le falta la falangina del dedo meñique. No cabe duda de que el impacto producido por esta nueva vida ha afectado sobremanera su sistema nervioso. Afortunadamente Manolo consiguió una cita con el doctor Alfredo Cortell y en estos momentos está tumbada en el diván del psiquiatra. Permanece en silencio mirando al techo, buscando una explicación a todo lo que le ocurre desde que volvió a la vida hace apenas dos meses. Suspira profundamente como si le faltara el aire, saca un pañuelo del bolso y se seca una furtiva lágrima del elixir de amore de Donizetti.

—Tranquilícese y cuénteme todo lo que le sucede.

—Yo nací en 1887.

—¡Por Dios, Margarita, no digas barbaridades!

—Déjela, déjela. No la interrumpa.

—Nos asesinaron el 31 de diciembre de 1935.

—¡No le haga caso, doctor, está loca!

—Ya me lo imagino. Si no, no estarían ustedes aquí.

—Yo fui campeona de Wimbledon en 1907.

—¡No me diga! ¿No será usted Margarita de Sotomayor?

—Pues sí. Jugué contra Linda Rusell.

—Claro, y le ganó por 6-4, 6-3 y 6-0. Y también

ganó en dobles.

Ahora, es el Marqués quien no sale de su asombro oyendo el diálogo entre el médico y su mujer.

—Formando pareja con Fina Puig vencimos a las americanas.

—Efectivamente. Por 6-4, 7-6 y 6-4 —añade el doctor Cortell.

—No, no. Ahí se equivoca usted, doctor. El último set lo ganamos por 6-1.

El médico se quita las gafas y, acariciándose la barba, se queda mirando fijamente a doña Margarita como queriendo desentrañar los misterios de su mente.

—¿Me cree ahora, doctor?

—Confieso que me ha sorprendido. Tiene usted una memoria de elefante, pero...

—¿Pero qué?

—De ahí a que sea usted Margarita de Sotomayor... Bueno, ahora haremos una pequeña prueba. Acompañe a la enfermera, por favor.

—Le juro que es verdad. Hace tres meses que he vuelto a la vida. ¡Tiene que creerme!

—Claro que la creo. Tranquilícese, tranquilícese.

En cuanto doña Margarita sale del despacho, a don Fernando le falta tiempo para preguntar al psiquiatra:

—¿Qué le parece, doctor?

—Verdaderamente es un caso muy interesante.

—Pero no creerá nada de lo que dice.

—Por supuesto. ¿Por quién me toma usted?

—Mi señora ha sido una persona muy equilibrada.

Pero desde hace unos meses...

—¿Desde que resucitó?

—¡¿Pero qué dice usted?!

—Yo no lo digo, lo dice ella.

El doctor abandona el despacho y el Marqués comienza a arrepentirse de haber venido a la consulta de este extraño psiquiatra. Llevado por la curiosidad se acerca para observar las fotografías, los títulos y los trofeos que llenan el despacho, y no puede evitar cierta desazón porque todos ellos corresponden al campeón de tenis Alfredo Cortell y están fechados entre 1905 y 1915. Un montón de preguntas se agolpan en su mente, pero en aquel momento vuelve el psiquiatra llevando en la mano los papeles del encefalograma.

—¿Es grave, doctor?

—Más bien es extraño. Ya he tenido algún paciente como ella y esperaba que diera un encefalograma plano.

—¿Quiere decir que su cerebro está muerto?

—Su cerebro original sí; pero no se preocupe. Este tipo de pacientes posee otro cerebro extrasensorial.

Don Fernando parece caer en la cuenta de su situa-

ción y pregunta con un hilo de voz:

—¿Entonces, nosotros...?

El doctor Cortell sonrío y le aclara en voz baja:

—Efectivamente, nosotros y algunos más que no lo parecen tenemos un cerebro extrasensorial. Pero, por favor. Recuerden que éste debe ser el secreto mejor guardado de nuestras vidas.

—Pero... ¿usted también...?

—Por supuesto. ¿Cómo si no podría ser tenista en 1910 y psiquiatra en el 2010? ¿No pensará que es un milagro del Santo?

—Pero... la enfermera sabrá...

—Váyanse tranquilos. Juana Navarro, la psicóloga, también es de los nuestros.

Ni don Fernando ni doña Margarita han salido muy animados de la consulta. ¿Qué quiso insinuar el doctor al decir “también es de los nuestros”? ¿Sería que ellos también habían tenido otra vida y vivían ahora con un cerebro extrasensorial? Habían ido a la consulta para quitarse una preocupación y salían ahora más preocupados.

Afortunadamente, al llegar a casa los esperaba una buena noticia. El policía Narciso había logrado el encargo del abogado Picatoste, y Manolo los aguardaba con una sonrisa de satisfacción pintada en el rostro.

—¡Al fin hemos conseguido su carné de identidad!

—Magnífico. Ya era hora.

—Sólo hay un pequeño problema.

—¿De qué se trata?

—Una simple minucia. De ahora en adelante tendrá que llamarse Eusebio. Es el único modo legal de llegar a un descendiente del hijo que tuvo el señor Marqués con Teresa Lozano Garrido.

—¿Sabes, Manolo, que no recuerdo en absoluto a la tal Teresa? ¿Dices que era de Almansa?

—Sí. El abogado ha conseguido reconstruir la historia. Tuvieron un hijo y luego...

Doña Margarita, que escucha todo aquello sin salir de su asombro, no puede dejar de preguntar:

—¿Quieres decir que mi marido tuvo un hijo...? Aquí debe haber un malentendido.

—No, no. Está muy claro —asegura Manolo—. Y luego ese hijo se casó y tuvo un hijo que hoy sería su nieto.

—¿Pero qué barbaridad es ésa, Manolo? ¿Cómo es posible que tengamos un nieto?

—Bueno, bueno —interviene el Marqués—. Dejemos eso ahora, Margarita. Lo importante es poder reclamar la herencia.

—El abogado ya ha presentado ante el juzgado la nueva declaración de herederos y, en cuanto el juez dicte

el auto reconociendo la condición de Eusebio Cantalapiedra, llevaremos al notario la relación del caudal hereditario.

—La casa del paseo, San Jerónimo, las cuentas corrientes... —apunta doña Margarita.

—Sí, sí, señora. Todo. Absolutamente todo. El notario extenderá la escritura de adjudicación y luego procederemos a la venta de San Jerónimo a la inmobiliaria Domus Áurea. Ahora sólo queda firmar estos poderes con el nuevo nombre y...

El Marqués, sin dejar de contemplar aquella cartulina plastificada con su fotografía, que le abre el camino para recuperar sus propiedades, firma todos los papeles que le presenta Manolo con el nuevo nombre de Eusebio Cantalapiedra.

—Dentro de unos días realizaremos la venta y tendrán ustedes los cinco millones de euros.

Cuando Manolo se despide y sale del salón, el Marqués observa una mueca de disgusto en el rostro de su mujer.

—¿Qué te ocurre, Margarita? ¿No estás contenta?

—¿Cómo era Teresa? Nunca me hablaste de ella.

—No irás a ponerte celosa ahora. Aquello fue antes de casarnos y... apenas la recuerdo.

—¿La quisiste mucho? ¿Es cierto que tuvisteis un

hijo?

El Marqués le toma la cara entre sus manos y la llena de besos.

—A la única que yo he querido en mi vida ha sido a ti. No me dirás que no es gracioso todo lo que me ha sucedido. ¿Te das cuenta de que me he convertido en mi propio nieto?

—No estoy para bromas, Fernando.

—Llámame Eusebio y perdona que te diga que no tienes derecho a enfadarte. Hemos tenido la suerte de volver a vivir y seguimos tan enamorados como el primer día.

Es menester mucho ingenio para no naufragar en medio de la popularidad.

R. de Gourmont. *Les pas sur le sable*

La labor de topo infiltrado que realiza Evangelino en su doble función de mayordomo y chófer en la casa del paseo de las Germanías ha permitido a los hermanos Velasco estar al corriente de todo cuanto allí sucede. La noticia de que don Fernando ya dispone de un carné de identidad a nombre de Eusebio Cantalapedra es motivo para que aumente la intranquilidad de los dos hermanos, aunque siguen aferrados a la idea de que, al no aparecer restos humanos, es imposible probar la autenticidad de

cualquier pretendiente.

Mientras tanto, la vida social de don Fernando y doña Margarita, tal como ocurrió con sus padres doña Monserrat y don Hipólito a mediados del 800, se va afianzando cada día más. Pero sobre todo, ha sido el plan municipal de convertirlos en protagonistas de un auténtico milagro de san Francisco de Borja en pleno siglo XXI que, lo que los ha llevado a estar presentes en todos los medios de comunicación.

Ferran Millet los entrevistó en Gandia Televisió y tres periodistas de lujo, José Manuel Alfaro, Manuel Baró y Salvador Mascarell, repasaron con ellos los momentos estelares de la presencia de su familia en Gandía, ayudándose en buena parte con el material gráfico que los señores Ignasi Mora y José Miguel Borja recogieron en su libro Gandía 1881-1980. Aparecieron en pantalla las imágenes de un sinfín de gandienses ilustres, desde Alcalá de Olmo al padre Leandro Calvo, pasando por Rausell, Sinibaldo Gutiérrez, Trevijano, el cardenal Sanz y Forés y los Fourrat, O'Morant, Crocier, Lombart y Lapeyre, venidos de allende los Pirineos; una élite que contribuyó con su esfuerzo y su dinero al progreso de la ciudad.

También por los micrófonos de Radio Gandía que dirige Paco Sanz y Onda Naranja de César García, Modesto Ferrer, Marina Vallés, Begoña Boluda, Puri Naya y

Carmen Berzosa entrevistaron a los nuevos Marqueses en sus respectivos programas de información local. Y el veterano Antonio Capó entrevistó a los Marqueses en la intimidad de su casa.

Por su parte, Pepe Arnau, en el semanario *Gente de la Safor*, publicó unas declaraciones del señor Montolío, presidente de la Junta Mayor de Hermandades de la Semana Santa, anunciando la visita de los Marqueses al Local Museo de Semana Santa y el acuerdo tomado por la Junta de nombrar a doña Margarita de Sotomayor Camarera Mayor del Cristo Resucitado.

Por si todo esto fuera poco, en el *Fòrum del Diàleg*, que dirige Salvador Gregori, María Luisa Albi presentó a los Marqueses para que hablaran sobre “La filantropía de los Fernández de Pinós durante su presencia en Gandía desde mediados del siglo XIX”. El salón de Fomento se llenó a rebosar y los asistentes escucharon con gran atención y devoción las palabras del Marqués. Pero sin duda, el mejor momento de la singular pareja fue en la cena con algunos miembros del *Fòrum*, donde se suscitó el tema de la doble vida, la otra vida o la vida perdurable, como explicó Salvador Marín al desarrollar la idea que les ofrecía a sus feligreses un cura de Alcudia de Carlet intentando venderles parcelas en el cielo para asegurarles su sitio en la otra vida. Juana Navarro, a la que ya conocieron en la

consulta del doctor Cortell, explicó los fenómenos de la doble personalidad. Por su parte, Ramón Soler habló sobre la doble vida económica y la doble contabilidad. Rosa Mari Fernández insistió sobre la doble vida de los maltratadores mientras Miguel Ángel Climent pensaba en la nueva vida de su primer nieto que acababa de nacer.

No cabe ninguna duda de que Manolo Femenía, cumpliendo las órdenes del director del banco, había sabido ganarse la confianza de los Marqueses. Ahora, espera la gratificación del director para poder hacer realidad los deseos de su mujer —apartamento en Estrellas de Gandía, coche nuevo, operación de cirugía estética, vestidos, viajes y un piso en Valencia para los hijos que van a ir a la Universidad—, y para que todo llegue a feliz término, en vez de dirigir sus oraciones a san Francisco de Borja, no ha dudado en encomendarse al beato Andrés Hibernón pensando que el santo patrón va a estar muy ocupado este año en manos de los políticos y las instituciones locales.

La visita de los Marqueses al abogado Abundio Picatoste, acompañados de su hombre de confianza, va a ser el penúltimo acto para que la gran maniobra ideada por el director del banco y el abogado dé su fruto.

Sin poder reprimir la emoción que los embarga, don Fernando y doña Margarita escuchan con atención la lectura del documento que el abogado acaba de recibir del

juzgado.

—Vista la documentación aportada, los informes del Registro de Últimas Voluntades, y hechas las pertinentes comprobaciones, declaramos que don Eusebio Cantalapiedra Hernández, único hijo de Fernando Cantalapiedra Lozano y de María Hernández Ruiz, que fallecieron intestados, es nieto de don Fernando Cantalapiedra Fernández, marqués de Fernández de Pinós, por lo que le corresponden todos los derechos sucesorios sobre los bienes y el título de su abuelo, que falleció sin hijos y sin otorgar testamento el 31 de diciembre de 1935. Todo ello resulta del auto de declaración de herederos a su favor, a tenor de lo resuelto en el expediente de declaración de herederos tramitado bajo el número 148/2010.

En los ojos azules de doña Margarita asoman dos lágrimas.

—Gracias, Manolo, si no hubiera sido por ti...

El Marqués tampoco puede ocultar su alegría y, henchido de satisfacción, abraza por primera vez a su hombre de confianza, que con su tesón y esfuerzo ha logrado lo que parecía imposible.

—¿Y cuándo podremos proceder a la venta? —pregunta doña Margarita.

—Cuestión de unos días. Pero no se preocupen. Ya he hablado con el notario y el próximo martes, día seis de

abril, nos reuniremos con los compradores, y Manolo, con los poderes que le han otorgado, firmará en su nombre y les llevará el dinero.

—Quedamos en que serán cinco millones de euros, ¿verdad?

—Por supuesto, don Eusebio. Serán cinco millones.

Por la noche, después de la cena, los Marqueses quisieron celebrar la buena nueva con Ninotchka y Evangelino. Don Eusebio, con voz solemne, les leyó el auto del juzgado y a continuación mandó abrir una botella de Moët-Chandon y propuso un brindis por los nuevos marqueses de Fernández de Pinós.

Manuel Femenía, pensando en la recompensa que iba a recibir por sus servicios, corrió a su casa para comunicarle a su mujer que el milagro que con tanta devoción pidieron al Beate iba a ser pronto realidad. Pero sin lugar a dudas, la mayor alegría fue para el director del banco y el abogado Abundio Picatoste, porque suponía la llegada a buen puerto de su ambicioso y diabólico plan para embolsarse cinco millones de euros. Un auténtico alarde de imaginación e ingeniería falsificadora al convertir a don Fernando en su nieto Eusebio. ¿Una gran mentira o acaso podría ser la confirmación de la teoría del doctor Cortell?

Esto es más que un crimen, es un desatino.

J. Fouche. *Memoires*

La noticia que para unos fue de alegría se convirtió para otros en mala noticia cuando Evangelino, aquella misma noche, se presentó en San Jerónimo y les dijo a Arturo y Mercedes:

—Parece ser que el juzgado ha reconocido la existencia de un nieto de vuestro tío Fernando.

—Eso es imposible. No existen restos del tío y no pueden hacer ninguna prueba de ADN.

—No importa. Han logrado reunir la documentación suficiente para acreditar la personalidad del nuevo heredero.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—He escuchado la lectura del auto y no cabe ninguna duda. Es una sentencia firme.

Arturo y Mercedes, impresionados por la noticia, sienten un ligero temblor en lo más hondo del estómago e incluso las armaduras de viejas batallas que decoran el salón parecen estremecerse. Los hermanos Velasco son conscientes de que no pueden evitar por métodos legales la hecatombe que se les viene encima. Permanecen un instante en silencio. Se miran a los ojos y llegan a la misma conclusión.

—No vamos a permanecer con los brazos cruzados,

¿verdad, Arturo?

—Claro que no, hermanita. Tenemos que encontrar una solución, y la única es hacerlos desaparecer.

—Quizá tu amigo Narciso, el policía, podría encargarse del asunto.

—¿Qué pretendéis?

—Simplemente que desaparezcan para siempre —sonríe Mercedes con un destello diabólico en los ojos.

—¿Eliminarlos? ¿No lo diréis en serio?

Los dos hermanos, como dos pájaros de mal agüero, asienten con la cabeza, permanecen sin decir palabra paladeando el güisqui mientras contemplan las enormes panoramas repletas de armas que decoran el salón: arcos, flechas, lanzas, ballestas, puñales, arcabuces, pistolas... ¿Cuál sería la mejor arma para eliminarlos?

—¿Cuánto estáis dispuestos a pagar?

—Unos 50.000 euros. ¿No crees tú, Mercedes?

—Sí. Puede ser un precio muy justo.

—Creo que no habéis hecho bien las cuentas.

—¿Cómo dices?

—José Luis Mas, el de la inmobiliaria, me dijo que teníais apalabrada la venta de San Jerónimo con Domus Áurea por diez millones de euros. Creo que lo justo sería una tercera parte.

—¿Pero tú estás loco?

—Si somos tres los que vamos a estar en el asunto, es lógico que el resultado se divida entre tres.

—¿Estás diciendo que tú harías el trabajo?

—Es posible. Pero tendría que asegurarme de que luego no me dejaríais fuera del reparto.

—Podríamos firmar un documento.

—Ja, ja. Diciendo que Evangelino Rebollo recibirá tres millones de euros por la muerte de don Eusebio Cantalapiedra. ¡¿Pero por quién me tomáis?!

Además de las armas de las panoplias, Mercedes tiene las suyas propias y, sentándose sobre las rodillas de Evangelino, le dice abrazándolo y metiéndole la mano entre las piernas:

—Te lo garantizo yo, cariño. Y lo rubricaremos con esto.

Evangelino, que ya conoce las artes de su amante, no cae en la trampa y se resiste al asedio, pero Mercedes insiste en su intento comenzando a desabrocharse la blusa hasta que Arturo pone fin al espectáculo.

—Dejaos de tonterías. Os casáis, Evangelino se convierte en un miembro más de la familia y todo arreglado.

Mercedes salta hecha una fiera.

—¡¿Pero te has vuelto loco?! ¡¡Casarme yo con un mayordomo!!

Evangelino acusa el golpe y guarda silencio. Está acostumbrado a las impertinencias de la señora Marquesa, pero reconoce que le paga bien sus servicios y opta por callar.

—Tienes que hacerlo, Mercedes —insiste su hermano—. Si no, estamos abocados a perderlo todo.

—¿Y por qué no te casas tú con él? Ahora los matrimonios entre personas del mismo sexo tienen los mismos derechos que los normales.

—Oye, bonita —protesta Evangelino—. ¿Pero tú me has tomado a mí por maricón?

—Calmaos los dos. Por favor. Nos estamos jugando un montón de millones. Mi hermana tiene razón. Los derechos son los mismos. La boda no sería más que un simple papeleo, y cuando repartamos el dinero nos divorciamos.

La boda de Arturo con Evangelino se celebró a los pocos días con la máxima discreción y, en cuanto Evangelino tuvo en la mano el correspondiente certificado que le convertía en un miembro más de la familia Velasco de Sotomayor, comenzó a preparar, desde su privilegiado puesto de mayordomo, el operativo para eliminar a los Marqueses.

Mientras tanto, el director del banco y el abogado Picatoste vuelven a reunirse con los socios de Domus

Áurea, acompañados del abogado don Enrique Moragues y del licenciado don Jeroni Banyuls, para modificar el contrato de compra debido a los últimos sucesos acaecidos.

—Se trata simplemente de cambiar el nombre de los propietarios, respetando todo lo acordado en cuestión de precio y forma de pago —explica el abogado Picatoste.

—Desde que tengo uso de razón, siempre fueron los hermanos Velasco los propietarios de San Jerónimo —comenta el señor Castellà.

—Así es. Pero la situación ha cambiado y han surgido unos nuevos propietarios.

—¿Así de simple? ¿Han cambiado los dueños de la noche a la mañana? —pregunta el abogado Moragues.

—Efectivamente. Aquí está el auto del juzgado nombrando a don Eusebio Cantalapiedra Hernández nuevo propietario.

—¿Y quién es este don Eusebio Cantalapiedra?

—Un nieto del antiguo Marqués que murió en 1935, y, lógicamente, está antes que su cuñada y sus hijos en la línea de sucesión, y ésta es la sentencia que lo acredita.

El señor Moragues lee detenidamente el documento en voz alta y, cuando finaliza, el abogado Picatoste puntualiza:

—Como ven, está todo conforme a derecho y, si les parece bien, el martes, día 6, a las doce, en la notaría de don Rafael Gómez Ferrer firmaremos la escritura de compraventa.

—¿No será por casualidad el Marqués ése del milagro que aparece a todas horas en los medios de comunicación? —pregunta el señor Lacomba.

—Efectivamente —sonríe Picatoste—. Pero, como comprenderán ustedes, no es el mismo Marqués que desapareció en 1935; sería una locura.

—Menos mal —dice el señor Castellá—. Le aseguro que en algún momento llegamos a dudar, porque ha habido tantas habladurías sobre las posesiones de los Marqueses... Y ahora, con esto del milagro...

—Eso es una maniobra del Ayuntamiento para presentarlos como un milagro de san Francisco de Borja. No me negarán —apunta el señor Banyuls— que no es una buena idea para rentabilizar los actos del centenario.

—Para nosotros —dice el señor Castellá— el milagro sería que se pusieran de acuerdo las tres administraciones para dar luz verde a nuestro proyecto de la urbanización. Y esperemos que ya no surjan más problemas.

—Ahora dicen que el chófer que se casó con la hermana de la Marquesa mató a los Marqueses antes de la

guerra —comenta el señor Banyuls.

—¡Coño, Jerónimo! —le espeta el señor Lacomba—. ¡Ya está bien de muertos y de guerras!

—Pero no me digáis que el asunto no tiene guasa —interviene el señor Castellá—. Los sobrinos toda la vida creyéndose propietarios y, de la noche a la mañana, se les evapora San Jerónimo. Esto parece una novela de ciencia ficción.

El director del banco esboza una sonrisa de satisfacción y no puede menos que comentar:

—La imaginación de los novelistas da para muy curiosas historias, pero la realidad supera siempre a la ficción.

—Dejémonos de novelerías —dice el señor Lacomba al director del banco— y recuerde que tendrá que prepararnos el talón del crédito acordado por diez millones de euros.

—No habrá talón.

Al oír la respuesta, los socios de Domus Áurea palidecen.

—¿Pero qué historia es ésta? Usted dijo que teníamos ya el crédito concedido.

—Y lo está. Tranquilícense. Pero el nuevo propietario quiere el pago en efectivo.

—¿Es que no se fía de sus cheques?

—No se preocupen. El martes, antes de ir a la notaría, se pasan por el banco y tendrán a punto un maletín con el dinero en efectivo.

—Ya tengo ganas de conocer al nuevo propietario. Tiene que ser un tipo curioso —comenta el señor Moragues— .

—Desgraciadamente el señor Cantalapiedra no irá a la notaría. Manolo Femenía, nuestro apoderado, firmará en su nombre. Es su hombre de confianza y tiene los correspondientes poderes, de los que le entregó una copia.

Decía Freud que el amor y la muerte pueden convivir con facilidad en el cerebro de un hombre. Y así es, porque durante estos días en el de Evangelino han convivido el apasionado amor por Ninotchka con el exhaustivo estudio en las páginas de Internet para la fabricación de una bomba. 3.300.000 euros es una cantidad demasiado tentadora para no realizar un trabajo tan sencillo como colocar en el motor del coche de los Marqueses una bomba que explotará al dar el contacto.

Evangelino tiene previsto el lunes, 15 de marzo, el mismo día que entre los actos del V Centenario el CEIC Alfons el Vell conmemora la muerte del Duque Real Alfonso el Viejo, acabar con la vida de los Marqueses, que “metafísicamente”, como decía el abogado Escrivá, son unos simples fantasmas. No cabe duda de que será un día

glorioso para los anales de la ciudad este doblete mortal de un duque y un marqués tan ligados a la historia de la ciudad de Gandía.

Las ideas surgidas en el pleno municipal para implicar a los marqueses de Fernández de Pinós en las celebraciones del V Centenario como hecho milagroso, han sido muy bien acogidas por la ciudadanía, hasta el punto de que el pastelero Tano, a sugerencia de Lola Ferrer, su mujer, ha inmortalizado a don Fernando y doña Margarita en sendas figuras de chocolate que se exhiben en el escaparate de su establecimiento. También el pastelero Ramiro Buj, a instancias de su mujer Carmen Ferrairó, ha preparado una corona de gloria especial y la ha bautizado como “la doble corona del Marqués”. Lástima que no vivan las hermanas Cruañes, Ana Devesa, Pepita Mora, Eudaldo González y el sacristán Rascamalles porque, sin duda, también habrían aportado alguna exquisitez de su importante acervo culinario.

Por su parte, la Asociación de Comerciantes del Centre Històric ha convocado un gran concurso de escaparates adornados con temas borgianos y las vitrinas se han llenado de los más variopintos objetos, desde calaveras y sotanas jesuíticas a un mechón de pelo de Lucrecia, pasando por la espada de César y un sinfín de ladrillos decorados con simbología y heráldica borgiana, fabricados en un an-

tiguo horno situado en el barrio de El Raval y que, recientemente, han visto la luz gracias al trabajo de Josep V. Escrivá, Issa Sifres y Francesc Sales.

Los jueves, milagro.

Una película de Luis García Berlanga

Hoy miércoles, 10 de marzo de 2010, se recordará como el día del segundo milagro del Santo que ha hecho el prodigio de aunar las voluntades del Gobierno de España, del Gobierno de la Generalidad Valenciana y del Ayuntamiento de Gandía para dar luz verde al megaproyecto de la urbanización de San Jerónimo, que sacará a Gandía del profundo pozo de la crisis económica. Hay que señalar que para que se produjera este milagro han sido factores decisivos tanto la intervención del alcalde Orengo como la de Inmaculada Bañuls, diputada en Cortes por el PP, y el acuerdo de todos los grupos del Ayuntamiento de Gandía.

La idea de la urbanización de San Jerónimo venía de los tiempos del ministro Fraga y ahora, con la moda de los golfs, los resorts, los adosados y los spas, vuelve a resurgir con fuerza junto a un edificio histórico de valor incalculable. El milagro ha logrado que Ministerios de Infraestructuras y Medio Ambiente, todas las consejerías de la Generalidad y la Confederación Hidrográfica del

Júcar, presidida por el gandiense Juan José Moragues, hayan apoyado incondicionalmente el proyecto de la sociedad Domus Áurea que, sin duda, salvará de la crisis a la comarca de la Safor porque traerá aparejada la creación de más de 2.000 puestos de trabajo en las obras, aparte de los que se creen en las industrias auxiliares.

Desde que la feliz noticia llegó al Ayuntamiento a primeras horas de la mañana, el alcalde Orengo y sus colaboradores se han reunido en el Salón de Coronas con el señor abad, el rector de los padres jesuitas, el Círculo de Amigos de san Francisco de Borja y los representantes de la constructora Domus Áurea, que no pueden disimular su alegría ante el negocio que se avecina. La reunión tiene como objeto declarar este 10 de marzo como el Día Oficial del segundo Milagro de san Francisco de Borja y anunciarlo a bombo y platillo en los medios de comunicación.

El operativo publicitario se ha puesto en marcha rápidamente; José Ramón Tíller ha creado el eslogan “Gandía, la ciutat dels miracles”, y la agencia CrespoGomar ha insertado los correspondientes anuncios en todas las revistas y periódicos locales, así como en vallas y emisoras de radio y televisión. Por su parte, el diseñador Mauro Hernández ha propuesto crear una nueva imagen del “Santo constructor” provisto de casco, cartabón, compás

y plomada. Pero, finalmente, la idea no fue aceptada porque algunos miembros de la Comisión vieron en ella ciertas connotaciones masónicas.

Estamos en plena semana fallera. Hoy lunes, 15 de marzo, es un gran día para los marqueses de Fernández de Pinós. Esta tarde tienen dos actos importantísimos. A primera hora, la inauguración del busto de doña Margarita en los jardines de la Casa de la Marquesa, y a media tarde irán al Museo de la Semana Santa, donde doña Margarita va a ser proclamada Madrina y Camarera Mayor del Cristo Resucitado, aunque don Fernando, ahora don Eusebio, se pregunta para qué diablos Cristo Resucitado necesita una camarera.

El acto de la colocación y bendición del busto de la Marquesa ha congregado en el jardín de la Casa de la Cultura a un impresionante gentío. El escultor Nassio está colocando en un pedestal de mármol bellamente labrado por Héctor Peiró, autor de la lápida de Ausiàs March, el nuevo busto de bronce con la ayuda de Ninotchka y de Evangelino, ante la mirada complaciente de los Marqueses, que junto a la señora Liduvina y al padre Puig presiden la ceremonia desde una tribuna levantada al efecto.

El padre Puig bendice el busto de doña Margarita y pronuncia un breve parlamento recordando que si ya fue un milagro la aparición de los Marqueses en este año glo-

rioso del V Centenario, se suma ahora el nuevo milagro del consenso político alcanzado entre las diferentes administraciones del Estado para autorizar las obras de la gran urbanización que resolverá el problema del paro en nuestra ciudad. Habla también el padre Puig sobre la vocación misionera de san Francisco de Borja mandando a predicar la Buena Nueva a los hombres y mujeres de muchos países que hoy vienen a España convertidos en emigrantes. La cita es muy del agrado de la señora Liduvina, que preside también el acto en representación del Ayuntamiento acompañada de una corte de árabes, bolivianos, argentinos, uruguayos, rumanos, búlgaros y ecuatorianos ataviados con los trajes típicos de sus países. La señora Liduvina pronuncia unas palabras en valenciano que la mayoría de los inmigrantes no entienden, pero aplauden fervorosos ante el temor de perder alguna de las ayudas que desde su departamento puedan recibir. Asisten también al acto representantes de las asociaciones de vecinos y de otros colectivos sociales que creen fielmente en la participación ciudadana, deseosos siempre de quedar bien con los políticos de turno para hacer méritos a posibles ayudas, subvenciones y otras prebendas. El grupo de dolçainers i tabaleters de la Safor interpreta el Himno Regional. Los asistentes aplauden y, seguidamente la señora Liduvina retira el paño que cubre la obra del artista y el público

vuelve a aplaudir disciplinado, como lo viene haciendo desde hace más de un siglo en todos los actos oficiales.

El busto de doña Margarita es una obra cosmoística y picassiana, completamente diferente al busto clásico del Marqués que modeló el padre de Nassio en 1933.

—Enhorabuena, Nassio. Me has descubierto una nueva visión de mi mujer.

—Se trata de una visión conceptual del cuerpo que nos lleva irremisiblemente a la abstracción positiva de las formas.

Tras el último aplauso, el público se congrega alrededor del kiosco, donde se sirve un pequeño refrigerio para la famélica legión que devora ansiosamente los canapés. Mientras esto sucede, Evangelino se retira junto al coche que está en el fondo del jardín, levanta el capó y, tras comprobar que todo está en orden, saca su móvil y marca un número.

—¿Mercedes? No cuelgues y oirás lo que he preparado.

El Marqués consulta su reloj de bolsillo donde suena La Pequeña Serenata de Mozart, comprueba que se hace tarde y se despide del escultor Nassio, del padre Puig y de la señora Liduvina.

—Perdónennos, pero nos espera la Junta Mayor de Hermandades.

Evangelino le entrega la llave del coche a doña Margarita y se aleja para abrir las puertas del jardín. Cuando llega a la cancela, vuelve a hablar por el móvil:

—¿Mercedes, estás ahí? No cuelgues y permanece atenta.

El Marqués se acomoda en su asiento y doña Margarita, a quien le apasiona conducir, se sienta al volante y gira la llave de contacto.

Se oye una explosión.

—¿Has oído? ¡Ya están en el cielo!

—¡Ha sido genial!

—No tiene importancia. Al fin y al cabo eran unos fantasmas.

Suenan nuevas explosiones y Evangelino está a punto de desmayarse. El coche se acerca desde el fondo del jardín. Los Marqueses le saludan con una sonrisa al pasar junto a él y se pierden entre el tráfico, mientras se suceden las explosiones y el cielo se llena de nubecillas blancas de los cohetes de la mascletà.

A su llegada al Local Museo de Semana Santa, el Orfeón Borja recibe a los Marqueses con “And the Glory of the Lord” de El Mesías de Haendel. Multitud de cofrades se han congregado a las puertas del museo para saludarlos personalmente y, acto seguido, acompañados por los miembros de la Junta Mayor de Hermandades, reco-

rren admirados la gran exposición de los tronos procesionales con sus magníficas imágenes, escuchando las explicaciones del conspicuo experto en arte imaginario, Vicente Pellicer. Doña Margarita no puede evitar un comentario:

—Con tantos cristos, vírgenes y santos me parece que estoy en el cielo.

—Le recuerdo —explica el Hermano Mayor— que su madre política fue la primera Camarera Mayor del Cristo Resucitado.

El cofrade Vicente Palmer, que conoce la vida y milagros de todos los personajes de esta gran comedia de Gandía, recuerda:

—Si la hubiera visto desfilar con la mantilla y el rosario de perlas negras que le regaló don Sinibaldo...

Por un momento, el Marqués no puede evitar un gesto de contrariedad, temeroso de que la relación entre su madre y el diputado salga a la luz, pero afortunadamente el cofrade no insiste en el tema, porque Berta Pascual, su mujer, le pellizca el brazo con disimulo.

—Para nosotros sería un gran honor que participara en la procesión del Viernes Santo —dice el señor Montolío.

—El problema es que ya he aceptado ser Fallera Mayor.

—¡Por Dios, señora! No existe ningún problema. Afortunadamente aquí todos somos a la vez falleros y penitentes.

Las caras de satisfacción de los presentes, entre las que vemos a varios personajes que han aparecido a lo largo de esta historia, corroboran las palabras del Hermano Mayor.

Son las doce de la noche cuando los Marqueses regresan a casa. Ha sido un día agotador. Aparcan el coche en el jardín y observan que sobre sus bustos oscilan dos lenguas de fuego como el milagro de un nuevo Pentecostés que a partir de ahora alumbrará a la ciudad de Gandía.

Las fiestas falleras están en su apogeo y, con motivo del V Centenario de san Francisco de Borja, los falleros siguiendo la ordenanza municipal les han dado un marcado carácter borgiano para optar a los premios extraordinarios para las mejores escenas de los monumentos falleros que hagan referencia a los Borja. Pero, sin duda, lo más importante de esta efeméride es que el presidente de la Junta Local Fallera, Jesús García, ha proclamado al Santo Fallero Mayor, y a la estatua del escultor Rodilla que preside la plaza Mayor la han ataviado con alpargatas, zaragüelles y chaleco de terciopelo floreado, y lo mismo han hecho con las estatuas del escultor Manolo Boix de la plaza de las Escuelas Pías. Pero no sólo los Borja-Bor-

gia, también nuestros clásicos, como mandan los organizadores, han recibido la impronta fallera y la estatua de Ausiàs March, del escultor Rausell, luce con toda elegancia la indumentaria fallera.

¿Cuándo iban a suponer los miembros de la familia Borja-Borgia que acabarían siendo falleros? Se pregunta el historiador don Santiago La Parra cómo podrá explicar esta sorprendente faceta del Santo Duque a los participantes del “Simposio Internacional Francisco de Borja (1510-1572), hombre del Renacimiento, santo del Barroco”, que se celebrará del 25 de octubre al 5 de noviembre. La respuesta no es difícil. El primer miembro de la familia Borja que ejerció como fallero fue Rodrigo de Borja, el papa Alejandro VI, cuando en 1498 quemó en la hoguera al monje dominico Girolamo Savonarola, crítico acérrimo contra los excesos de los eclesiásticos, en la plaza principal de Florencia. El acto fallero lo inmortalizó un Ignoto Pitore Florentino en una espléndida pintura que se conserva en Venecia en el Museo de San Marcos.

Nihil prius fide. (Nada antes de la fe)

Lema notarial

Tras finalizar las fiestas falleras, el tejido comercial e industrial de nuestra ciudad, pese a la crisis, vuelve a sus labores cotidianas confiando plenamente en que el mi-

lagro de la resurrección de los Marqueses y el del consenso de los grandes partidos, traerá la bonanza económica que tanto se necesita, porque aunque hace tiempo que el señor Andrés Ferrando cerró su carbonería de la calle Mártires, el carbón dejó de usarse en las cocinas, los gandienses tienen la fe del carbonero y confían plenamente en los milagros que prometen las fuerzas vivas.

Para los implicados en el gran negocio de San Jerónimo, hoy martes, 6 de abril de 2010, ha llegado, por fin, el anhelado día en que se va a firmar la escritura de compra-venta. La constructora Domus Áurea, con el crédito concedido por el banco, acallará las voces ecologistas, comprará San Jerónimo por diez millones de euros y gracias al segundo milagro del Santo, realizará su megaproyecto de hoteles, golf y adosados de lujo, que le proporcionarán un beneficio incalculable. Don Eusebio Cantalapiedra recibirá cinco millones de euros de manos de su hombre de confianza. La novela que imaginó el director del Banco de Nueva Gales del Sur se hará así realidad, y él, junto con el abogado Abundio Picatoste, se embolsarán cinco millones de euros y sólo tendrán que dar una pequeña recompensa al bueno de Manolo Femenía para asegurarse así el secreto de cuanto ha sucedido.

Desde los días gloriosos del notario Iranzo, torero, volatinero y personaje de variados registros, apreciado y

querido por muchos gandienses que todavía recuerdan sus comidas de los miércoles en el Estable de Ador o en el bar Emilio de Beniopa en compañía de don José Camarena, don Joaquín Climent, que fue alcalde interino en 1943, Ramiro Codoñer y su hijo, Miñaneta, el del registro, Felipe Pastor y algunos más. Hoy, el notario más famoso es sin duda don Rafael Gómez Ferrer, hombre afable y culto, que igual preside la Asociación de la Pila Bautismal de San Vicente Ferrer, que ejerce de mantenedor de unos juegos florales o presenta a una fallera mayor con palabras originales de Ausiàs March. En su despacho, para firmar la escritura de compra-venta de San Jerónimo, se encuentran reunidos Manolo Femenía, como apoderado de don Eusebio Cantalapiedra, y los socios y el abogado de la inmobiliaria Domus Áurea. El notario se ha calado las gafas y con el ceremonial acostumbrado lee con voz campanuda:

—Don Manuel Femenía, con DNI 22 176 399, en representación de don Eusebio Cantalapiedra Hernández, por poderes que aquí se adjuntan, vende a la sociedad inmobiliaria Domus Áurea, representada en este acto por los señores don Joaquín Castellá y don Jorge Lacomba, la finca denominada San Jerónimo, con una superficie de cincuenta y cuatro hectáreas, cuarenta áreas y treinta y cinco centiáreas de tierra plantada de naranjos. La finca

incluye el convento y varias casas de aperos. La sociedad inmobiliaria Domus Áurea S. L. compra a don Manuel Femenía la mencionada finca con los correspondientes edificios anejos por el precio acordado de diez millones de euros que el vendedor declara recibir en este acto.

Al llegar a este punto, entra en el despacho el oficial de la notaría, Juan Carlos Vayá, habla en voz baja con don Rafael y abandonan ambos el despacho. A los pocos minutos vuelve el notario acompañado por los Marqueses.

Manolo no sale de su asombro. Cambia de color. Le tiemblan las rodillas y esboza una leve sonrisa de saludo al matrimonio.

—Tomen asiento, por favor. ¿Me permite su DNI, señor Marqués?

—Todavía no soy Marqués. Sólo Eusebio Cantalapedra Hernández. Ya sabe usted que las cosas de palacio van despacio.

—Ya llegará el marquesado. Ahora lo importante es que usted es el propietario vendedor de San Jerónimo.

Don Eusebio le entrega su carné de identidad y el notario comprueba meticulosamente todos los datos cotejando la documentación que le había entregado Manolo, al tiempo que realiza algunas anotaciones al margen de la escritura.

—Dado que está usted aquí, si le parece, obviare-

mos los poderes que otorgó a don Manuel Femenía y realizaremos la escritura directamente a su nombre.

—Es lo mejor —sonríe doña Margarita—. Ya le damos bastantes quebraderos de cabeza al pobre Manolo.

—Entonces —prosigue el notario—, de acuerdo con lo estipulado, la sociedad Domus Áurea S. L. entrega en este acto los diez millones de euros a don Eusebio Cantalapiedra Hernández, con DNI 42 456 852. ¿Desea usted contar el dinero, señor Marqués?

—No. Por Dios. Lo contará mi señora.

Doña Margarita toma el maletín que le entrega el señor Castellá, lo deposita sobre su regazo y comienza a contar los fajos de billetes:

—Pues ahora, señores, si son tan amables, vayan acercándose aquí para firmar.

Después de la firma, los socios de Domus Áurea se despiden de don Eusebio y doña Margarita dándose mutuamente la enhorabuena, y abandonan el despacho.

El Marqués permanece conversando con el notario mientras contemplan el magnífico cuadro de San Vicente Ferrer que preside el despacho. Doña Margarita, tras acabar de ordenar los billetes en el maletín, despide a Manolo.

—Mi marido es un pesado. Vete al banco, que nosotros iremos enseguida.

—¿Me llevo el maletín?

—Deja, deja. Me hace ilusión llevarlo personalmente.

El Marqués, maravillado por la extraordinaria pintura, haciendo gala de su erudición, no puede menos que comentar al notario:

—Dicen que Gaspar de la Huerta supo captar en esta obra, titulada El milagro del niño de Morella, el verdadero espíritu del santo.

—No cabe duda de que el hecho milagroso humaniza su expresión. ¡Pero no me diga que usted...!

—Mi marido es un verdadero experto en pintura antigua.

—Pues en ese caso le recomiendo que no deje de ver el San Vicente del Museo de Ámsterdam. El profesor Company ha hecho grandes elogios de él en su obra La Edad de Oro de la pintura valenciana.

—Conozco ese cuadro. Es un auténtico Pablo de San Leocadio. Lo pintó por encargo del cardenal Rodrigo de Borja como homenaje a su tío, el papa Calixto III, que canonizó a San Vicente Ferrer. Intervine yo en la venta. Pertenecía a una distinguida familia de Valencia.

El notario se muestra muy interesado y sorprendido por la noticia y, tomando del brazo al Marqués, le pregunta:

—¿Los Tamarit? ¿Los Ripalda? ¿Los Rincón?
¿Cuál era esa familia de Valencia?

El Marqués le dice el nombre al oído.

—¡No es posible! ¡Qué sinvergüenzas! Si supiera el tiempo que llevo yo buscando ese cuadro y siempre me negaban que lo tenían.

—Así es la vida, don Rafael, así es la vida. Si descubro algo interesante le tendré al corriente.

—Se lo agradeceré mucho. Señor Marqués, ha sido un verdadero placer hablar con usted. Señora, beso su mano.

En su despacho del Banco de Nueva Gales del Sur, el director, que por su gordura y mal genio cada vez se parece más al Charles Laughton de *El reloj asesino*, y el abogado Picatoste esperan impacientes la llegada de Manolo con el maletín para repartirse sus cinco millones.

—De los otros cinco, descontaré lo que han gastado con la Visa esos fantasmas, los 100.000 euros que le dimos a tu amigo Narciso, el policía, y la gratificación para Manolo.

—¿Cuánto te parece que le demos?

—La verdad es que ha hecho un buen trabajo. Yo creo que con 300.000 será suficiente.

En ese momento, aparece Manolo. El director le mira estupefacto y le grita:

—¿Pero dónde está el maletín?!

—No se preocupe. Lo trae ahora mismo la señora Marquesa.

—¿La señora Marquesa? ¿Qué broma es ésta?

—¿Pero qué ha ocurrido para que vengas sin el maletín? —pregunta el abogado.

—Llegaron los Marqueses cuando íbamos a firmar y...

—¿Pero Manolo! ¿Qué estás diciendo? ¿Cómo has permitido que se presentaran allí?

—Les juro que yo he sido el primer sorprendido. Pero no se preocupen, llegarán enseguida.

—¿Y cómo han sabido que era hoy el día que iba a firmarse la escritura?

—Recuerde que cuando les leyó en su despacho el auto del juzgado, usted mismo les dijo: “El próximo martes, día 6 de abril, firmaremos y Manolo les llevará el dinero”.

—¿Tú les dijiste eso?

—Sí. Pero dejé bien claro que Manolo firmaría la escritura y les llevaría el dinero. Lo que me extraña es este cambio a última hora.

—Debe de haber sido cosa de doña Margarita. Las mujeres son muy desconfiadas —apunta Manolo.

El director, nervioso, no deja de recorrer el despa-

cho a grandes zancadas mirando una y otra vez el reloj y la puerta principal del banco. Resopla como una ballena y, al fin, explota.

—¿Pero dónde coño está esa pareja de marcianos, Marqueses o lo que sean?!

—No se preocupe. Por la hora que es, deben estar tomando el aperitivo.

El abogado, que ya está tan nervioso como el director, toma a Manolo por las solapas y le susurra:

—Pero cretino. ¿No te das cuenta de lo que puede suceder?

—Tranquilícese. No habrá ningún problema. Aparecerán aquí en cualquier momento.

—¡Deja de decir tonterías! —le grita el director—, y vete a buscar ese maletín inmediatamente.

A toda prisa, Manolo se presenta en la Casa de los Marqueses. Llama a la puerta de la calle y entra en el lujoso zaguán. Desde lo alto de la escalera se asoma Ninochka y le advierte:

—Los señores no están en casa. Marcharon de viaje.

Manolo siente como un mazazo en la cabeza. El corazón se le acelera, le zumban los oídos y pregunta apenas sin voz:

—¿De viaje?

—Sí. Me encargaron que le dijera que iban de vacaciones a Suiza y que le llamarán por teléfono en cuanto lleguen a Zúrich.

Viajar es nacer y morir a cada paso.

Víctor Hugo. *Les misérables*

Ha comenzado a caer la tarde y el sol se esconde tras una cortina de cirros y cúmulos, tiñendo el cielo del color de la Semana Santa que acaba de comenzar. Los coches que circulan por la autopista han encendido sus luces de posición y doña Margarita conduce como una verdadera experta sin apartar los ojos de la carretera. Junto a ella su marido, con la felicidad pintada en el rostro, acaricia el maletín que lleva sobre su regazo. Si don Antonio Durá los viese ahora, confirmaría el enorme parecido con Fernando Rey y Catherine Deneuve, protagonizando una nueva aventura en pleno siglo XXI.

—No sabes cuánta ilusión me hace este viaje, Fernando.

—Recuerda que ahora me llamo Eusebio y que no tenemos prisa.

—Claro, claro. Para nosotros se han acabado las prisas. Estamos de vacaciones.

—Por cierto. No nos hemos despedido de Manolo.

—No te preocupes. Ya lo llamaremos cuando lle-

guemos a Zúrich. Lo que siento es no poder salir en la procesión de Semana Santa.

—El año que viene tendrás ocasión.

—Por cierto, no sabía yo que don Sinibaldo le regaló un collar de perlas negras a tu madre.

—Tampoco yo.

—Debe ser alguna de esas historias poco edificantes que guardan todas las familias.

—No irás a poner en duda el honor de mi madre...

—¡Por Dios, Fernando! No te pongas trágico.

Mientras ella conduce atenta a la carretera, él conecta la radio, busca entre las emisoras y sintoniza con toda nitidez el Vals de las Velas.

—¡Qué coincidencia! ¿Recuerdas?

—Claro que recuerdo, y no me hace gracia. Fue la música que oíamos la última noche de 1935. Por favor. Quítala. Quítala.

Busca de nuevo otra música y se oye ahora Begin the Beguine.

—Ésta me gusta más. Volver a empezar. Porque nosotros volvemos a empezar, ¿verdad, cariño?

Se miran, sonríen y el Marqués le da un beso detrás de la oreja.

—¿Sabes que todavía me gusta que me beses?

—Y a mí. Espero que por la noche me lo devuelvas

con creces.

El Marqués saca su reloj de bolsillo, abre la tapa y suena La Pequeña Serenata de Mozart.

—Son las siete. ¿Paramos a tomar un café?

Llegan a un área de servicio, aparcan, salen del coche sin separarse del maletín y entran en la cafetería. Luces agresivas de neón, el ruido incesante de las máquinas tragaperras, niños que gritan jugando entre las mesas. ¿Cómo pueden llamarse áreas de descanso? Sentados en una mesa apartada toman café. El Marqués se sirve dos raciones de azúcar y lo remueve lentamente con la cucharilla.

—No abuses del azúcar. El doctor Peñín te dijo que no te convenía.

—Pero amor mío... Eso fue hace setenta y cinco años, ¿no recuerdas?

—Tienes razón. A veces me falla la memoria.—
Doña Margarita observa los posos que han quedado en el fondo de la taza y murmura—: ¡Es curioso! ¡Muy curioso!

—¿Por qué dices que es curioso?

—Porque los posos del café forman el mismo dibujo que había en nuestras tazas la noche de fin de año. ¿No crees que pueda ser una premonición?

—¿Una premonición de qué?

—De que vuelva a ocurrirnos lo mismo.

—¡Eres incorregible, Margarita! No sigas por ahí. Anda, vámonos.

Al salir de la cafetería ya es noche cerrada. Huele a azahar como olía en San Jerónimo el día de su boda, y las estrellas en el infinito titilan con una luz especial.

—¿Será cierto que cuando mueres te conviertes en una estrella?

—¡Quieres dejar de soñar, y espabilarte de una vez!

—Sí, sí. Menos mal que tomé el café. Me estaba durmiendo.

—Eso son las pastillas.

—Seguro. Duermo mejor, pero los recuerdos siguen martilleándome en la cabeza.

—Será en el cerebro extrasensorial que nos dijo el doctor Cortell.

—¿Tú llegaste a creer todo aquello?

—Las fotos y los títulos que tenía en el despacho eran de los años veinte y estaban a su nombre.

—¿Y no crees posible que fuera todo un montaje?

—No lo creo. He pensado que en Zúrich podríamos consultar al Dr. Reynand, es uno de los mejores psiquiatras de Europa.

—¿Para qué? ¿Para que vuelva a salir un encefalograma plano y me diga que estoy muerta? No merece la pena.

—Quizá lleves razón. Lo que importa es vivir.

El cielo se ha nublado y comienza a llover. Primero ha sido en forma de grandes gotas aisladas y, luego, poco a poco, la lluvia ha ido en aumento hasta convertirse en una cortina de agua que apenas deja ver la carretera. La circulación es más lenta y se forman las primeras retenciones. A lo lejos se observan destellos rojos y amarillos. Se oyen sirenas de ambulancia y policía, y optan por dejar la autopista y seguir por una carretera secundaria que transcurre con muchas curvas cerca de un acantilado.

—Conduce despacio, que no tenemos prisa.

Ha dejado de llover y, al poco rato, al salir de una de las curvas, los Marqueses observan que un vehículo que los adelantó hace poco está parado con el capó del motor abierto y el conductor les hace señas pidiendo ayuda. Doña Margarita se detiene. El hombre se acerca a ellos con la cara cubierta con un pasamontañas y, encañonándolos con una pistola, les indica que bajen del coche y depositen sobre el capó el maletín, las joyas, los relojes y todo cuanto de valor llevan encima. Sin dejar de apuntarles, los obliga a acercarse hasta el borde del precipicio. Hay luna llena, y los Marqueses contemplan a sus pies las olas rompiendo contra las rocas mientras el viento sopla cada vez con más fuerza. Se abrazan aterrados con el recuerdo de los posos de café y, en ese momento, el hombre

de la pistola los empuja y caen al vacío unidos en su último abrazo.

Las ciudades son un miserable recinto donde se contienen todas las humanas derrotas.

Valerio Maximo. *Memorabilia*.

El pasado domingo, 12 de septiembre de 2010, según rezaba el programa oficial del V Centenario, se celebró en el Patio de Armas del Palacio Ducal el encuentro de bolilleras de las ciudades borgianas. Y es que, según los últimos estudios de eminentes historiadores, Francisco de Borja fue un experto bolillero que trenzó con su encaje de bolillos los hilos de la política del emperador Carlos V para formar el cañamazo de la unidad de España y el de un inmenso Imperio en el que jamás se ponía el sol.

Hay que reconocer que la ausencia de los Marqueses no sólo ha restado interés a muchos de los actos programados en los que se contaba con su presencia. Pero la más grave consecuencia que produjo su desaparición a principios del mes de abril, fue que no pudo hacerse realidad el primer milagro que con tanto interés planearon los señores Durá y Novell, porque nunca llegó a Gandía la nobleza española que se esperaba con la cohorte de condes, duques, marquesas y otros famosos de las revistas del y, por supuesto, ni hoteles, ni restaurantes ni mucho menos

el comercio local pudieron hacer su agosto. Para colmo de males, también el segundo el milagro que se anunció a bombo y platillo cuando se dio la noticia de que por intercesión del Santo se habían concertado las voluntades de las tres administraciones para el megaproyecto de San Jerónimo, ha quedado en agua de borrajas al no alcanzarse el consenso.

Terminadas las celebraciones del V Centenario de san Francisco de Borja –Francesc de Borja por imperativo político.

Hoy 1 de enero del 2011, se cumplen nueve meses de la desaparición de los Marqueses.

En la iglesia de Palacio, el padre Puig celebra la misa dominical en su memoria en presencia de los habituales devotos.

—Te pedimos Señor por don Fernando y doña Margarita que partieron de este mundo y seguramente descansan contigo en el Paraíso. —Aunque no lo dice, el padre Puig tiene la certeza de que el Paraíso es un inmenso lago de natillas para felicidad de los bienaventurados golosos, tal como me confesó hace algunos años en la casa del reverendo Alfredo Bono –Los Marqueses ya no están entre nosotros. Dios nos los dio y Dios nos los quitó. Los caminos del Señor son inescrutables y es muy probable que haya querido llevarlos a su lado para preservarlos de esta

sociedad donde sólo se adora al becerro de oro. Aunque tal como están las cosas en estos tiempos de crisis, el becerro, más que de oro, se ha quedado en becerro de hojalata.

Este año nuevo 2011, ha comenzado con frío haciendo caso omiso al cacareado cambio climático. Lo que sí es cierto es que todos los vecinos de Gandía son un año más viejos y tienen la completa seguridad de que no volverán a celebrar otro centenario.

Vista desde el aire, la ciudad parece seguir su ritmo habitual, pero al bajar a nivel de la calle observamos que han desaparecido de los balcones las banderas, pendones, reposteros, escudos y retratos del Duque. La ciudad se ha desborgizado.

En el Ayuntamiento, los partidos que no gobiernan juegan a la política convertidos en expertos sabelotodo, criticando todas y cada una de las decisiones que toman los que gobiernan. Por su parte, los ciudadanos de a pie critican al gobierno y a la oposición en función de su ideología, pero como esto es un pueblo y todos se conocen, se critica también por simpatías y antipatías personales; si a esto se mezclan celos e infidelidades, ya puede suponerse el nivel que alcanza la crítica política.

Los falleros, hartos de los Borja, preparan sus fallas de toda la vida y los cofrades, que de santos están surtidos,

buscan camareras para su Cristo y pregoneros para el pregón.

Los hermanos Velasco que tuvieron que abandonar San Jerónimo, se han afiliado al partido de Los Verdes y ahora se manifiestan todos los meses junto al señor Peris llevando la pancarta de “Sant Jeroni per al poble”.

Ninotcka y Evangelino han abierto un pub en la plaza del Prado, donde los mojitos, la salsa y el merengue atraen a buena parte de la ciudadanía.

El abogado Picatoste compró varios inmuebles en Miami y, junto al policía Narciso, hace unos meses que abandonó Gandía con gran disgusto de Arturo Velasco, que busca en los anuncios de los periódicos alivio para su soledad.

Es indudable que Gandía, además de ser un género literario es una ciudad incansable dispuesta siempre a superarse a sí misma. Todos los personajes que han ido apareciendo a lo largo de la novela siguen en sus cotidianos quehaceres como si nada hubiera sucedido. Es posible que dentro de cien años cuando se celebre el VI centenario y sean polvo de la historia, algún curioso encuentre sus nombres en este libro y los recuerde envueltos en la nebulosa de la historia.

También en el Banco de Nueva Gales del Sur todo continúa igual. El Marqués y su mujer fueron acusados

del robo de los diez millones de euros y pesa sobre ellos una orden de busca y captura que nunca dará resultado. La deuda originada por la tarjeta Visa Oro fue cargada en la cuenta normal de impagados que todos los años se produce. El director ha tenido suerte de que no se descubriese su contubernio, lo que le habría costado el puesto y la cárcel; se le ha agriado el carácter por el fracaso de su plan y se ha propuesto no imaginar más novelas policíacas.

El bueno de Manolo sigue en su misma mesa de trabajo. Ni le han ascendido de categoría ni le han gratificado por los servicios prestados. En este momento está despachando con el director.

—¡Doscientos setenta días y esos granujas no aparecen por ninguna parte!

—Algo les debe haber ocurrido, porque siempre fueron personas de una moralidad intachable.

—Tú es que no te enteras, Manolo. Esos tipos no tenían ninguna moralidad.

Durante unos instantes siguen ordenando papeles en silencio y, en un momento dado, el director le dice a Manolo en voz baja:

—Supongo que sigues siendo fiel al banco y no habrás hecho ningún comentario de todo lo sucedido.

—Por supuesto... Y me permito recordarle la gratificación que me prometió.

—Olvídate. Ya sabes que este asunto ha sido un desastre. Pero dime una cosa, ¿es cierto que el abogado Picatoste les dijo el día en que se iba a firmar la escritura?

—Sí. ¿Por qué lo dice?

—Porque empiezo a sospechar. Desapareció de Gandía al poco tiempo que lo hicieron los Marqueses y dicen que ha comprado varios pisos en Miami.

—Sí. Lo sabe todo el mundo.

—Pues... Como el dinero deja su huella por donde pasa podrías investigar entre tus amigos de otros bancos si realizó algún ingreso importante. Y te recuerdo, Manolo, que éste sería un trabajo confidencial que yo te agradecería personalmente.

Pero Manolo hace tiempo que dejó de creer en las palabras del director, aunque su fidelidad, como le inculcaba el bisabuelo Femenía, antiguo sacristán mayor de la Colegiata, sigue siendo una norma en su vida. Incansable en su trabajo, sigue despachando asuntos con el director hasta que suena el timbre del banco anunciando la hora de cierre.

Manolo consulta su reloj de bolsillo. Abre la tapa y suena La Pequeña Serenata de Mozart. El director, sorprendido, se queda mirándolo fijamente.

—Me lo regaló el Marqués el día que firmó la venta de San Jerónimo.

RELACIÓN DE PERSONAJES DE GANDÍA
QUE APARECEN EN LA NOVELA

página

- Adrover, Vicente
- Alas
- Albi, José
- Albi, María Luisa
- Alcalá de Olmo, Vicente
- Alcázar Del, Joan
- Alfaro, José Manuel
- Almiñana, P.
- Alonso, Jesús
- Amorós
- Amorosa, La
- Andrés
- Añón, Antonio
- Aranda (médico)
- Arias, Andrés
- Arias, Rafael
- Arlandis
- Arnau, Pepe
- Artés
- Ausiàs, Enrique
- Avargues, Arturo
- Avargues, Federico

- Ballester, Joaquín
- Ballester, Paco
- Banyuls, Jeroni

- Bañuls “El Gato”
- Baró, Manolo
- Bayarri, José María
- Bayarri, Nassio
- Beltrán, José María
- Beltrán (abogado)
- Bellver, Filiberto
- Bellver, Vicente
- Benácer (doctor)
- Bernabéu
- Bertó, Ramón
- Berzosa, Carmen
- Boigues, Pascual
- Boix, Francisco
- Boluda, Begoña
- Bono, Alfredo
- Borja, José Miguel
- Borja, Pedro
- Boronad, Miguel
- Buj, Ramiro
- Burguera, Luis
- Burguera

- Cabrera
- Calvo, Leandro
- Camarena, José
- Canalejas, José
- Cano, José
- Cañada, Inés

- Cárdenas, Ana
- Cardona, Joan
- Cari, La
- Carpi, Federico
- Carreras, María Pilar
- Castañar, José
- Castellá
- Castellá, Joaquín
- Catalá
- Catalá, Andrés
- Catalá, Luis
- Cholvi, Arcadio
- Chorro
- Císcar, Gabriel
- Císcar, Jose
- Climent
- Climent, Miguel Ángel
- Climent, Joaquín
- Cloquell, Antonio
- Codoñer, Ramiro
- Company, Ignacio
- Company, Joaquín
- Company, Ximo
- Cortell, Alfredo
- Creus, Óscar
- Crespo-Gomar
- Crocier
- Crocier, Maximino
- Cruaños, Andrés

- Cruañes (hermanas)
- Cruañes, Pascual
- Cucart, Dimas

- De Arias, José María
- Denia, Carlos
- Denia, Eva
- Devesa, Ana
- Dickinson, Margaret
- Doménech, Vicente
- Domingo
- Domingo, Jesús
- Durá, Antonio
- Durá, Rafael
- Durá, Salvador

- Egea
- Egea, Odilo
- Escrivá
- Escrivá, Almudena
- Escrivá, Andrés
- Escrivá, Josep V.
- Espí, Paco
- Espinós, Margarita

- Femenina, Francisco
- Fernández, Rosa María
- Ferragut, “Petit Lerroux”
- Ferrairó, Carmen

—Ferrairó, Francisco
—Ferrairó, Paco
—Ferrer (médico)
—Ferrer, Elvira
—Ferrer, Emilio
—Ferrer, Joaquín
—Ferrer, José Luis
—Ferrer, Ligorio
—Ferrer, Lola
—Ferrer, Modesto
—Ferri
—Ferri, hermanos
—Ferri, Ximo
—Fourrat
—Fourrat, Luis
—Frasquet, Eduard
—Frasquet, Paco
—Frau, Josefa
—Fuster
—Fuster, Jesús

—García
—García, Àlvar
—García, Antonio
—García, Cayetano
—García, César
—García, Jesús
—García, Juan Luis

- García Avargues, José
 - Gasque, Secundino
 - Gil, Francisco
 - Gil, Liduvina
 - Gimeno, Vicente
 - Gómez Ferrer, Rafael
 - Gómez Mazparrota, José
 - González, Cristóbal
 - González, Eudaldo
 - Gorrita, Blas
 - Gregori, Salvador
 - Grimalt, Àlex
 - Guerola
 - Gutiérrez
 - Gutiérrez, Dimas
 - Gutiérrez Mas, Sinibaldo
 - Guzmán, Pedro
-
- Hernández, Mauro
-
- Ibáñez, Juan
 - Icardo, Joaquín
 - Iglesias, Pablo
 - Iranzo
 - Iranzo, José
 - Iranzo, Marcelino
-
- Jareño, Eladio

—Juan, Antonio

—Juan, Berta

—Juan, Jesús

—Koninckx

—Koninckx, Humberto

—Lacomba, Jorge

—Lapeyre

—Lapeyre, Nicolás

—Lapeyre Pouquet, Andrés

—Laporta, Isidro

—López, Gonzalo

—López Rancaño, Gonzalo

—Lorente, Juan

—Lombard, Enrique

—Lombard, hermanos

—López Vidal, Carlos

—Llobell, Pedro

—Lloret, José

—Lloret, Juan Bautista

—Malonda

—Malonda, Vicente

—Marín, Salvador

—Marqués

—Marquesta, Francisco Paula
—Martí, Antonio
—Martí Sanz, Andrés
—Martínez, Rafael
—Martínez Marco, Concha
—Mascarell, Salvador
—Matías
—Mauri, Omar Felipe
—Mayans
—Mayans, Antonio
—Mayans, Jaime
—Maylín
—Maylín, Pepe
—Mazparrota, Francisco
—Melis, Fermín
—Melis, José
—Melis, Pepe
—Melo
—Melo, Enrique
—Merí Melo, José
—Millet, Ferran
—Millet, Pere
—Miñana
—Miñaneta
—Miret, Amparo
—Monrabal, Josefa
—Montolío, Jesús
—Monzó, Concha

-
- Monzó, Julio
 - Mora, Francisco
 - Mora, Ignasi
 - Mora Canet, Joaquín
 - Mora Gramaje, Joaquín
 - Mora, Pascual
 - Mora, Pepita
 - Mora y Vidal
 - Moragues, Enrique
 - Moragues, Jesús
 - Moragues, Juan José
 - Moragues, Salvador
 - Morant, José
 - Marquesta, Francisco Paula
 - Martí, Antonio
 - Martí Sanz, Andrés
 - Martínez, Rafael
 - Martínez Marco, Concha
 - Mascarell, Salvador
 - Matías
 - Mauri, Omar Felipe
 - Mayans
 - Mayans, Antonio
 - Mayans, Jaime
 - Maylín
 - Maylín, Pepe
 - Mazparrota, Francisco
 - Melis, Fermín
 - Melis, José

- Monzó, Julio
- Mora, Francisco
- Mora, Ignasi
- Mora Canet, Joaquín
- Mora Gramaje, Joaquín
- Mora, Pascual
- Mora, Pepita
- Mora y Vidal
- Moragues, Enrique
- Moragues, Jesús
- Moragues, Juan José
- Moragues, Salvador
- Morant, José
- Marquesta, Francisco Paula
- Martí, Antonio
- Martí Sanz, Andrés
- Martínez, Rafael
- Martínez Marco, Concha
- Mascarell, Salvador
- Matías
- Mauri, Omar Felipe
- Mayans
- Mayans, Antonio
- Mayans, Jaime
- Maylín
- Maylín, Pepe
- Mazparrota, Francisco
- Melis, Fermín
- Melis, José

-
- Melis, Pepe
 - Melo
 - Melo, Enrique
 - Merí Melo, José
 - Millet, Ferran
 - Millet, Pere
 - Miñana
 - Miñaneta
 - Miret, Amparo
 - Monrabal, Josefa
 - Montolío, Jesús
 - Monzó, Concha
 - Monzó, Julio
 - Mora, Francisco
 - Mora, Ignasi
 - Mora Canet, Joaquín
 - Mora Gramaje, Joaquín
 - Mora, Pascual
 - Mora, Pepita
 - Mora y Vidal
 - Moragues, Enrique
 - Moragues, Jesús
 - Moragues, Juan José
 - Moragues, Salvador
 - Morant, José
 - Morant Roda, Francisco
 - Morell
 - Morell (canónigo)
 - Morell Adrover, Diego

- Moreno, Ignacio
- Moreno, José
- Moya, Josep Miquel
- Murcia, Félix
- Mut, Fernando

- Navarro, Antonio
- Navarro, Artemio
- Navarro, Juana
- Navarro, Tino
- Naya, Puri
- Negus, El
- Neulat
- Nogueroles
- Nogueroles, Francesc
- Novell, Néstor

- O’Morant
- O’Morant Roda, Francisc
- Olagüe, Guillermo
- Oller
- Oller (médico)
- Oltra, Miguel
- Omarrementería
- Orengo, José Manuel
- Palmer
- Palmer, Vicente
- Palmer Ripoll, Vicente
- Palonés, Javier

- Pallarés
- Paniagua
- París
- París, Consuelo
- Parra La, Santiago
- Pascual, Berta
- Pascual, José
- Pascual, Manuel
- Pastaora, La
- Pastor
- Pastor (hermanos)
- Pastor, Felipe
- Pastor, José
- Peiró, Fabián
- Peiró, Héctor
- Peiró Castillo, hermanos
- Peñín, Saturnino
- Peñín, Alberto
- Peralta, Enrique
- Perea, Fernando
- Pérez
- Pérez, Bernardino
- Pérez, J.
- Pérez, Marcelino
- Pérez Martí, Miguel
- Pérez, Miguel
- Pérez de Culla, José
- Peris, Joan Francesc
- Petrof

- Puig
- Puig, Facund
- Puig, Fina
- Puig, Roberto
- Puig, P.

- Rausell
- Rausell, José
- Reig, Javier
- Ribera, Enrique
- Ribes
- Rincón
- Rincón, Juan
- Ripoll
- Ripoll, Carla
- Ripoll, Rafael
- Roche, Javier
- Rodrigo, Joaquín
- Romaguera, Francisco
- Román
- Román, José
- Román, Juan
- Román, Melchor
- Román, Pepe
- Romero, José
- Romero, Lluís
- Ros, Vicente
- Rubio
- Rubio, Santiago

-
- Sáez de Juano, Vicente
 - Sales, Francesc
 - Sanchis, Gabriel
 - Sanchis, Salvador
 - Sancho, Amelieta
 - Sancho, Eugenio
 - Sancho Blasco, Andrés
 - Sancho Martínez, José
 - Santa (hermanos)
 - Sanz, Paco
 - Sanz y Forés, Benito
 - Sanz y Forés, Pascual
 - Sapena, Sergi
 - Sarhou Carreres, Carlos
 - Savall, Vicent
 - Schneider
 - Selfa
 - Sendra, Joaquín
 - Sendra, José
 - Serra, José María
 - Sifres, Issa
 - Soldevila
 - Soldevila, José
 - Soler, Ramón
 - Sinibaldo
-
- Tamarit

- Tano
- Tíller, José Ramón
- Torres (dentista)
- Torró
- “Tramusero de Benirredrà”
- Trénor, Federico
- Trevijano
- Trilles
- Trull, Nofre

- Ullargui

- Valier, Juan Bautista
- Vallés, Marina
- Vayá, Bautista
- Vayá, Juan Carlos
- Vercher, José
- Vercher, Salvador
- Vidal, Alejandro
- Vidal, Juan
- Vidal, Ximo
- Vinson, Guillermo

